
Un Billete de Lotería

Julio Verne

textos.info

Biblioteca digital abierta

Texto núm. 2535

Título: Un Billeto de Lotería

Autor: Julio Verne

Etiquetas: Novela

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 16 de marzo de 2017

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info/>

I

—¿Qué hora es? —preguntó la señora Hansen, después de haber sacudido la ceniza de su pipa y arrojado al aire las últimas bocanadas de humo, que se perdieron entre los pintados maderos del lecho.

—Las ocho han dado ya, madre —respondió Hulda.

—No es probable que nos lleguen viajeros durante la noche, hija mía; el tiempo está bastante malo.

—Creo lo mismo. De todos modos, las habitaciones están dispuestas, y yo oiré si llaman desde fuera.

—¿No ha vuelto tu hermano?

—Todavía no.

—¿No dijo que estaría hoy de vuelta?

—No, madre. Joël ha ido a acompañar a un viajero hasta el lago Tinn, y como ha partido muy tarde, no creo que pueda volver a Dal antes de mañana.

—¿Entonces dormirá en Meel?

—Sin duda, a menos que haya ido a Bamble a hacer una visita al granjero Helmboë...

—Y a su hija Siegfrid.

—¡Sí, Siegfrid, mi mejor amiga, a quien quiero como a una hermana!
—respondió sonriendo la joven.

—Pues bien. Cierra la puerta, Hulda, y vamos a dormir.

—¿Te sientes mal, madre?

—No, pero pienso levantarme mañana muy temprano. Tengo precisión de ir a Moel.

—¿Y para qué?...

—¿Acaso no hay necesidad de renovar nuestras provisiones para la próxima estación?

—¿Qué? ¿Ha llegado ya a Meel el comisario de Cristianía con su carro de vinos y de comestibles?

—Sí, Hulda —respondió la señora Hansen—. Lengling, el contramaestre de la serrería, le ha encontrado esta tarde, y me ha avisado al pasar. No nos queda gran cosa de nuestras conservas de jamón y de salmón ahumado, y no quiero que me cojan desprevenida. De un momento a otro, sobre todo si mejora el tiempo, los turistas pueden empezar sus excursiones al Telemark. Es necesario que nuestra posada esté en disposición de recibirlos y que encuentren en ella de todo cuanto puedan tener necesidad durante su estancia. ¿Sabes, Hulda, que estamos ya a 15 de abril?

—¡A 15 de abril! —murmuró la joven.

—Mañana me ocuparé de todo eso —añadió la señora Hansen—. En dos horas habré hecho nuestras compras, que el ordinario traerá aquí, y yo volveré con Joël en su kariol.

—Si encuentras al correo, madre, no olvides preguntarle si tiene alguna carta para nosotros...

—¡Y sobre todo para ti! Es muy posible, porque la última carta de Ole es de hace ya un mes, y algo más.

—¡Sí, un mes..., un mes largo!

—¡No tengas cuidado, Hulda! Ese retraso no debe alarmarte. Además, si el correo de Moel no ha traído nada, lo que no ha llegado por Cristianía, ¿no puede venir por Bergen?

—Sin duda, madre mía —respondió Hulda—; pero ¿qué quieres? ¡Si estoy preocupada es por la gran distancia que hay de aquí a las pesquerías de

Terranova! ¡Todo un mar que atravesar, y cuando la estación es mala todavía! Hace ya cerca de un año que mi pobre Ole ha partido, y ¿quién podrá decir cuándo volverá a vernos en Dal?...

—¡Y si estaremos a su vuelta! —murmuró la señora Hansen, pero tan bajo, que su hija no pudo oírla.

Hulda fue a cerrar la puerta de la posada, que se abría sobre el camino de Vestfjorddal. Ni aun se tornó el cuidado de pasar la llave en la cerradura.

En este hospitalario país de Noruega, semejantes precauciones no son necesarias. Conviene también que todo viajero pueda entrar, tanto de día como de noche, en la casa de los *gaards* y de las *saiters*, sin que haya necesidad de abrirle, no siendo de temer ninguna visita de vagabundos o de malhechores, ni en los pueblos ni en las aldeas más retiradas de la provincia. Ninguna tentativa criminal contra los bienes o las personas ha turbado jamás la seguridad de sus habitantes.

La madre y la hija ocupaban dos habitaciones del primer piso en la parte anterior de la posada, dos piezas frescas y limpias, modestamente amuebladas, es verdad, pero cuya conservación indicaba los cuidados de una solícita ama de casa. En la parte superior, bajo la cubierta, volando como el techo de un chalet, se hallaba la habitación de Joël, alumbrada por una ventana, recuadrada con un marco de pino labrado con gusto. Desde allí, la mirada, después de recorrer un grandioso horizonte de montañas, podía descender hasta el fondo del estrecho valle en que mugía el Maan, mitad torrente, mitad río. Una escalera de madera con mesetas robustas y escalones relucientes subía desde el salón de la planta baja a los pisos superiores. Nada más seductor que el aspecto de aquella casa, en que el viajero encontraba un confort muy raro en las posadas de Noruega.

Como hemos dicho. Hulda y su madre ocupaban el primer piso. Allí se retiraban temprano cuando estaban solas. La señora Hansen, alumbrándose con un candelero de cristal de multitud de colores, había subido ya los primeros escalones cuando se detuvo.

Acababan de llamar a la puerta, y una voz gritaba:

—¡Eh, señora Hansen! ¡Señora Hansen!

Ésta volvió a bajar.

—¿Quién puede venir tan tarde? —dijo.

—¿Habrá ocurrido a Joël algún accidente? —añadió con viveza Hulda.

E inmediatamente se dirigió hacia la puerta. Allí estaba un muchacho, uno de esos pilletes que hacen voluntariamente el oficio de *skydskar*, que consiste en agarrarse a la trasera de los kariols, y reconducir los caballos al relevo cuando ha terminado la jornada. Este había venido andando, y estaba de pie en el umbral de la puerta.

—¿Qué quieres, muchacho, a estas horas? —dijo Hulda.

—En primer lugar, darles las buenas noches —respondió el muchacho.

—¿Es eso todo?

—No, no es rudo; pero hay que comenzar por ser amable.

—¡Tienes razón! En fin, ¿quién re envía?

—Vengo de parte de su hermano Joël.

—¿Joël?... ¿Y para que? —replicó la señora Hansen.

Y avanzó hacia la puerta con ese paso lento y medido que caracteriza la marcha de los habitantes de Noruega. Que haya azogue en las venas de su suelo, ¡sea!; pero en las venas de su cuerpo, muy poco o nada.

Sin embargo, la respuesta del muchacho, evidentemente, había causado alguna emoción a la madre, porque se apresuro a añadir:

—¿Le ha ocurrido algo a mi hijo?

—Ha recibido una carta que el correo de Cristianía ha traído de Drammen...

—¿Una carta que viene de Drammen? —dijo vivamente la señora Hansen, bajando la voz—. ¿Qué traerá esa carta?

—Lo único que sé —respondió el muchacho— es que Joël no puede volver hasta mañana, y que me ha enviado aquí para traerles esa carta.

—¿Luego es urgente?

—Así parece.

—Dame —dijo la señora Hansen, con un tono que denotaba la más viva inquietud.

—Hela aquí, bien limpia y sin arrugar. Sólo que la carta no es para usted.

La señora Hansen pareció respirar con alivio.

—¿Para quién es? —pregunto.

—Para su hija.

—¡Para mí! —dijo Hulda—. ¡Es una carta de Ole, estoy segura; una carta que habrá venido por Cristianía! ¡Mi hermano no ha querido hacerme esperar!

Hulda había tomado la carta; y después de haberse alumbrado con el candelero que había colocado sobre la mesa, se puso a mirar detenidamente las señas.

—¡Sí!... Es de él..., de él... ¡Quiera que Dios me anuncie la próxima vuelta del *Viken*!

Entretanto, la señora Hansen decía cariñosamente al muchacho:

—¿No entras?

—¡Sólo un minuto! Tengo que volver esta noche a la casa, porque estoy comprometido mañana temprano para un kariol.

—Pues bien. Dile a Joël que pienso ir a reunirme con él; que me espete.

—¿Mañana por la noche?

—No, por la mañana. Que no salga de Moel sin haberme visto. Nos volveremos juntos a Dal.

—Está bien, señora Hansen.

—Vamos, ¿un traguito de aguardiente?

—Con mucho gusto.

El mozuelo se acercó a la mesa, y la señora Hansen le presentó un poco de ese reconfortante aguardiente, todopoderoso contra las brumas de la noche, del que no dejó una gota en el fondo de la taza. Después:

—*God aften* —dijo.

—¡*God aften*, muchacho!

Estas son las buenas noches de Noruega, y fueron cambiadas sin acompañarlas ele la más ligera inclinación de cabeza. El muchacho partió inmediatamente, sin inquietarse por el largo trote que tenía que hacer. Sus pasos se perdieron bien pronto bajo los árboles del sendero que costea el impetuoso río.

Entretanto, Hulda continuaba mirando la carta de Ole, sin apresurarse a abrirla. Aquella delicada cubierta de papel había tenido que atravesar todo el océano para llegar hasta ella; todo aquel inmenso mar adonde van a perderse los ríos de Noruega occidental. Examinaba los diversos sellos. Echada al correo el 15 de marzo, aquella carta no llegaba a Dal hasta el 15 de abril. Como hacia ya un mes que Ole la había escrito, ¡qué de acontecimientos no habrían podido producirse durante aquel mes en las aguas de Terranova! ¿No estaban aún en el período de invierno, la época peligrosa de los equinoccios? Aquellos lugares de pesca, ¿no son los peores del mundo, con las formidables rachas que el polo envía a través de las llanuras del norte de América? ¡Penosa profesión, peligroso oficio el de Ole, el de pescador! Y si lo ejercía, ¿no era para que recibiese los beneficios? ¡Ella, su prometida, que debía desposarse con él a su vuelta! ¡Pobre Ole! ¿Qué decía en aquella carta? ¡Sin duda, que seguía amando a Hulda, como Hulda le seguiría amando a él; que sus pensamientos se confundían, a pesar de la distancia, y que querría hallarse en el día de su llegada a Dal!

¡Sí! Todo eso debía de decir; Hulda estaba segura, ¡tal vez añadiría que su regreso estaba próximo, que aquella campaña de pesca, que arrastra a las marinos de Bergen tan lejos de su país natal, tocaba a su fin! ¡Tal vez Ole le comunicaría que *Viken* acababa de estibar su cargamento; que se preparaba a aparejar; que no transcurrirían los últimos días de abril sin que

se vieran reunidos en la bienaventurada casa del Vestfjorddal! ¿No le aseguraba, en fin, que podía fijarse ya el día en que el pastor debía venir de Moel para unirlos en la modesta capilla de madera, cuyo elevado campanario dominaba los espesos macizos de árboles, a algunos centenares de pasos de la posada de la señora Hansen?

Para saberlo, bastaba sencillamente romper el sello del sobre; sacar la carta de Ole; leerla, aún a través de las lágrimas de dolor o de alegría que su contenido había de atraer a los ojos de Hulda. ¡Y sin duda, más de una impaciente hija del Mediodía, una joven de la Dalecarlia, de Dinamarca o de Holanda, habría sabido ya lo que la joven de Noruega no sabía todavía! Pero Hulda soñaba, los sueños no se terminan sino cuando Dios quiere que terminen. ¡Y cuántas, cuántas veces se echan de menos, en vista de la desconsoladora realidad!

—Hija mía —dijo entonces la señora Hansen—; esa carta que te ha enviado tu hermano, ¿es realmente de Ole?

—¡Sí! ¡He reconocido su letra!

—¡Y bien!... ¿Quieres dejar para mañana su lectura?

Hulda miró una vez más el sobre, y después de haberlo abierto, sin darse demasiada prisa, sacó la carta, cuidadosamente caligrafiada, y leyó lo siguiente:

«San Pedro Miquelón 17 de marzo de 1862.

»Querida Hulda:

»Sabrás con placer que nuestras operaciones de pesca han prosperado, y quedarán terminadas dentro de pocos días. ¡Sí! Tocamos al final de la campaña. Después de un año de ausencia, ¡cuán feliz voy a ser al volver a Dal, y encontrar la única familia que me resta, que es la tuya!

»Mi parte de beneficios es buena, y servirá para nuestro establecimiento. Los señores Helps, hermanos, hijos del mayor, nuestros armadores de Bergen, han sido avisados de que el Viken estará probablemente de vuelta del 15 al 20 de mayo. De modo que en esa época, es decir, dentro de algunas semanas a lo sumo, puedes esperar que nos volveremos a ver.

»Cuento, querida Hulda, con encontrarte aún más bonita que lo eras

cuando partí, y, como a tu madre, con buena salud, lo mismo que al atrevido y bravo camarada, mi primo Joël, tu hermano, que no desea otra cosa que serlo mío.

»Al recibo de la presente, da todos mis afecto a la señora Hansen, que me figuro verla desde aquí, sentada en su gran sillón de madera, cerca de la estufa del salón. Repítele que la quiero doblemente: primero, porque es tu madre; y después, por ser mi tía.

»Sobre todo, no os molestéis en venir a buscarme a Bergen, pues sería posible que el Viken fuese divisado antes de lo que indico. Sea lo que sea, veinticuatro horas después de desembarcar, puedes contar, mi querida Hulda, con que estaré en Dal. Pero no te sorprendas si llego antes de lo que presumo.

»Hemos sido rudamente zarandeados por el mal tiempo durante este invierno, el peor que nuestros marinos han pasado jamás. Por fortuna, el bacalao del gran banco se ha dado con abundancia. El Viken conduce cerca de cinco mil quintales, con destino a Bergen, vendidos ya por la eficacia de los hermanos Helps. En fin, lo que debe interesar a la familia, es que hemos salido bien de nuestra empresa, y el provecho será bueno para mí, que ahora estoy a parte entera en este buen negocio.

»Además, si no es una fortuna lo que os llevo, tengo una idea, o, más bien, tengo como un presentimiento de que debe esperarme a mi vuelta. ¡Sí! La fortuna..., ¡sin contar la felicidad! ¿Cómo? ¡Ése es mi secreto, querida Hulda, y perdóname que tenga un secreto para ti! ¡Es el único! Pero ya te lo diré... ¿Cuándo?... ¡Cuándo llegue el momento; antes de nuestro casamiento, si por cualquier causa imprevista se retrasase; después, si llego en la época fijada, y si, en la semana que siga a mi vuelta a Dal, eres ya mi mujer, como tanto lo deseo!

»Recibe un abrazo, querida Hulda; da otro de mi parte a la señora Hansen y a mi primo Joël. Un beso además para tu frente, sobre la cual la radiante corona de las desposadas del Telemark se convertirá en la diadema de una santa. ¡Adiós, por última vez, querida Hulda, adiós!

»Tu prometido,

Ole Kamp».

II

Dal se compone de algunas casas solamente; las unas a lo largo del camino, que, a decir verdad, no es más que un sendero; las otras, esparcidas sobre las cimas colindantes, dando frente al estrecho valle del Vestfjorddal y la espalda al grupo de las colinas del norte, al pie de las cuales corre el Maan. El conjunto de estas construcciones formaría uno de los *gaards* muy comunes en el país, si estuviese bajo la dirección de un solo propietario de cultivos o lo llevase en arrendamiento algún granjero. Pero tiene derecho, sino al nombre de villa, por lo menos al de aldea. Una capillita edificada en 1855, cuyo testero está perforado por dos estrechas ventanas, levanta a través de los ramilletes de árboles su campanario de cuatro caras, todo de madera. Aquí y allá, por encima de los arroyos que corren hacia el río, se ven tendidos algunos puentecillos armados en rombo, cuyo emparrillado está relleno de piedras cubiertas de musgo. Más lejos se dejan oír los rechinamientos de una o dos serrerías rudimentarias, movidas por los torrentes con una rueda para maniobrar la sierra, y otra para mover la viga o el tablón. A corta distancia, capilla, serrerías, casas, cabaña, rodea aparece bañado por un sutil vapor de verdura, sombrío bajo los pinos, blanquecino o azulado bajo los abedules, que dibuja los árboles, aislados o por grupos, desde las orillas sinuosas del Maan, hasta la cresta de las altas montañas del Telemark.

Tal es la aldea de Dal, fresca y tiente, con sus habitaciones pintorescas, pintadas exteriormente, éstas de colores bajos, verde o rosa claro, aquéllas iluminadas con colores violentos, amarillo brillante o sangre de buey.

Sus techos de corteza de álamo blanco, guarnecidos con un gasón verdoso que siegan por el otoño, están adornados con sus flores naturales. Todo aquello es delicioso y pertenece al más hermoso país del mundo. Para decirlo de una vez. Dal está en el Telemark, el Telemark está en Noruega, y Noruega es la Suiza con millares de fiordos, que permiten al mar venir a mugir al pie de sus montañas.

El Telemark está comprendido en la porción levantada de la enorme

retorta que dibuja Noruega entre Bergen y Cristianía. Esta bahía, dependencia de la prefectura de Batsberg tiene membranas y ventisqueros como Suiza, pero no es Suiza. Tiene cascadas grandiosas como América del Norte, pero no es América. Tiene paisajes con casas pintadas y procesiones de habitantes vestidos con trajes propios de otra edad, como ciertas villas de Holanda, pero no es Holanda. El Telemark es más que todo eso: es el Telemark, país tal vez único en el mundo por las bellezas naturales que encierra. El autor ha tenido el placer de visitarlo; lo ha recorrido en kariol con caballos tomados en las paradas de posta, cuando los encontraba, y ha conservado en su imaginación una impresión de encanto y poesía tan viva en su recuerdo, que quisiera impregnar de ella esta sencilla narración.

En la época en que ocurre esta historia, en 1862, Noruega no estaba aún surcada por el ferrocarril que actualmente permite ir desde Estocolmo a Drontheim por Cristianía. Ahora una inmensa red de vías está tendida a través de aquellos dos países escandinavos, poco dispuestos a vivir una vida común.

Pero encerrado en los vagones de aquel ferrocarril, si bien el viajero va más de prisa que en kariol, no ve nada de la originalidad de los caminos de otro tiempo. Pierde la travesía de la Suecia meridional por el curioso canal de Gotha, cuyos *steam-boats*, elevándose de esclusa en esclusa, trepan hasta trescientos pies de altura. En fin: no se detiene ni en las cascadas de Trolletann, ni en Drammen, ni en Kongsberg, ni ante las maravillas del Telemark.

En aquella época el ferrocarril no existía más que en proyecto. Unos veinte años debían transcurrir aún antes de que se pudiese atravesar el reino escandinavo del uno al otro litoral, en cuarenta horas, e ir hasta el Cabo Norte con billetes de ida y vuelta para Spitzberg.

Dal era entonces, ¡y ojalá lo sea por mucho tiempo!, el punto central que atraía a los turistas extranjeros o indígenas; estos últimos, en su mayor parte, estudiantes de Cristianía. Desde allí pueden dispersarse por toda la región del Telemark y del Hardanger, remontar el valle de Vestfjorddal entre el lago Mjós y el lago Tinn, y dirigirse a las maravillosas cataratas del Rjukan. Cierto es que no hay más que una sola posada en aquella aldea; pero es todo lo atractiva, todo lo comfortable que se puede desear, y también todo lo importante, pues puede poner cuatro habitaciones a la disposición de los viajeros. En una palabra: es la posada de la señora

Hansen.

Algunos bancos rodean la base de sus sonrosadas paredes, aisladas del suelo por sólidos cimientos de granito. Los pies derechos y las tablas de pino de sus muros han adquirido una dureza capaz de embotar, el filo de un hacha. Entre los maderos apenas escuadrados, colocados horizontalmente los unos sobre los otros, un relleno de musgos mezclados con arcilla forma un acolchado impermeable, que impide que penetren hasta las más violentas lluvias del invierno. Por encima de las casas el techo artesonado está pintado de tonos rojos y negros, contrastando con los colores más dulces y más alegres de los casetones. En un rincón del salón, la estufa circular envía su tubo a perderse en la chimenea del horno de la cocina.

Aquí la caja del reloj pasea sobre un ancho cuadrante esmaltado sus labradas agujas, y pica, de segundo en segundo, su sonoro tic-tac. Allí se asienta el viejo secreter de molduras sombrías, cerca de un macizo trípode de hierro pintado. Sobre una mesilla se eleva el candelero de tierra cocida que, al volverlo, se convierte en candelabro de tres brazos. Los más hermosos muebles de la casa adornan esta habitación; la mesa de raíz de abedul, de pies robustos; el baúl-arca de historiadas cerraduras, donde están guardadas las más bellas galas de los domingos y días de fiesta; el gran sillón duro como las sillas de coro de una iglesia, y los taburetes de madera pintada; el rústico torno adornado con tonos verdes que destacan vivamente sobre la roja falda de las hilanderas. Después, por acá y por allá, la vasija para conservar la manteca, el rodillo que sirve para comprimirla, la caja de tabaco y de rapé de hueso esculpido. En fin: sobre la puerta abierta en la cocina, un ancho aparador ostenta sus filas de utensilios de cobre y de estaño; fuentes y platos de vivo esmalte, de porcelana y de madera; la muela de afilar medio sumergida en su caracol barnizado; la antigua y solemne huevera que podría servir de cáliz. Y aquellas alegres paredes cubiertas de tapicería de lienzo, que representan motivos de la Biblia, iluminadas con todos los colores de la estampería de Épinal.

En cuanto a la, habitaciones de los viajeros, no por ser más sencillas eran menos confortables, con los muebles necesarios, de una limpieza seductora; sus cortinas de fresco verdor, pendientes de la cresta del tejado de gasón, su ancho lecho con blancas ropas de fresco tejido de «akloede», y sus recuadros, que ostentan los versículos del Antiguo

Testamento, escritos con amarillo sobre fondo rojo.

No hay que olvidar que los suelos, tanto del salón como los de las piezas de la planta baja y del primer piso, están sembrados de ramitas de abedul, de abeto y de enebro, cuyas hojas aromatizan la casa con su vivificante olor.

¿Podría imaginarse una posada más encantadora en Italia, o una fonda más seductora en España? No; y la multitud de turistas ingleses no habían hecho aún elevarse los precios como en Suiza, al menos en aquella época. En Dal la bolsa del viajero no se vacía por libras esterlinas o monedas de oro, sino por el species de plata, que vale un poco más de cinco francos, y sus subdivisiones, el marco, que vale un franco, y el skilling de cobre, que es preciso no confundir con el chelín británico, porque no equivale más que a un sueldo de Francia. No es tampoco el pretencioso banknote, del que el turista viene a hacer uso y aun abuso en el Telemark, sino del billete de un species que es blanco, el de cinco que es azul, el de diez que es amarillo, el de cincuenta que es verde y el de cien que es rojo. Dos colores más, y se tendría completo el arcoiris.

Además —lo que no es de despreciar en aquella hospitalaria casa—, la alimentación es buena, cosa muy rara en la mayor parte de las posadas del país.

En efecto: el Telemark justifica demasiado su sobrenombre de «País de la leche cuajada». En el fondo de aquellos agujeros de Tiness, de Listhüs, de Tinoset y otros muchos, jamás se encuentra pan, o tan malo, que vale más prescindir de él. A lo sumo, una galleta de avena, el «flatbröd», seca, negruzca, dura como el cartón, o simplemente un pastel grosero, hecho con la sustancia intermediaria de la corteza de abedul, mezclada con líquenes o pedacitos de paja. Rara vez huevos, a menos que las gallinas hayan puesto ocho días antes. Pero con profusión cerveza de claro inferior, leche cuajada, dulce o agria, y algunas veces un poco de café, tan espeso, que más bien se parece a sebo destilado que a los productos de Moka, Bordón o Río-Nuñez.

En casa de la señora Hansen, por el contrario, la bodega y la despensa están convenientemente provistas. ¿Qué más pueden pedir los turista más exigentes? Salmón cocido, salado o ahumado, «hores», salmones de los lagos que nunca han conocido las aguas salobres, pescados de las corrientes de agua del Telemark, aves ni muy duras ni muy delgadas,

huevos preparados de mil maneras, finas galletas de centeno y de cebada, frutas, y más particularmente fresas, pan bazo, pero de excelente calidad, cerveza, y viejas botellas de ese vino de Saint-Julien, que propaga hasta en aquellas lejanas comarcas la reputación de las bodegas de Francia.

De este modo es como ha hecho su reputación la posada de Dal en todos los países del norte de Europa.

Esto puede verse, además, hojeando el libro de amarillentas páginas, en las cuales los viajeros estampan voluntariamente, bajo su firma, algún cumplimiento dirigido a la señora Hansen. La mayor parte son suecos o noruegos, procedentes de todos los puntos de Escandinavia.

Sin embargo, los ingleses se cuentan en gran número; y uno de ellos, por haber esperado una hora a que la cúspide del Gousta se limpiase de sus vapores matinales, ha escrito británicamente en una de las páginas:

«Patientia omnia vincit».

Hay, igualmente, algunos franceses, uno de los cuales, que más vale no nombrar, se ha permitido escribir:

«Sólo tenemos por qué felicitarnos de la recepción que nos ha sido *hecho* en esta posada».

Poco importa la falta de concordancia, después de todo. Si la frase es más reconocida que gramatical, no por eso deja de rendir el debido homenaje a la señora Hansen y a su hija, la encantadora Hulda de Vestfjorddal.



Sin ser demasiado versado en la ciencia etnográfica, puede creerse, con algunos sabios, que existe cierto parentesco entre las altas familias de la aristocracia inglesa y las antiguas del reino escandinavo. Se encuentran de esto numerosas pruebas en los nombres de sus antecesores, que son idénticos entre los dos países. Y sin embargo, en Noruega no existe aristocracia. Pero si la democracia domina, esto no le impide ser aristocrática en el más alto grado. Todos son iguales arriba, en lugar de serlo abajo. Hasta en las más humildes cabañas se levanta aún el árbol genealógico, que no ha degenerado por haber tomado raíces en tierra plebeya. En él se acuartelan los blasones de las familias nobles de las épocas feudales, de las que descienden aquellos sencillos paisanos. Esto sucedía con los Hansen, de Dal, parientes, en grado muy lejano sin duda, de aquellos pares de Inglaterra, creados a consecuencia de la invasión de Rollon de Normandía. Y, si bien no poseían va la posición y la riqueza, habían, por lo menos, conservado la original fiereza, o, más bien, la dignidad, que está en su lugar en todas las condiciones sociales.

Poco importaba, por otra parte, que tuviese antecesores de alto nacimiento; no por eso Harald Hasen era menos posadero en Dal. La casa procedía de su padre y de su abuelo, cuya posición en el país recordaba sin considerarse rebajado. Después de él, su mujer había continuado ejerciendo aquella profesión de una manera a propósito para merecer la estimación pública.

¿Había hecho Harald fortuna en su oficio? No se sabe; pero había podido educar a su hijo Joël y a su hija Hulda, sin que el *debut* de la vida hubiese sido duro para los dos niños, y aun para un hijo de la hermana de su mujer. Ole Kamp, recogido por él desde su infancia, había sido educado como sus propios vástagos.

Sin su tío Harald, aquel huérfano hubiera sido, sin duda, uno de esos pobres seres que vienen al mundo para abandonarlo enseguida. Ole Kamp mostró para sus padres adoptivos un reconocimiento verdaderamente filial. Nada debía romper nunca el lazo que le unía a la familia Hansen. Su

casamiento con Hulda iba a estrecharlo todavía y anudarlo para toda la vida.

Harald había muerto hacia unos dieciocho meses.

Sin contar la posada de Dal, dejaba a su viuda un pequeño *soeter*, situado en la montaña. El *soeter* no es más que una pequeña granja aislada, de un producto generalmente exiguo, cuando no nulo; las últimas estaciones habían sido malas, todos los cultivos, hasta los pastos, habían sufrido mucho. Había habido de esas «noches de hierro», como las llama el campesino noruego, noches de cierzo y de hielo, que secan todo germen, hasta en lo más profundo del *humus*. De aquí, pues, la ruina para los campesinos del Telemark o del Hardanger.

Sin embargo, aunque la señora Hansen sabía a qué atenerse respecto a su posición, jamás había dicho a nadie una palabra, ni aun a sus hijos. De un carácter frío y taciturno, era poco comunicativa, con lo que Hulda y Joël sufrían visiblemente. Pero con el respeto para el jefe de la familia, innato en los países del norte, se habían mantenido en una reserva que no dejaba de serles penosa. Por otra parte, la señora Hansen no pedía jamás ayuda o consejo, estando absolutamente convencida de la seguridad de su juicio, y siendo muy noruega desde este punto de vista.

La señora Hansen contaba entonces cincuenta años. La edad no había encorvado su elevada estatura, aunque sí blanqueado sus cabellos; ni amortiguado la vivacidad de su mirada, de un azul intenso, cuyo color se retrataba, en toda su pureza, en los ojos de su hija. Solamente su tez había tomado el tinte amarillento de un viejo pergamino, y algunas arrugas comenzaban a surcar su frente.

La *señora*, como se dice en el país escandinavo, vestía invariablemente una falda negra, con anchos pliegues, en señal del duelo, que no se quitó desde la muerte de Harald. De las sisas o escotaduras de su corpiño oscuro, salían las mangas de una camisa de algodón crudo. Una toquilla de color sombrío se cruzaba sobre su pecho, que recubría el peto de su delantal, recogido por detrás con anchos broches. Llevaba siempre en la cabeza un espeso bonete de seda, especie de capillo, que tiende a desaparecer de las modas del día.

Sentada, derecha, en su sillón de madera, la grave posadera de Dal no abandonaba su torno sino para fumar una pequeña pipa de corteza de

abedul, cuyos vapores la rodeaban de una ligera nube.

¡Verdaderamente, la casa hubiera aparecido bien triste sin la presencia de sus dos hijos, que tanto la animaban!

¡Joël Hansen era un buen muchacho! Veinticinco años, bien formado, de elevada estatura, como los montañeses noruegos, aire altivo sin fanfarronería, marcha atrevida sin temeridad. Era un rubio casi castaño, con ojos azules casi negros. Su traje favorecía a su persona; modelando sus poderosas espaldas, que no se doblaban fácilmente; su ancho pecho, en el cual funcionaban cómodamente los pulmones del guía de las montañas; sus brazos vigorosos; sus piernas acostumbradas a las más penosas ascensiones de los altos picos del Telemark. En su traje habitual, hubierase dicho un caballero. Su chaqueta azulada, con hombreras, ceñida por el talle, se cruzaba sobre el pecho por dos largas tiras verticales, y estaba adornada por la espalda con dibujos de colores semejante a ciertas vastas célticas de Bretaña. El cuello de su camisa se ensanchaba en forma de embudo. Su calzón, amarillo, se ajustaba por debajo de la rodilla con una liga de broche. Sobre su cabeza se inclinaba un sombrero oscuro, de anchas alas, con presilla negra y vivos rojos. Calzaban sus piernas polainas de cuero, o botas de fuertes suelas y talón ancho, cuyo empeine podría compararse al del héroe noruego Rollon el Andarín, celebre en las leyendas del país. De cuando en cuando, acompañaba a los cazadores ingleses que venían a tirar al *riper*, especie de perdiz más grande que la de las Hébridas, y el *jerper*, perdiz mas delicada que la de Escocia.

Llegado el invierno, lo reclamaba la caza del lobo, cuando estos carnívoros, obligados por el hambre, se aventuran durante la mala estación en la superficie de los lagos helados. Después, en el serano, la caza del oso, cuando este animal, seguido de sus crías, viene a buscar su alimento de hierba fresca, y hay que perseguirlo a través de mesetas de una altura de mil a mil doscientos pies. Más de una vez Joël debió solo su vida a la tuerza prodigiosa que tenía, capaz de resistir los abrazos de aquellas formidables bestias, y a su imperturbable sangre fría, que le permitía desprenderse de sus brazos.

En fin, cuando no había ni turistas que guiar en el valle del Vestfjorddal, ni cazadores que conducir a los *fields*, Joël se ocupaba del pequeño *soeter*, situado a algunas millas, en la montaña.

Allí un pastoreillo, pagado por la señora Hansen, cuidaba tic una media docena de vacas y una veintena de carneros, pues el *soeter* sólo tenía pastos, sin ningún otro género de cultivo.

Joël era por naturaleza atento y servicial, siendo querido de todos cuantos le conocían en los *gaards* del Telemark. Su primo Ole y su hermana Hulda eran los dos seres por quienes experimentaba un afecto sin límites.

Cuando Ole Kamp abandonó Dal para embarcarse por última vez, ¡cuánto sintió Joël no poder dotar a Hulda para conservarle su prometido! Pero era necesario algún dinero para el debut del nuevo matrimonio, y, como la señora Hansen no se había brindado a nada, Joël comprendió que no era posible distraer lo más mínimo de los bienes de la familia. Ole tuvo, pues, que irse lejos, al otro lado del Atlántico. Joël le acompañó hasta los últimos límites de su valle, hasta el camino de Bergen. Allí, después de estrecharle largo tiempo entre sus brazos, le deseó un buen viaje y feliz vuelta. Luego volvió a consolar a su hermana, a quien amaba con un cariño a la vez fraternal y paternal.

Hulda, en aquella época, tenía dieciocho años. No era la *piga*, nombre que se da a las mozas en las posadas de Noruega, sino la *fróken*, la *miss* de los ingleses, la señorita; como su madre era la señora de la casa. ¡Qué rostro tan encantador, encuadrado por rubios cabellos, algo dorados, bajo un ligero bonete de tela, echado hacia atrás para dejar caer sus largas trenzas! ¡Qué bonito talle bajo el corpiño rojo con vivos verdes, bien ajustado al busto entreabierto sobre el peto, adornado con bordados de colores, que dejaba ver la blanca camiseta, cuyas mangas se cerraban en los puños por una pulsera de cinta! ¡Qué graciosa apostura bajo el cinturón rojo con broches de plata afilegranada que retenía la verdosa falda, recubierta por el delantal de rombos multicolores, y bajo la cual aparecían las blancas medias ajustadas por el fino calzado del Telemark, de afilada punta!

¡Sí! La prometida de Ole era encantadora, con la fisonomía un poco melancólica de las hijas del norte, pero también sonriente. Su presencia evocaba el recuerdo de Hulda la Rubia, cuyo nombre llevaba, y que la mitología escandinava hace errar, como la buena hada, alrededor del hogar doméstico.

Su reserva de joven modesta y honrada no perjudicaba en nada a la gracia con que acogía a los huéspedes de un día que se detenían en la posada

de Dal. Los turistas lo sabían. ¿No era ya un atractivo el poder cambiar con Hulda el *shake-band*, el cordial apretón de manos que se da a todos y a todas?

Y después de haberla dicho:

—Gracias por esta comida, *Tack for mad*.

¿Qué cosa más agradable que oírla responder con su voz fresca y sonora?

—Que os siente bien. *Wed bekomme?*

IV

Ole Kamp había partido hacía ya un año. En su carta había dicho: «¡Ruda campaña la de aquel invierno en las aguas de Terranova! Se gana bien el dinero, cuando se gana. Hay allí rachas del equinoccio que sorprenden los barcos al largo de las islas, y destruyen en algunas horas toda una flotilla de pesca. Pero el pescado pulula en aquel alto fondo de Terranova, y cuando las tripulaciones son favorecidas, encuentran una amplia recompensa, tanto a las fatigas como a los peligros de aquel agujero de tempestades».

Además, los noruegos son buenos marinos. No vuelven la cara al peligro. En medio de los fiordos del litoral, desde Cristianía hasta el Cabo Norte, entre los arrecifes del Finmark, a través de los pasos de las Loffoten, no les faltan repetidas ocasiones de familiarizarse con los grandes furioses del océano.

Cuando atraviesan el Atlántico del norte para ir de conserva a las lejanas pesquerías de Terranova, han hecho ya sus pruebas de valor. Los coletazos del huracán que durante su infancia han recibido en las costas europeas, les ponen en disposición de afrontar las cabezadas de estas mismas tempestades en Terranova. Atrapan la borrasca en su origen: he aquí toda la diferencia.

Por otra parte, los noruegos tienen a qué atreverse. Sus antepasados eran intrépidos hombres de mar en la época en que habían acaparado el comercio de la Europa septentrional. Acaso fueran algo piratas en los antiguos tiempos; pero la piratería era entonces la manera de proceder. Sin duda el comercio se ha moralizado mucho después, por más que haya motivos para pensar que aún queda algo por hacer.

Como quiera que sea, los noruegos eran audaces navegantes: lo son aún hoy, lo serán siempre. Ole Kamp no era hombre capaz de desmentir las promesas de su origen. A su padre, patrón de cabotaje en Bergen, debía su aprendizaje, su iniciación en aquellos duros trabajos. Toda su infancia la había pasado en aquel puerto, uno de los más frecuentados del reino

escandinavo. Antes de tomar la alta mar, había sido un audaz pillete de playa, un desnichador de pájaros acuáticos, un pescador de los innumerables peces que sirven para fabricar el *stock-fish*. A la edad de ser grumete, comenzó por navegar en el Báltico, al largo del mar del Norte, como también en las aguas del océano polar.

Su padre murió. Su madre no existía. El joven huérfano fue entonces recogido por Harald Hansen, pero, de acuerdo con su tío, no quiso abandonar la profesión de marino.

En el intervalo de sus campañas, no dejaba nunca de venir a Dal a ver a la familia que tanto amaba, la única que le quedaba en el mundo. Hizo también viajes a bordo de grandes barcos de pesca, y obtuvo el grado de maestro cuando llegó a tener más de veintiún años. Ahora había cumplido veintitrés.

Cuando se encontraba en Dal, ¡qué digno compañero para Joël! Le seguía en sus excursiones a través de las montañas, hasta las más altas mesetas del Telemark. Los campos de hielo, después de los fiordos; esto seducía a aquel joven marino, que nunca se quedaba atrás, como no fuese para hacer compañía a su prima Hulda.

Poco a poco se estableció una estrecha amistad entre Ole y Joël; y, como precisa consecuencia, este sentimiento tomó otra forma con relación a la joven. ¿Y cómo no había de animarle Joël? ¿Dónde había de encontrar su hermana en toda la provincia un mozo mejor, una naturaleza más simpática, un carácter más leal, un corazón más ardiente?

Teniendo a Ole por marido, la felicidad familiar estaba asegurada. Así es que, con el consentimiento de su madre y de su hermano, la joven se dejó ir por la pendiente natural de sus sentimientos. Porque las gentes del norte sean poco demostrativas, no hay que tacharlas de insensibles. ¡No! ¡Es su manera de ser, y acaso valga tanto como cualquier otra!

Un día se hallaban los cuatro en el salón, y Ole, sin más preámbulos, dijo:

—¡Se me ocurre una idea. Hulda!

—¿Cuál? —preguntó la joven.

—¡Me parece que deberíamos casarnos!

—Creo lo mismo.

—Sería conveniente —añadió la señora Hansen, como si hubiera sido un asunto discutido hacía ya largo tiempo.

—En efecto —replicó Joël—; de esta manera Ole sería, naturalmente, mi cuñado.

—Sí —dijo Ole—; pero es probable, querido Joël, que no por eso te quiera más.

—¿Es eso posible?

—¡Ya lo verás!

—¡A fe mía que no deseo otra cosa! —respondió Joël, que corrió alegre a estrechar la mano de Ole.

—¿Es cosa convenida, Hulda? —preguntó la señora Hansen.

—Sí, madre —respondió la joven.

—Hace mucho tiempo que te amaba sin decirlo —añadió Ole.

—¡Yo a ti también!

—Cómo ha sido esto, no lo sé.

—Ni yo.

—Sin duda ha debido de ser viéndote cada día más hermosa y más buena.

—¡Vas un poco más lejos de lo debido, mi querido Ole!

—No lo creas. ¡Puedo muy bien decirte todo esto sin que te sonrojes, puesto que es verdad! ¿No se había percibido, señora Hansen, de que amaba a Hulda?

—Un poco.

—¿Y tú, Joël?

—¿Yo?... ¡Mucho!

—Francamente —respondió Ole sonriendo—; ¡hubierais debido prevenirme!

—Pero —preguntó la señora Hansen—, una vez casado, ¿no te parecerán mucho mas penosos tus viajes?

—¡Tan penosos —respondió Ole—, que pienso renunciar a ellos en cuanto me case!

—¿No viajarás más?

—No, Hulda ¿acaso me sería posible abandonarte por algunos meses?

—¿De modo que vas ahora al mar por última vez?

—Sí, pero con un poco de suerte, este viaje me permitirá traer algunas economías, pues los señores Helps me han prometido darme parte entera.

—Son unas gentes honradas —dijo Joël.

—De lo mejor que hay —respondió Ole—; y bien conocidos y apreciados de todos los marinos de Bergen.

—Y cuando no navegues, mi querido Ole, ¿qué harás? —preguntó Hulda.

—Entonces seré el compañero de Joël; tengo buenas ideas, y, si no bastasen, me fabricaré otras a fuerza de ejercicio. Además, he pensado en un negocio, que no creo que haya de dar mal resultado. ¿Por qué no habíamos de establecer un servicio de mensajerías entre Drammen, Kongsberg y los *gaards*; del Telemark? Las comunicaciones no son ni fáciles ni regulares, y tal vez podría ganarse algún dinero. En fin..., tengo mi idea, sin contar...

—¿Con qué?

—¡Nada! Eso lo veremos a mi vuelta. Pero os prevengo que estoy decidido a intentarlo todo para que Hulda sea la mujer más envidiada del país. ¡Sí! Muy decidido.

—¡Si supieras, Ole, cuán fácil será eso! —respondió Hulda, tendiéndole la

mano—. Para ello está ya andado la mitad del camino; ¿existe, acaso, en Dal una casa tan dichosa como la nuestra?

La señora Hansen había vuelto por un instante la cabeza.

—¿De modo que —replicó Ole, insistiendo con alegre tono— es asunto convenido?

—Sí —respondió Joël.

—¿Nada tendremos ya que hablar?

—Jamás.

—¿No tendrás pena, Hulda?

—Ninguna, mi querido Ole.

—En cuanto a fijar la fecha del casamiento, pienso que vale más esperar a tu regreso —añadió Joël.

—¡Sea! ¡Pero mucha desgracia será la mía si antes de un año no estoy de vuelta para llevar a Hulda a la iglesia de Moel, donde nuestro amigo, el pastor Andresen, no rehusará rezar por nosotros sus más hermosas oraciones!

Y he aquí cómo se había concertado el enlace de Hulda Hansen y Ole Kamp.

Ocho días después, el joven marino debía volver a bordo.

Pero antes de separarse, los dos futuros esposos habían sido desposados, según la tierna costumbre de los países escandinavos.

En la sencilla y honrada Noruega, la costumbre general es desposarse antes de casarse. A veces, el matrimonio no suele celebrarse hasta dos o tres años después de los desposorios. ¿No recuerda esto lo que pasaba entre los cristianos en los primeros días de la Iglesia?

Pero no vaya a creerse que los desposorios se reducen a un cambio de palabras, cuyo valor reposa únicamente en la buena fe de los contratantes. No. El compromiso es más serio; y si este acto no está reconocido por la

ley, lo está, al menos, por el uso, que es la ley natural.

Tratábase, pues, en el caso de Hulda y de Ole Kamp, de organizar una ceremonia que presidiría el pastor Andresen. No hay ministro del culto en Dal, ni en la mayor parte de los *gaards* adyacentes. En Noruega, además, se encuentran ciertas localidades llamadas ruinas de domingos, donde se eleva el presbiterio, el *proestegjelb*.

Allí se reúnen para el oficio las principales familias de la parroquia, algunas de las cuales tienen una especie de apeadero, en el que vienen a establecerse, durante veinticuatro horas, el tiempo de cumplir con sus deberes religiosos, y de donde vuelven como de una peregrinación.

Verdad es que Dal tiene una capilla; pero el pastor no la atiende sino cuando es llamado para ceremonias que no tienen carácter público, sino privado.

Después de todo, Moel no está lejos; tan sólo una media milla, o sea unos diez kilómetros de los de Francia, desde Dal hasta la extremidad del lago Tinn. En cuanto al pastor Andresen, es un hombre servicial y un buen caminante.

Rogose, pues, al pastor Andresen que acudiese a celebrar los desposorios, en su doble cualidad de ministro y de amigo de la familia. Eran conocidos desde hacía mucho tiempo. Había visto crecer a Hulda y a Joël, y les amaba como al joven «lobo marino» de Ole Kamp. Nada podía causarle más placer que aquel casamiento, había con él bastante para alegrar a todo el valle de Vestfjorddal.

En su consecuencia, el pastor Andresen tomó, pues, su esclavina, su alzacuello de crespón, su breviario, y partió una mañana, bastante lluviosa por cierto.

Llegó en compañía de Joël, que había salido a recibirle a la mitad del camino. No hay que decir si sería bien recibido en la posada de la señora Hansen, y si se le destinaría la habitación más hermosa de la planta baja, tapizada con frescas ramas de enebro, que la perfumaban como una capilla.

A la mañana siguiente, a primera hora, se abrió la pequeña iglesia de Dal. Allí, ante el pastor y sobre el libro de oraciones, en presencia de algunos

amigos y de los vecinos de la posada, Ole juró casarse con Hulda, y Hulda juró casarse con Ole, a la vuelta del último viaje que el joven marino iba a emprender. Un año de espera es largo, pero al fin pasa, sobre todo cuando se está seguro el uno del otro.

Ole no podría ya, sin un motivo grave, repudiar a aquella de quien había hecho su desposada; Hulda no podría hacer traición a la fe que había jurado a Ole. Y si Ole Kamp no hubiese partido algunos días después del desposorio, hubiera podido aprovecharse de los derechos que indisputablemente le daba: visitar a la joven cuando le conviniese; escribirle cuando quisiera hacerlo; acompañarla a paseo dándole el brazo, aun en ausencia de la familia, y obtener la preferencia sobre todos los demás para bailar con ella en cualquier fiesta o ceremonia.

Pero Ole Kamp había tenido precisión de volver a Bergen. Ocho días después, el *Viken* partió para las pesquerías de Terranova. Hulda no tenía más que esperar las cartas que su prometido había jurado dirigirle por todos los correos de Europa.

Estas cartas, tan impacientemente aguardadas siempre, no faltaron. Ellas suministraban un poco de felicidad a la casa, entristecida después de la partida. El viaje se efectuaba en condiciones favorables. La pesca era fructuosa, y los provechos serían grandes. Además, al fin de cada carta. Ole hablaba siempre de cierto secreto y de la fortuna que debía asegurarle. ¡Cuánto deseaba Hulda conocer aquel secreto, y también la señora Hansen, por razones que hubiera sido difícil de sospechar!

Ésta se mostraba cada día más inquieta, más sombría, más reservada, y una circunstancia, de la que no habló a sus hijos, vino todavía a aumentar sus zozobras.

Cuatro días después de la llegada de la última carta de Ole, el 19 de abril, la señora Hansen volvía sola de la serrería, adonde había ido para encargarse un saco de virutas al contraamaestre Lengling, y se dirigía hacia su casa cuando, un poco antes de llegar a la puerta, se vio abordada por un hombre que no era del país.

—¿Es usted la señora Hansen? —preguntó aquel hombre.

—Sí —respondió ésta—; pero no le conozco. No recuerdo haberle visto.

—¡Oh, poco importa! —replicó el desconocido—. Acabo de llegar de Drammen, y tengo que volverme enseguida.

—¿De Drammen? —dijo vivamente la señora Hansen.

—¿No conoce a un cierto señor Sandgoïst que vive...?

—¡El señor Sandgoïst! —replicó la señora Hansen, cuyo rostro palideció a este nombré—. Sí..., le conozco.

—Pues bien: el señor Sandgoïst ha sabido que venía a Dal, y me ha rogado que os salude en su nombre.

—¿Y... nada más?...

—Tan sólo que le diga que probablemente vendrá a verla el mes que viene. Conque, buena salud, y buenos días, señora Hansen.

V

Hulda estaba muy preocupada por la insistencia de Ole en hablarle en todas sus cartas de aquella fortuna que esperaba encontrar a su vuelta. ¿En qué fundaba el honrado mozo su esperanza? ¿Qué sería?

Hulda no podía adivinarlo, y el tiempo se le hacía largo para saberlo. ¡Era tan natural esta impaciencia! ¿Podía tacharse de vana curiosidad? No. Aquel secreto tenía alguna relación con ella; por eso estaba impaciente, no porque la honrada y sencilla joven fuese ambiciosa, ni sus miras para el porvenir se hubiesen elevado hasta lo que se llama la riqueza. El cariño de Ole le bastaba, debía bastarle siempre. Si la fortuna venía, se la acogería sin extremado agasajo; si no llegaba, prescindirían de ella sin gran disgusto.

Esto precisamente se decían Hulda y Joël a la mañana siguiente del día en que la última carta de Ole había llegado a Dal. Sobre esto, como sobre todas las demás cosas, pensaban de la misma manera.

Joël añadió entonces:

—¡No! ¡No es posible, querida Hulda! ¡Preciso es que me ocultes alguna cosa!

—¿Ocultarte yo?...

—¡Sí! ¡No es creíble que Ole haya partido sin decirte algo de su secreto!

—¿Te ha dicho a ti una palabra, Joël? —respondió la joven.

—No, hermana. Pero yo no soy tú.

—Sí, tú eres yo, Joël.

—Yo no soy la prometida de Ole.

—Casi —dijo la joven—: y si le sucediese alguna desgracia, si no volviese

de este viaje, tú serías tan desgraciado como yo, y tus lágrimas correrían al par de las mías.

—¡Ah, hermana mía! —respondió Joël—. ¡Te prohíbo tener esas ideas! ¡No volver Ole del último viaje que hace a las grandes pesquerías! ¿Hablas seriamente, Hulda?

—Cierto que no, Joël ¡Y sin embargo... no sé... no puedo verme libre de ciertos presentimientos... de angustiosos sueños...!

—¡Los sueños, hermana mía, no son más que sueños!

—Sin duda; pero ¿de dónde vienen?

—De nosotros mismos, y no de arriba. Tú temes, y tus temores son los que visitan tu sueño. Además, casi siempre sucede lo mismo cuando se acerca el momento de ver realizados nuestros deseos respecto a una cosa que hemos deseado vivamente.

—Lo sé, Joël.

—¡En verdad que te creía más fuerte, hermana! ¡Sí! Más enérgica. ¡Cómo! ¿Acabas de recibir una carta, en la que Ole te dice que el *Viken* estará de vuelta antes de un mes, y das cabida a tales inquietudes en tu cabeza?

—¡No, en el corazón, querido Joël!

—El caso es —añadió éste—, que estamos ya a 19 de abril. Ole debe llegar del 15 al 20 de mayo, y pienso que es tiempo ya de comenzar los preparativos para el casamiento.

—¿Lo crees así, Joël?

—¡Que si lo creo, Hulda! ¡Creo hasta que hemos tardado demasiado! ¡Un casamiento que va a llenar de alegría, no sólo a Dal, sino a todos los *gaards* vecinos! ¡Quiero que sea una cosa que llame la atención, y voy a ocuparme en arreglar todos los detalles!

Una ceremonia de este género en las campiñas de Noruega en general, y del Telemark en particular, no es un asunto de poca monta, y no se lleva a cabo sin algún ruido.

En consecuencia, Joël tuvo con este motivo una larga entrevista con su madre.

Ésta tuvo lugar pocos instantes después de que la señora Hansen hubiera sido tan vivamente impresionada por el encuentro del hombre que acababa de anunciarle la próxima visita del señor Sandgoïst, de Drammen. Había ido a sentarse en el sillón de la sala grande, y allí, absorta en sus ideas, hacía girar maquinalmente, sin darse cuenta de ello, la rueda de su torno.

Joël comprendió perfectamente que su madre estaba aún más atormentada que de costumbre; pero como invariablemente respondía «que no tenía nada» cuando le preguntaban, su hijo sólo quiso hablarle del casamiento de Hulda.

—Madre —dijo—; ya sabes que, según su última carta, Ole estará probablemente de vuelta dentro de algunas semanas.

—¡Es de desear —respondió la señora Hansen—; y quiera Dios que no experimente ningún retraso!

—¿Tienes algún inconveniente en que fijemos la fecha del casamiento para el día 25 de mayo?

—Ninguno, si Hulda consiente.

—Su consentimiento está ya dado. Y ahora te preguntaré, madre, si tienes intención de hacer bien las cosas en esta ocasión.

—¿Y qué entiendes tú por «hacer bien las cosas»? —preguntó la señora Hansen, sin levantar los ojos de su torno.

—Entiendo, con tu permiso, madre, que la ceremonia se haga con arreglo a nuestra posición en la bailía. Debemos invitar a nuestros conocidos, y si la casa no basta para alojar a nuestros huéspedes, no habrá un solo vecino que no se apresure a albergarlos.

—¿Y quiénes serán esos huéspedes, Joël? —preguntó su madre.

—Pienso que habrá que invitar a todos nuestros amigos de Moel, de Tiness, de Bamble, de los cuales yo me encargo. También imagino que la presencia de los señores Help, los armadores de Bergen, no podrá menos

de hacer honor a la fiesta, y con tu permiso, repito, les ofreceré que vengan a pasar un día en Dal. Son unas honradas gentes que quieren mucho a Ole, y estoy seguro de que aceptarán.

—¿Tan necesario es, en tu concepto —preguntó la señora Hansen—, dar a este casamiento tanta importancia?

—Así lo creo, madre, aun cuando sólo sea en interés de la posada de Dal, que me figuro que no ha desmerecido después de la muerte de nuestro padre.

—¡No..., Joël..., no!

—¿No es nuestra obligación mantenerla en el mismo estado en que él la dejó? Luego me parece útil dar algún brillo al casamiento de mi hermana.

—Sea, Joël.

—Por otra parte, ¿no es tiempo ya de que Hulda comience sus preparativos, a fin de que por su parte no haya retraso alguno? ¿Qué contestas a mi proposición?

—¡Qué Hulda y tú hagáis lo que juzguéis necesario! —respondió la señora Hansen.

Tal vez se crea que Joël se apresuraba un poco, que hubiera sido más razonable aguardar la vuelta de Ole para fijar la fecha del casamiento, y, sobre todo, para comenzar los preparativos. Pero, como él decía, lo que estuviese hecho no habría ya que hacerlo; y además, esto distraería a Hulda al ocuparse en los mil detalles que lleva consigo una ceremonia de este género. Importaba no dejar a sus presentimientos, que por otra parte nada justificaba, el tiempo de dominarla.

Desde luego era necesario pensar en la dama de honor.

¡Pero no había que inquietarse; la elección estaba hecha! Era una amable señorita de Bamble, la íntima amiga de Hulda. Su padre, el granjero Hembloë, dirigía uno de los gaards más importantes de la provincia, y no carecía de cierta fortuna. De mucho tiempo atrás había apreciado el carácter generoso de Joël, y, preciso es decirlo, su hija Siegfrid no le apreciaba menos, a su modo. Era, pues, probable que en un tiempo no lejano, después de que Siegfrid hubiera servido de dama de honor a

Hulda, Hulda la serviría a su vez. Así se hace en Noruega. Generalmente esas agradables funciones están reservadas a las mujeres casadas. De modo que algo por derogación en provecho de Joël, Siegfrid Hembloë debía asistir en este concepto a Hulda Hansen.

La elección del traje que habían de lucir el día de la ceremonia era una cuestión de gran importancia, tanto para la novia como para su dama de honor.

Siegfrid, bonita rubia de dieciocho años, tenía la firme intención de presentarse con sus mejores galas.

Prevenida por una esquelita de Hulda, que Joël se había comprometido a entregar en sus propias manos, se dedicó, sin perder un instante, a este trabajo, que no deja de proporcionar algún cuidado.

Tratábase, en efecto, de cierto corpiño, cuyo bordado, de dibujos regulares, debía estar combinado, de manera que encerrase el talle de Siegfrid como en un cuadrante dividido.

Hablábase también de una falda que había de cubrir una serie de enaguas, cuyo número debía estar en relación con la fortuna de Siegfrid, pero sin hacerle perder ninguna de las gracias de su persona. En cuanto a las joyas, qué embarazo para la elección de la placa central del collar de filigrana de plata y perlas, los broches del corpiño de plata sobredorada o de cobre, las arracadas en forma de corazón con discos movibles, los dobles botones o gemelos que sirven para abrochar el cuello de la camisa, el cinturón de seda o de lana roja, de donde parten cuatro hileras de cadenas; las sortijas con colgantes pequeños que se entrechocan armoniosamente, los pendientes y los brazaletes de plata colada, en fin, toda aquella joyería del campesino, en la cual, a decir verdad, el oro no existe sino en delgadas hojas, la plata en estañadura, la orfebrería en estampa, cuyas perlas son de vidrio y los diamantes de cristal. Pero como convenía que la vista quedase satisfecha del conjunto, Siegfrid no vacilaría en caso necesario en visitar los ricos almacenes del señor Benett para completar el atavío. Su padre no se opondría: ¡lejos de eso, el excelente hombre dejaba obrar a su hija con completa libertad! Siegfrid, por otra parte, era lo bastante razonable para no comprometer la bolsa paterna. En fin, lo que importaba, sobre todo, era que, en aquél día, Joël la encontrase encantadora.

En cuanto a Hulda, no era menos grave la cuestión. Pero las modas son implacables, y proporcionan a las novias bastantes sinsabores en la elección de su primer traje de boda.

Hulda iba por fin a abandonar sus largas trenzas adornadas con cintas de colores que se escapaban de su bonete de doncella, y el alto cinturón con broche que retenía su delantal sobre su falda escarlata.

Ya no volvería a usar las violetas de desposada que Ole le había regalado al partir, ni el cordón de que pendían los saquitos de cuero bordado que contienen la cuchara de plata de mango corto, el cuchillo, el tenedor, el estuche de costura, y otros tantos objetos de que debe hacer un uso constante una mujer de su casa.

¡No! En el cercano día de su boda, la cabellera de Hulda flotaría libremente sobre sus hombros, y era tan abundante, que no tendría necesidad de mezclar a ella los postizos de lino de que tanto abusan las jóvenes de Noruega menos favorecidas por la naturaleza.

En resumen: tanto para el traje como para las joyas, Hulda no tendría más que acudir al cofre de su madre. En efecto: los elementos de aquel tocado se transmiten ordinariamente de matrimonio en matrimonio a todas las generaciones de una misma familia.

Así se ven reaparecer el justillo bordado de oro, el cinturón de terciopelo, la falda de seda lisa o de diversos colores, las medias de wadmél, la cadena de oro para el cuello, y la corona, la famosa corona escandinava, conservada en el sitio de respeto de los baúles, magnífico pedazo de cartón dorado que se eleva como una joroba, sembrada de estrellas o adornada con guirnaldas, en fin, el equivalente de la corona de azahar en otros países de Europa. Lo cierto es que aquella aureola radiante, con sus delicadas filigranas, sus colgantes sonoros y sus cuentas de cristal de variados colores, debía recuadrar de un modo encantador el bonito semblante de Hulda.

La novia coronada, como dicen allí, haría honor a su esposo.

Éste sería digno de ella con su flamante traje de boda: chaqueta corta con botones de plata muy unidos, camisa almidonada de cuello recto, chaleco con bordados de seda, calzón estrecho ceñido a la rodilla, con madroños de aterciopelada lana, sombrero blanco, botas amarillas, y, en la cintura,

en su vaina de cuero, el cuchillo escandinavo, el *dolknif* de que siempre va armado el verdadero noruego.

No estarían de más algunas semanas, si se quería que todo estuviese dispuesto para antes de la llegada de Ole Kamp. Además, si éste llegaba un poco antes de la fecha indicada, y si Hulda estaba dispuesta, ésta no se quejaría del adelanto, ni Ole tampoco.

En estas diversas y agradables ocupaciones se pasaron las últimas semanas de abril y las primeras de mayo.

Aprovechando los ratos de descanso que le dejaba su profesión de guía, Joël había ido personalmente a hacer sus invitaciones. Sus frecuentes visitas a Bamble hicieron sospechar que tenía allí numerosos amigos. Si no había ido a Bergen a invitar a los señores Help, por lo menos les había escrito; y, como ya se lo figuraba, aquellos honrados armadores habían aceptado, no sin afán, la invitación de asistir al casamiento de Ole Kamp, el joven maestro del *Viken*.

Entretanto había llegado el 15 de mayo. Podía, pues, esperarse, de un momento a otro, ver a Ole bajar de su kariol, abrir la puerta, y gritar con voz alegre:

—¡Yo soy!... ¡Heme aquí!...

Sólo hacía falta un poco de paciencia. Por lo demás, todo estaba dispuesto. Siegfrid, por su parte, sólo aguardaba otra señal para presentarse con todos sus adornos.

El 16 y 17, nada todavía, ni una nueva carta traída por los correos de Terranova.

—No hay que admirarse, hermana —repetía Joël a menudo—. Un buque de vela puede experimentar retrasos. La travesía es larga desde San Pedro y Miquelón a Bergen. ¡Ah! ¡Qué no fuera el *Viken* un buque de vapor y yo su máquina! ¡Cómo lo empujaría contra viento y marea, aun cuando debiese estallar al llegar al puerto!

Decía todo esto, porque veía aumentar la inquietud de Hulda de día en día.

Precisamente reinaba entonces muy mal tiempo en el Telemark. Rudos vientos barrían los altos campos de hielo, y aquellos vientos, que soplaban

del oeste, venían de América.

—Sin embargo, ¡debían favorecer la marcha del *Viken*! —repetía la joven con frecuencia.

—Sin duda, hermana —respondía Joël—. Pero si son demasiado fuertes, pueden también molestarle y obligarle a hacer frente al huracán. ¡En el mar no es fácil hacer siempre lo que se quiere!

—¿De modo que no estás inquieto, Joël? —le preguntó su hermana.

—¡No, Hulda, no! Nada más natural que estos retrasos, por más que sean enfadosos. No estoy inquieto, porque realmente no hay motivo para estarlo.

El 19 llegó a la posada un viajero que tuvo necesidad de un guía. Se trataba de conducirlo hasta los límites del Hardanger, pasando por las montañas.

Aunque muy contrariado por dejar a Hulda entregada a sí misma, su hermano no podía rehusar sus servicios. Sería a lo sumo una ausencia de cuarenta y ocho horas, y Joël contaba con encontrar a Ole a su vuelta. La verdad es que el pobre muchacho empezaba a estar muy atormentado. Partió, pues, a la mañana siguiente, fuerza es decirlo, con el corazón oprimido.

Aquel mismo día, a eso de la una de la tarde, llamaron a la puerta de la posada.

Hulda fue a abrir, gritando:

—¡Si será Ole!

Junto al umbral se hallaba un hombre inmóvil sobre el asiento de su kariol, y cuyo rostro le era desconocido.

VI

—¿Es ésta la posada de la señora Hansen?

—Sí, señor —respondió Hulda.

—¿Está en casa?

—No; pero no tardará en volver.

—¿Pronto?

—Al instante; y si tiene que hablarle...

—No tal. Nada tengo que decirle.

—¿Quiere una habitación?

—Sí; la mejor de la casa.

—¿Hay que prepararle comida?

—Lo antes posible; y cuide de que se me sirva lo mejor que haya.

Tales fueron las frases cambiadas entre Hulda y el viajero, aun antes de que éste bajase del kariol de que se había servido para llegar hasta el corazón del Telemark, a través de los bosques, los lagos y los valles de la Noruega central.

Ya conocemos el kariol, esa máquina de locomoción semejante a la calesa y tan querida de los habitantes de Escandinavia.

Dos largas varas, entre las cuales se mueve un caballo de cuello cuadrado, de manto amarillento, dirigido por un simple freno de cuerda, pasado, no por su boca, sino por su nariz: dos grandes ruedas delgadas, cuyo eje, sin muelles, sostiene una caja pequeña, pintada, y apenas bastante ancha para contener una persona, sin capota, guardabarros ni

estribo; detrás de la caja una tablilla, en la que se encarama el *skydskarl*.

El conjunto representa una enorme araña, cuya doble tela estaba formada por las dos ruedas del aparato.

Con esta máquina rudimentaria pueden hacerse marchas de quince a veinte kilómetros sin demasiada fatiga.

A una señal del viajero, el muchacho vino a sujetar al caballo. Entonces aquel personaje se levantó, se sacudió y echó pie a tierra, no sin algunos esfuerzos, que se tradujeron por gruñidos de mal humor.

—¿Podrá llevarse mi kariol a la cochera? —preguntó con tono rudo, deteniéndose en el umbral de la puerta.

—Sí, señor —respondió Hulda.

—¿Y dar de comer a mi caballo?

—Voy a ordenar que lo lleven a la cuadra.

—Que tengan cuidado de él.

—Descuide. ¿Puedo preguntarle si piensa permanecer algunos días en Dal?

—No lo sé.

El kariol y el caballo fueron conducidos a un cobertizo pequeño, construido en el mismo cercado, bajo el abrigo de los primeros árboles, al pie de la montaña. Era la única cuadra-cochera que había en la posada; pero bastaba para el servicio de sus huéspedes.

Un instante después, el viajero estaba instalado en la mejor habitación, según había pedido. Después de haberse desembarazado de su hopalanda, se calentaba ante un buen fuego de leña seca que había hecho encender.

Entre tanto, a fin de satisfacer su humor poco acomodaticio, Hulda recomendaba a la muchacha que preparase la mejor comida posible; aquella muchacha que, durante la estación de verano, ayudaba a la cocina y demás trabajos de la posada, era una fuerte joven de los alrededores.

El recién llegado era un hombre sólido todavía, por más que hubiese ya pasado de los sesenta años.

Delgado, un poco encorvado, de mediana estatura, huesosa cabeza, rostro imberbe, nariz puntiaguda, ojos pequeños de mirada penetrante detrás de sus gruesos anteojos, frente arrugada labios demasiado delgados para que nunca pudiesen escaparse de ellos buenas palabras; manos largas y engarabitadas, era el tipo del prestamista sobre prendas, o del usurero...

Hulda tuvo el presentimiento de que aquel viajero no podía llevar nada bueno a la casa de la señora Hansen.

No cabía duda de que era noruego; pero presentaba tan sólo el lado vulgar del tipo escandinavo. Su traje de viaje se componía de un sombrero bajo de anchas alas, un vestido de paño blanquecino, chaqueta cruzada sobre el pecho, calzón ceñido a la rodilla, por la hebilla de una correa de cuero, y, sobre todo, una especie de capote oscuro, forrado interiormente con pieles de carnero, abrigo necesario a causa de las tardes y noches muy frías, aun en la superficie de los platillos y en los valles del Telemark.

En cuanto al nombre de aquel personaje. Hulda no lo había preguntado; pero no podía tardar en saberlo, puesto que era preciso que le inscribiese en el libro de la posada.

En aquel momento entró la señora Hansen. Su hija le anunció la llegada de un viajero, que había pedido la mejor comida y la mejor habitación. En cuanto a saber si prolongaría su estancia en Dal, lo ignoraba, pues nada había dicho sobre este punto.

—¿Ha dado su nombre? —preguntó la señora Hansen.

—No, madre.

—¿Ni ha dicho de dónde viene?

—Tampoco.

—Sin duda es algún turista. Es lástima que Ole no esté de vuelta para ponerse a su disposición. ¿Cómo nos las arreglaremos si llega a pedir un guía?

—No creo que sea un turista —respondió Hulda—. Es un hombre ya de edad...

—Si no es un turista, ¿qué viene a hacer a Dal? —dijo la señora Hansen, tal vez más a sí misma que a su hija, y con un tono que denotaba cierta inquietud.

Hulda no podía contestar a esta pregunta, puesto que el viajero no había dejado conocer nada de sus proyectos.

Una hora después de su llegada, aquel hombre entró en el salón, que estaba contiguo a su cuarto. A la vista de la señora Hansen se detuvo un instante en el umbral de la puerta.

Indudablemente era tan desconocido a la posadera como ésta lo era para él. Así es que avanzó hacia ella, y después de haberla mirado por encima de sus anteojos:

—¿La señora Hansen? —dijo, sin tocar siquiera con su mano el sombrero que tenía en la cabeza.

—Sí, señor —respondió la señora Hansen.

Y en presencia de aquel hombre experimentó, como su hija, una turbación de que él debió apercibirse.

—¿De modo que es la señora Hansen de Dal?

—Sin duda, caballero. ¿Tiene algo que decirme?

—Nada. Únicamente deseaba conocerla. ¿No soy su huésped? Y ahora procure que me sirvan la comida lo antes posible.

—Ya está dispuesta —respondió Hulda—; y si quiere pasar al comedor...

—Vamos.

Dicho esto, el viajero se dirigió hacia la puerta que le mostraba la joven. Un momento después estaba sentado junto a la ventana, ante una mesita cuidadosamente servida.

La comida era seguramente buena. Ningún turista, ni aun de los más

delicados, hubiese encontrado nada que reprochar. Sin embargo, aquel personaje, poco contentadizo, no escaseó los signos y palabras de descontento, sobre todo los signos, pues no parecía ser demasiado locuaz.

Verdaderamente podría preguntarse si era a su mal estómago o a su mal carácter a lo que se debía que se mostrase tan exigente.

El potaje de cerezas y grosellas no le convino más que a medias, por más que fuese excelente. Sólo tocó con sus labios el salmón y el arenque marinado. El jamón crudo, medio pollo muy apetitoso, algunas legumbres muy bien aderezadas, tampoco parecieron agradaarle. Hasta se mostró descontento de su botella de Saint-Julien y su media de Champagne, por más que procediesen auténticamente de las más acreditadas bodegas de Francia.

De esto resultó que, terminada su comida, el viajero no tuvo ni un solo *tack for mad* para su anfitriona.

Después de comer, aquel malhumorado señor encendió su pipa, salió de la sala, y fue a pasearse por la márgenes del Maan.

Una vez llegado a la orilla, se volvió. Sus miradas no se separaban de la posada. Parecía que la estudiaba bajo todas sus formas, planta, corte, elevación, como si hubiese querido estimarla en su verdadero valor. Contó las puertas y las ventanas. Se acercó a los maderos horizontalmente dispuestos en la base de la casa, hizo dos o tres cortaduras con la punta de su *dolkknif*, como si hubiera querido reconocer la calidad de la madera y su estado de conservación. ¿Querría acaso darse cuenta de lo que valía la posada de la señora Hansen? ¿Pretendería adquirirla, por más que no estuviese en venta? Este proceder era, por lo menos, extraño. Después de la casa, empezó a ocuparse del pequeño cercado, contando los árboles y los arbustos. En fin, midió dos de sus lados con paso geométrico, y el movimiento de su lápiz sobre una página de su cartera indicó que los multiplicaba al uno por el otro.

Y a cada momento movía la cabeza, fruncía las cejas, y lanzaba exclamaciones bien poco aprobadoras.

Durante estas idas y venidas, la señora Hansen y su hija le observaban a través de las ventanas de la sala. ¿Con qué extraño personaje tenían que habérselas? ¿Cuál era el objeto del viaje de aquel monomaniaco?

Verdaderamente era de sentir que todo esto pasase en ausencia de Joël, puesto que aquel viajero iba a permanecer toda la noche en la posada.

—¿Si fuese un loco? —dijo Hulda.

—¿Un loco?... ¡No! —respondió la señora Han-sen—. Pero sí, por lo menos, un hombre bien singular.

—¡Siempre es enfadoso no saber a quién se recibe en su casa! —dijo la joven.

—Hulda —contestó la señora Hansen—: antes de que vuelva ese viajero, ten cuidado de llevar a su habitación el libro de la posada.

—Sí, madre.

—¡Tal vez se decida a poner su nombre! Ya lo veremos.

La noche era ya sombría a eso de las ocho, hora en que empezó a caer una lluvia fina, que llenaba el valle de una espesa bruma, y que mojaba la montaña hasta la mitad de su altura.

El tiempo era poco a propósito para pasear. Así es que el nuevo huésped de la señora Hansen, después de haber remontado el sendero hasta la serrería, volvió a la posada, donde pidió un vasito de aguardiente. Después, sin añadir una palabra más, sin dar a nadie las buenas noches, tomó el candelero de madera, cuya bujía estaba encendida, entró en su habitación, echó el cerrojo a la puerta, y ya no se le volvió a oír en toda la noche.

—El *skydskar* se refugió en el cobertizo, y entre las varas de la kariol se quedó dormido en compañía del caballo amarillo, sin inquietarse lo más mínimo de la borrasca.

A la mañana siguiente, la señora Hansen y su hija se levantaron al amanecer. Ningún ruido se oía en la habitación del extranjero, que descansaba todavía. Un poco después de las nueve, entró en el salón con el aire más huraño que la víspera, quejándose del lecho, que era duro, del estrépito de la casa, que le había despertado, y sin saludar a nadie. Después abrió la puerta, y se puso a contemplar el cielo, que presentaba un mediano aspecto.

Un viento vivo barría las cimas del Gousta, perdidas entre las nubes, y se precipitaba a través del valle, soplando en violentas ráfagas.

El viajero no se aventuró a salir; pero no perdió su tiempo. Fumando su pipa, se paseaba por la posada, procurando reconocer su disposición interior; visitó las diferentes habitaciones; examinó el mobiliario; abrió las alacenas y los armarios, con la misma naturalidad que si hubiera estado en su propia casa. Se le hubiera tomado por un tasador procediendo en algún acto judicial.

Decididamente, si el hombre era singular, su comportamiento era más que sospechoso.

Hecho esto, fue a tomar asiento en el gran sillón de la sala. Después, con voz breve y dura, dirigió varias preguntas a la señora Hansen. ¿Hacía mucho tiempo que se había construido la posada? ¿La había edificado su marido Harald, o procedía de alguna herencia? ¿Había necesitado ya de algunas reparaciones? ¿Cuál era la cabida del cercado y del *soeter* que de él dependía? ¿Producía buenos rendimientos? ¿Cuántos turistas venían, por término medio, en la buena estación? ¿Pasaban en ella uno o varios días? Y otras por el estilo.

Evidentemente, el viajero no se había enterado del libro que habían llevado a su habitación, pues éste le hubiera informado, por lo menos, de esta última cuestión.

En efecto, el libro se hallaba todavía en el lugar en que Hulda lo había colocado la víspera, sin que el viajero hubiese estampado en él su nombre.

—Señor —dijo entonces la señora Hansen—: no comprendo cómo y por qué pueden interesarle todas estas cosas. Pero si desea saber la marcha de nuestros negocios, nada más fácil; no tiene más que consultar el libro de la posada, en el cual le ruego inscriba su nombre, según la costumbre...

—¿Mi nombre?... Ciertamente que pondré mi nombre, señora Hansen... ¡Lo pondré en el momento de despedirme de usted!

—¿Habría que guardarle la habitación?

—Es inútil —respondió el viajero levantándose—. Voy a partir hoy mismo después del desayuno, a fin de estar de vuelta en Drammen mañana por

la noche.

—¿En Drammen?... —dijo vivamente la señora Hansen.

—¡Sí! Conque haga que me sirvan al momento.

—¿Vive en Drammen?

—¡Sí! ¿Qué encuentra en ello de particular? —replicó.

Así pues, después de haber pasado apenas un día en Dal, o más bien en la posada, aquel viajero se volvía sin haber visto nada del país.

No se cuidaba de ninguna manera del Gousta, del Rjukanfos, ni de las maravillas del valle de Vestfjorddal.

No había salido de Drammen, donde vivía, por placer, sino por negocio, y hasta parecía que no había tenido otro motivo que visitar en detalle la casa de la señora Hansen.

Hulda observó que su madre estaba profundamente conmovida. La señora Hansen había ido a sentarse a su gran sillón. Después, rechazando su torno, se quedó inmóvil, sin pronunciar una palabra.

Entretanto, el viajero acababa de pasar al comedor, y se había sentado a la mesa.

No pareció quedar más satisfecho del almuerzo, tan escogido como la comida de la víspera. Y sin embargo, comió bien y bebió lo mismo; pero sin apresurarse. Su atención parecía dirigirse más especialmente hacia el valor del servicio de plata —lujo al que son muy aficionados los campesinos de Noruega—, algunas cucharas y tenedores que se transmiten de padres a hijos, y que se guardan precisamente con las alhajas de familia.

Durante este tiempo, el *skydskar* hacía en la cochera sus preparativos de partida. A las once, caballo y kariol aguardaban a la puerta de la posada.

El viento continuaba siendo poco seductor, el cielo gris y ventoso. A veces la lluvia azotaba los cristales de la ventana como si fuera metralla. Pero el viajero, bajo su grueso capote forrado de pieles, no era hombre, por lo visto, que se inquietase por las ráfagas.

Terminado el desayuno, bebió el último vaso de aguardiente, encendió pausadamente su pipa y se puso su hopalanda; entró en el salón, y pidió su cuenta.

—Voy a prepararla —respondió Hulda, yendo a sentarse ante una mesita de despacho.

—¡Dese prisa! —dijo el viajero—. Entretanto —añadió—, deme el libro de la posada para que inscriba mi nombre.

La señora Hansen se levantó, fue a buscar el libro, y volvió a colocarlo sobre la mesa grande, al alcance del viajero.

Éste tomó una pluma, miró otra vez por encima de sus anteojos a la señora Hansen, y con gruesas letras escribió su nombre en el libro, que cerró inmediatamente.

En aquel momento volvió Hulda con la cuenta pedida.

El viajero la tomó, la examinó por artículos gruñendo, y sin duda comprobó la suma.

—¡Hum! —dijo—. ¡Es bastante caro! Siete marcos y medio por una noche y dos comidas.

—Está incluido el gasto del *skydskar!* y del caballo —observó Hulda.

—¡No importa! ¡Encuentro esto caro! ¡En verdad, que ya no me admira que se haga tanto negocio en la casa!

—¡No debe nada, caballero! —dijo entonces la señora Hansen, con voz tan trémula, que apenas podía oírse.

Acababa de abrir el libro, había visto el nombre inscrito por el viajero, y repitió, haciendo pedazos la cuenta:

—¡No debe nada!

—Tal es mi opinión —respondió el viajero.

Y sin dar las buenas tardes al marcharse, como no había dado los buenos días al llegar, montó en su kariol, mientras el muchacho saltaba a la

trasera. Algunos momentos después había desaparecido en la vuelta del camino.

Cuando Hulda entreabrió el libro, sólo encontró en él este nombre:

«*Sandgoist, de Drammen*».

VII

En la tarde del siguiente día, Joël debía volver a Dal, después de haber dejado en el camino que conduce a Hardanger al turista a quien servía de guía.

Sabiendo Hulda que su hermano tenía que pasar, siguiendo las mesetas del Gousta, por la orilla derecha del Maan, había salido a esperarle a su paso por el impetuoso río, sentándose cerca del pequeño malecón que sirve de embarcadero para la barca. Allí permaneció sumida en sus tristes reflexiones.

A las vivas inquietudes que le causaba el retraso del *Viken*, se juntaba ahora una gran ansiedad. Esta ansiedad reconocía por causa la visita de aquel señor Sandgoïst, y la actitud de la señora Hansen ante él. ¿Por qué, desde que había salido su nombre, desgarró la cuenta, y rehusó percibir lo que se le debía? Allí había algún secreto grave, sin duda.

Hulda fue, en fin, arrancada de sus reflexiones por la llegada de Joël, al que distinguió descendiendo los primeros escalones de la montaña. Tan pronto aparecía en medio de estrechos claros entre los árboles derribados o abrasados por el rayo, como desaparecía bajo el espeso ramaje de los pinos, abedules, álamos y hayas de que están aquellas crestas erizadas. Por fin tocó la orilla opuesta y se arrojó en la pequeña barca. Con algunos golpes de remo franqueó los violentos remolinos de la corriente, y saltando sobre la playa, se encontró al lado de su hermana.

—¿Ha vuelto Ole? —preguntó.

En Ole fue en quien pensó primero; pero su pregunta quedó sin contestación.

—¿Ni carta suya?

—¡Ni una!

Y Hulda se abandonó a sus lágrimas.

—No —exclamó Joël—. ¡No llores, hermana; no llores!... ¡Tus lágrimas me hacen padecer!... ¡No puedo verte llorar!... ¡Veamos! ¡Dices que no ha habido carta!... ¡Evidentemente esto empieza a ser alarmante! ¡Pero aún no hay motivo para desesperar! Mira, si quieres, voy a ir a Bergen. Me informaré, veré a los señores Help. ¡Tal vez ellos tengan noticias de Terranova! ¿Por qué el *Viken* no ha de haber arribado a algún puerto por causa de averías, o por la necesidad de huir ante el mal tiempo? Lo cierto es que el viento es borrascoso desde hace más de una semana. Varias veces se ha visto que los buques de Terranova han tenido que refugiarse en Islandia, o en las Feroé. Esto mismo le ocurrió ya a Ole, hace dos años, cuando estaba a bordo del *Strenna*, y además, que no todos los días hay correos para poder escribir. ¡Te lo digo como lo pienso, hermana! ¡Cálmate!... Si me haces llorar a mí también, ¿qué va a ser de nosotros?

—¡No puedo dominar mi dolor, hermano! —contestó Hulda.

—¡Hulda!... ¡Hulda!... ¡No pierdas el valor!... ¡Yo te aseguro que aún no desespero! ¡No lo dudes!

—¿Debo creerte, Joël?

—¡Sí, créeme! Para tranquilizarte, ¿quieres que marche a Bergen mañana temprano..., esta misma noche?...

—¡No quiero que me abandones!... ¡No!... ¡No lo quiero! —respondió Hulda, asiéndose a su hermano, como si no tuviese más que a él en el mundo.

Los dos tomaron entonces el camino de la posada. Joël abrigaba a su hermana de la lluvia de la mejor manera posible; pero en aquel momento la ráfaga se hizo tan violenta, que tuvieron que refugiarse en la choza del barquero, a algunos centenares de pasos de las orillas del Maan. Era preciso aguardar que el temporal amainase. Entonces Joël experimentó la necesidad de hablar, de hablar de cualquier cosa; el silencio le parecía mas desesperante que lo que pudiera decir, aun cuando no fuesen palabras de esperanza.

—¿Y nuestra madre? —dijo.

—Cada vez más triste —respondió Hulda.

—¿Ha venido alguien durante mi ausencia?

—Sí; un viajero, que se ha marchado ya.

—¿De modo que en este momento no hay ningún turista en la posada?

—No, Joël.

—Tanto mejor, porque prefiero no separarme de ti. Por otra parte, si continúa el mal tiempo, temo mucho que este año los turistas renuncien a recorrer el Telemark.

—Aún no estamos más que en abril, Joël —respondió Hulda.

—Sin duda; pero tengo el presentimiento de que la estación no será buena para nosotros. En fin, allá veremos; pero, dime: el viajero de que has hablado, ¿abandonó ayer Dal?

—Sí, por la mañana.

—¿Y quién era?

—Un hombre de edad, que venía de Drammen, donde vive, según parece, y que se llama Sandgoïst.

—¿Sandgoïst?...

—¿Le conoces?

—No —respondió Joël.

Hulda se había preguntado si debería contar a su hermano todo lo que en su ausencia había ocurrido en la posada. ¿Qué pensaría Joël cuando supiese el desembarazo con que aquel hombre se había comportado, cómo había parecido calcular el valor de la casa y del mobiliario, y la actitud que la señora Hansen había tomado respecto a él? ¿No pensaría que su madre debía tener razones muy poderosas para obrar como lo había hecho? ¿Y cuáles eran esas razones? ¿Qué podía haber de común entre ella y aquel señor Sandgoïst? ¡Allí existía, por fuerza, un secreto amenazador para la familia! Joël querría conocerlo; interrogaría a su madre, la acosaría a preguntas... La señora Hansen, tan poco

comunicativa, tan refractaria a toda efusión, ¿querría guardar silencio como había hecho hasta entonces? La situación entre ella y sus hijos, tan aflictiva ya, se haría más penosa todavía.

¿Pero podía la joven ocultar algo a Joël? ¡Guardar secreto con él! ¿No hubiera sido esto como una mancha en la amistad de hierro que los unía? ¡Era necesario que aquella amistad no pudiese romperse jamás! Hulda resolvió contárselo todo.

—¿No has oído hablar nunca de ese Sandgoïst cuando ibas a Drammen?
—replicó.

—Nunca.

—Pues sabe, Joël, que nuestra madre le conocía ya, por lo menos de nombre.

—¿Conocía a Sandgoïst?

—Sí, hermano.

—¡Pero yo nunca le he oído pronunciar ese nombre!

—Sin embargo, lo conocía, por más que no creo que le haya visto hasta la visita que nos hizo anteayer.

Y Hulda contó todos los incidentes que habían señalado la estancia de Sandgoïst en la posada, sin omitir el acto singular de la señora Hansen en el momento de su partida. Después se apresuró a añadir:

—Yo pienso, Joël, que vale más no preguntar nada a nuestra madre. ¡Tú la conoces! ¡Sería hacerla más desgraciada todavía! El porvenir nos descubrirá, sin duda, lo que se oculta en su pasado. ¡Quiera el cielo que Ole nos sea devuelto, y si alguna aflicción amenaza a la familia, al menos seremos tres para compartirla!

Joël había escuchado a su hermana con profunda atención. ¡Sí! ¡Entre la señora Hansen y Sandgoïst existían graves razones que colocaban a la una a merced del otro! ¿Podía dudarse de que aquel hombre hubiese venido para inventariar la posada de Dal? ¡Evidentemente no! Y aquella cuenta desgarrada en el momento en que iba a partir, cosa que a él le había parecido muy natural, ¿qué podía significar?

—Tienes razón, Hulda —dijo Joël—: no hablaré de nada de esto a nuestra madre. Tal vez sienta ya el no haberse confiado a nosotros. ¡Con tal que no sea demasiado tarde! ¡Debe sufrir mucho la pobre! ¡Ella no comprende que el corazón de sus hijos está hecho para que vierta en él sus penas! ¡No lo comprende!

—¡Algún día lo comprenderá, Joël!

—¡Sí, esperemos, hermana! Pero de aquí a entonces, no creo que me esté prohibido investigar quién es ese individuo. Tal vez el señor Helmboë le conozca. Se lo preguntaré el primer día que vaya a Bamble, y aun si es preciso, llegaré hasta Drammen. Me parece que allí no debe ser difícil enterarse, cuando menos, de lo que hace ese hombre, a qué clase de negocios se dedica, lo que de él se piensa...

—Nada bueno, estoy segura —respondió Hulda—. Su rostro es antipático; su mirada, mala. ¡Mucho me sorprendería que se encerrase un alma generosa bajo tan grosera envoltura!

—Vamos, querida Hulda —añadió Joël—; no juzguemos tampoco a las gentes por las apariencias. Apuesto cualquier cosa a que le encontrarías de figura agradable si le contemplases colgado del brazo de Ole...

—¡Pobre Ole! —murmuró la joven.

—Ya volverá; ¡de fijo está en camino! —exclamó Joël—. ¡Ten confianza, Hulda! Ole no está ya lejos, y hemos de calentarle las orejas por haberse hecho esperar tanto.

La lluvia había cesado. Ambos salieron de la choza, y subieron el sendero para dirigirse a la posada.

—A propósito, Hulda —dijo entonces Joël—; vuelvo a partir mañana.

—¿Otra vez?...

—Sí, temprano.

—¿Ya, hermano?

—Es preciso, Hulda. Al salir de Hardanger, uno de mis camaradas me ha

prevenido de que un viajero que venía del norte por las altas mesetas del Rjukanfos, adonde debe llegar mañana, necesitaba de mis servicios.

—¿Y quién es ese viajero?

—A fe mía que no sé ni aún su nombre. Pero es forzoso que me encuentre allí para traerle a Dal.

—Parte, puesto que no puedes dispensarte de ello —respondió Hulda dando un profundo suspiro.

—Mañana, al amanecer, me pondré en camino. ¿Eso te aflige. Hulda?

—¡Sí, hermano! Estoy mucho más inquieta cuando me dejas, aun cuando sólo sea por algunas horas.

—¡Pues sabe que esta vez no partiré solo!

—¿Y quién te acompaña?

—¡Tú, hermanita, tú! Es preciso distraerte, y te llevo conmigo.

—¡Ah! ¡Gracias, Joël!

VIII

A la mañana siguiente, ambos abandonaron la posada al rayar el alba. Los quince kilómetros que hay desde Dal a las célebres cascadas, y otro tanto para volver, no hubieran sido para Joël más que un simple paseo; pero era preciso economizar las fuerzas de Hulda. Joël, pues, se aprovechó del kariol del contraamaestre Lengling, que, como todas las demás, no tenía más que un asiento. Pero su dueño era de tal corpulencia, que había sido preciso construir una caja excepcional, siendo suficiente para que Hulda y Joël pudiesen colocarse el uno junto al otro. Luego, si el viajero anunciado se encontraba en el Rjukanfos, ocuparía el lugar de Joël, y éste volvería a pie, o subiría a la trasera del vehículo.

Camino encantador, aunque pródigo en tumbos, el de Dal a los famosos saltos de agua. Incontestablemente era más bien un sendero que un camino. Vigas apenas escuadradas, arrojadas sobre los ríos tributarios del Maan, lo atraviesan, formando puentecillos, a algunos centenares de pasos los unos de los otros. Pero el caballo noruego está habituado a franquearlos con pie seguro; y, si bien el kariol no tiene ballestas, sus largas varas, un poco elásticas, atenúan en cierto modo los choques del terreno.

El tiempo era hermoso. Joël y Hulda seguían a buen paso a lo largo de las verdes praderas, bañadas en su límite izquierdo por las claras aguas del Maan.

Algunos millares de álamos blancos sombreaban, aquí y allí, el camino alegremente alumbrado por el sol.

Las nubes de la noche se condensaban, formando gotitas en la punta de las altas hierbas. A la derecha del torrente, a dos mil metros de altura, las nevadas cimas del Gousta arrojaban al espacio una intensa radiación de luz.

Durante una hora, el kariol marchó con bastante rapidez. La subida era insensible todavía; pero bien pronto el valle empezó a estrecharse poco a

poco.

De una y otra parte, los arroyos se cambiaron en impetuosos torrentes. A pesar de la sinuosidad del camino y del gran desarrollo que se había dado a su trazado, no podían evitarse los bruscos desniveles del suelo. De aquí que se encontraran pasos verdaderamente duros, de los que Joël salía con gran destreza.

Hulda, por su parte, nada temía hallándose a su lado. Cuando la sacudida era demasiado acentuada, se agarraba a su brazo. La frescura de la mañana coloreaba su lindo rostro, bien pálido hacía algún tiempo.

Fue preciso alcanzar una altitud mucho más elevada.

El valle no permitía el paso a la corriente del Maan sino apretándola entre dos murallas cortadas a pico.

Sobre los campos vecinos aparecían una veintena de casas aisladas, ruinas abandonadas de *soeters* o de *gaards*, cabañas de pastores perdidas entre los abedules y las hayas.

Muy pronto no fue ya posible ver el río, pero se le oía mugir en el sonoro encajonamiento de las rocas. El país había tomado un aspecto salvaje y grandioso a la vez, ensanchando su cuadro hasta la cresta de las montañas.

Después de dos horas de marcha, se descubrió una serrería al borde de un salto de mil quinientos pies, utilizado para el mecanismo de su doble rueda.

No son raras en el Vestfjorddal las cascadas que miden esta altura, pero el volumen de sus aguas es poco considerable. En esto las lleva una gran ventaja la del Rjukanfos.

Joël y Hulda, llegados a la serrería, echaron pie a tierra.

—¿Te fatigará demasiado una media hora de marcha, hermana? —dijo Joël.

—No, hermano; no estoy cansada, y hasta creo que me convendrá andar un poco.

—¡Un poco!... Di más bien mucho, y siempre subiendo.

—Me apoyaré en tu brazo, Joël.

Fue preciso, en efecto, abandonar allí el kariol.

No hubiera podido franquear los ásperos senderos, los estrechos pasos, los taludes sembrados de movedizas rocas, cuyos caprichosos contornos, sombreados de árboles o desnudos de toda vegetación, anunciaban la gran cascada.

Pero ya se elevaba una especie de vapor espeso en medio de un cielo azulado. Eran las aguas pulverizadas del Rjukan, cuyas volutas se desarrollaban a una gran altura.

Hulda y Joël tomaron un sendero muy conocido de los guías, que baja hacia la garganta del valle. Fue preciso deslizarse entre los árboles y los arbustos.

Algunos instantes después, ambos estaban sentados sobre una roca tapizada de musgos amarillentos, casi enfrente del salto de agua. Era imposible acercarse más por aquel lado.

Allí, el hermano y la hermana hubieran tenido gran trabajo para oírse si se hubiesen hablado pero entonces sus pensamientos eran de los que pueden comunicarse sin que los formulen los labios, por el corazón.

El volumen de la cascada del Rjukan es enorme, su altura considerable, su rugido grandioso, imponente.

El suelo falta súbitamente al lecho del Maan, que se precipita desde una elevación de novecientos pies, casi a la mitad del camino entre el lago Mjós hacia arriba y el lago Tinn hacia abajo. Novecientos pies, es decir, seis veces la altura del Niágara, cuya anchura, es muy cierto, mide tres millas desde la orilla americana a la orilla canadiense.

Aquí, el Rjukanfos tiene aspectos extraños, difíciles de reproducir por la descripción. Incluso la pintura no podría representarlos sino de una manera insuficiente. Hay ciertas maravillas naturales que es preciso ver para comprender toda su belleza, entre otras aquella cascada, la más célebre de todo el continente europeo.

En esto precisamente se ocupaba entonces un turista, sentado sobre la escarpada orilla izquierda del Maan. En aquel lugar podía observar perfectamente el Rjukanfos desde más cerca y desde más alto.

Ni Joël ni su hermana le habían visto todavía, por más que estuviese bien visible. No era la distancia, sino un efecto de óptica peculiar a estos sitios montañosos, lo que le hacía aparecer más pequeño, y por consiguiente más lejano de lo que estaba realmente.

En aquel momento el viajero acababa de levantarse, y se aventuraba, muy imprudentemente, sobre la cresta de la roca, que se redondeaba como una cúpula hacia el lecho del Maan.

Evidentemente, lo que aquel curioso quería ver eran las dos cavidades del Rjukanfos, la una a la izquierda, llena del hervidero de las aguas, la otra a la derecha, colmada de espesos vapores. Tal vez intentaba reconocer si existe una tercera cavidad inferior a la mitad de la altura de la caída.

Este hecho explicaría sin duda el porqué de que el Rjukanfos, después de haberse abismado, vuelve a saltar, arrojando a ciertos intervalos el exceso de sus aguas tumultuosas, que parecen ser lanzadas por la explosión de una mina, cubriendo con sus brumas los campos circunvecinos.

Entretanto, el turista seguía avanzando descuidado sobre aquella especie de lomo de asno, duro y resbaladizo, sin una raíz, sin una mata, sin una hierba, que lleva por nombre el Paso de María o Maristien.

El imprudente debía de ignorar la leyenda que ha hecho célebre aquel paso. Un día, Eystein quiso reunirse, por aquel peligroso camino, con la bella María de Vestfjorddal. Al otro lado del paso, su amada le tendía los brazos. De repente falta su pie, resbala, cae, no puede retenerse sobre aquellas rocas unidas como el hielo, desaparece en el abismo, y las rápidas corrientes del Maan no devolvieron nunca su cadáver.

Lo que había sucedido al infortunado Eystein, ¿iba a sucederle acaso al temerario comprometido en las pendientes del Rjukanfos?

Era de temer. Y, en efecto, se apercibió del peligro, pero demasiado tarde. De pronto faltó a su pie el punto de apoyo; lanzó un grito; rodó unos veinte pasos, y no tuvo tiempo más que para agarrarse al saliente de una roca, casi al borde del abismo.

Joël y Hulda no le habían visto aún; pero acababan de oírle.

—¿Qué es eso? —dijo Joël, levantándose.

—¡Un grito! —respondió Hulda.

—¡Sí!... ¡Un grito de agonía!

—¿Hacia qué parte?...

—¡Escuchemos!

Ambos miraban con atención a derecha e izquierda de la cascada; no pudieron distinguir nada.

Sin embargo, habían oído distintamente estas palabras: «¡A mí... a mí!...», lanzadas en medio de una de las calmas regulares, que duran cerca de un minuto, entre cada salto del Rjukan.

El grito de socorro se renovó.

—Joël —dijo Hulda—: ¡indudablemente hay algún viajero en peligro que pide socorro! Es preciso acudir a...

—Sí, hermana, y no puede estar muy lejos. ¿Pero hacia qué lado?... ¿Dónde está?... ¡No veo nada!

Hulda acababa de subir el talud por detrás de la roca sobre la que estaba sentada, agarrándose a las débiles matas que revisten la orilla izquierda del Maan.

—¡Joël! —gritó por fin.

—¿Ves algo?...

—¡Allí!... ¡Allí!...

Y Hulda señalaba al imprudente, suspendido casi por encima del abismo. Si su pie, apuntalado contra la débil salida de la roca, le faltaba, si resbalaba un poco más, si se dejaba dominar por el vértigo, estaba perdido.

—¡Hay que salvarle! —dijo Hulda.

—¡Es preciso! —dijo Joël—. Con sangre fría llegaremos hasta él.

Joël lanzó entonces un agudo grito, que fue oído por el viajero, cuya cabeza se volvió hacia ellos.

Después, durante algunos instantes, se puso a pensar en el medio más rápido y más seguro que podría emplear para sacarle de aquel mal paso.

—Hulda —dijo por fin—; ¿no tienes miedo?

—¡No, hermano!

—¿Conoces bien la Maristien?

—¡Ya la he pasado varias veces!

—Pues bien: ve por lo alto de la cresta, acercándote al viajero tanto como te sea posible. Después déjate deslizar suavemente hasta él, y cógele de la mano, de modo que le tengas bien sujeto. Pero que no intente levantarse todavía; le dominaría el vértigo, te arrastraría con él, y estaríais perdidos.

—¿Y tu, Joël?

—Mientras tú vas por arriba, yo me arrastraré por abajo, a lo largo de la arista, del lado del Maan. Allí estaré indudablemente cuando tú llegues, y, si resbaláis, ¡tal vez pueda conteneros a los dos!

Después, con voz poderosa, aprovechando una nueva calma del Rjukanfos, Joël gritó:

—¡No se mueva, señor!... ¡Aguarde!... ¡Vamos a intentar llegar hasta usted!

Hulda ya había desaparecido detrás de las altas matas del talud, a fin de volver a bajar lateralmente con menos dificultad sobre la otra cima de la Maristien.

Joël no tardó en ver a la intrépida joven, que aparecía dando vuelta a los últimos árboles con la mayor serenidad.

Por su parte, con peligro de su vida, Joël comenzó a arrastrarse lentamente a lo largo de la porción inclinada de aquel lomo redondeado que termina la caja del Rjukanfos. ¡Qué sangre fría más sorprendente, qué seguridad de pies y manos era necesaria para costear aquel abismo, cuyas paredes se humedecían con las brumas de la catarata!

Paralelamente, pero separada de él unos cien pasos más arriba, Hulda avanzaba oblicuamente para ganar con mayor facilidad el sitio en que el viajero se mantenía inmóvil.

En la posición que éste ocupaba, no podía verse su semblante, que estaba vuelto hacia la cascada.

Joël llegó debajo de él, se detuvo, y después de haberse apuntalado sólidamente en la fisura de una roca, gritó:

—¡Eh, caballero!

El viajero volvió la cabeza.

—¡Eh, caballero! —repitió Joël—. ¡No haga ni un movimiento, ni uno solo siquiera, y sujétese bien!

—¡Esté tranquilo; estoy bien firme, amigo mío! —respondió el viajero, con un tono que tranquilizó a Joël—. Si no fuese así, hace ya un cuarto de hora, por lo menos, que estaría en el fondo del Rjukanfos.

—Mi hermana va a bajar hasta usted —añadió Joël—, le cogerá de la mano. Pero hasta que yo no esté allí, no intente levantarse... ¡No se mueva!

—¡Me mantendré como una roca! —replicó el viajero.

Hulda, por su parte, comenzaba ya a bajar, buscando los puntos menos resbaladizos de la cima, introduciendo su pie en las grietas en que encontraba un apoyo sólido, con la cabeza segura, como buena hija del Telemark acostumbrada a descender por las laderas llenas de riscos de las mesetas.

Y como Joël había gritado antes, ella gritó también:

—¡Manténgase firme, señor!

—Sí. ¡Ya me mantengo..., y me mantendré, se lo aseguro, mientras pueda hacerlo!

Según se ve, no le faltaban las recomendaciones. Llegaban de arriba y de abajo.

—Sobre todo, ¡no tenga miedo! —añadió Hulda.

—No lo tengo.

—¡Le salvaremos! —gritó Joël.

—Cuento con ello, porque, ¡por San Olaf!, yo no podría salvarme solo.

Evidentemente, el viajero había conservado su sangre fría.

Pero, sin duda, después de su caída, brazos y piernas le habían negado su servicio, y todo lo que ahora podía hacer era sujetarse con trabajo a la delgada salida de la roca que le separaba del abismo.

Hulda, entretanto, continuaba bajando. Algunos instantes después estuvo junto al viajero, y apoyando sus pies contra una aspereza de la roca, le cogió la mano.

El viajero intentó enderezarse un poco.

—¡No se mueva, señor!... ¡No se mueva!... —dijo Hulda—. ¡Me arrastraría con usted, y no tendría fuerza bastante para retenerle! ¡Hay que aguardar la llegada de mi hermano! Cuando esté colocado entre el Rjukanfos y nosotros, procurará levantarse, a fin de...

—¡Levantarme, mi valiente joven! Eso es más fácil decirlo que hacerlo; y mucho me temo que ha de costar gran trabajo.

—¿Está herido, señor?

—¡Hum! Espero no tener nada roto ni dislocado; pero sí, por lo menos, una hermosa y soberbia desolladura en la pierna.

Joël se encontraba entonces a unos veinte pies más abajo del sitio ocupado por Hulda y el viajero.

La curvatura de la cresta le había impedido reunirse a ellos directamente. Era entonces forzoso remontar la redondeada superficie. Era lo más difícil, y también lo más peligroso. Iba en ello la vida.

—¡Ni un movimiento, Hulda! —gritó por última vez—. Si resbaláis los dos, como no estoy en buena posición, ¡estamos perdidos!

—No temas, Joël —respondió Hulda—. No pienses más que en ti, ¡y que Dios te ayude!

Joël empezó a izarse sobre el vientre, arrastrándose por un verdadero movimiento de reptación. Dos o tres veces sintió que iba a faltarle todo punto de apoyo. Pero, por último, a fuerza de destreza y habilidad, consiguió subir hasta cerca del viajero.

Este era un hombre ya de alguna edad, pero de complexión vigorosa, con un hermoso rostro, amable y sonriente.

Joël esperaba encontrar más bien allí algún joven audaz que hubiese intentado imprudentemente franquear la Maristien.

—¡Ha cometido una imprudencia, señor! —dijo, recostándose un poco para tomar algún aliento.

—¡Cómo una imprudencia! —replicó el viajero—. Diga más bien una temeridad, una cosa totalmente absurda.

—¡Ha arriesgado su vida!...

—Y les he hecho arriesgar las suyas.

—¡Oh! ¡Yo!... ¡Es mi oficio! —respondió Joël.

—Ahora —dijo, levantándose— se trata de ganar la cima; pero lo más difícil está hecho.

—¡Oh! ¡Lo más difícil!...

—Sí, señor. Lo más peligroso era llegar hasta usted. Ahora sólo tenemos que subir una pendiente mucho menos fuerte.

—¡Es que hará muy bien en no contar demasiado conmigo! Tengo una

pierna que no me servirá de mucho en este momento, y tal vez tampoco durante algunos días.

—¡Procure levantarse!

—Veamos si con su ayuda...

—Tome el brazo de mi hermana. Yo le sostendré, y le empujaré por la espalda.

—¿Sólidamente?

—Sólidamente.

—Pues bien, amigos míos, a ustedes me entrego. Puesto que han tenido el buen pensamiento de sacarme de este mal paso, a ustedes toca conseguirlo.

Procedióse, según había dicho Joël, prudentemente.

A pesar del peligro que entrañaba subir hasta la cresta, los tres salieron de él mejor y más pronto de lo que esperaban.

Por otra parte, el viajero no sufría de una dilatación de los músculos o de los tendones, sino simplemente de una desolladura. Pudo, pues, hacer de sus piernas mejor uso del que creía, aunque no sin dolor.

Diez minutos después se hallaba a salvo al otro lado de la Maristien.

Allí hubiera podido reposar bajo los primeros pinos que rodean la meseta superior del Rjukanfos; pero Joël le exigió un esfuerzo más. Se trataba de llegar a una cabaña, perdida bajo los árboles, un poco más atrás de la roca, en la cual su hermana y él se habían detenido al llegar a la cascada.

El viajero procuró hacer el esfuerzo pedido; y habiéndolo logrado, con el apoyo de Hulda por un lado y de Joël por otro, llegó sin gran molestia hasta la puerta de la cabaña.

—Entremos, señor —dijo la joven—, y reposará un instante.

—¿No podrá ese instante durar un cuarto de hora?

—Sí, señor; y enseguida consentirá en venir con nosotros a Dal.

—¿A Dal?... Pues precisamente era a Dal adonde me dirigía...

—¿Será acaso el turista que viene del norte —preguntó Joël— y de quien me han hablado en Hardanger?

—Precisamente.

—A fe mía que no había tomado el mejor camino...

—Me lo sospecho.

—Y si hubiera podido prever lo que ha sucedido, hubiese ido a esperarle al otro lado del Rjukanfos.

—¡Hubiera sido una buena idea, mi valiente joven! Me hubiese evitado una imprudencia imperdonable a mi edad...

—¡A cualquier edad, señor! —respondió Hulda, sonriendo.

Los tres entraron entonces en la cabaña, habitada por una familia de campesinos, el padre y sus dos hijas, que se levantaron y dispensaron una buena acogida a sus huéspedes.

Joël pudo entonces ver que el viajero no tenía más que una desolladura bastante grave un poco más abajo de la rodilla, que le obligaría a una larga semana de reposo: pero la pierna no estaba ni dislocada, ni rota, ni interesado el hueso, que era lo esencial.

Excelente leche, fresas en abundancia y un poco de pan moreno, fueron ofrecidos y aceptados con placer.

Joël no trató de ocultar un formidable apetito; y si bien Hulda comió apenas, el viajero no rehusó hacer frente a su hermano.

—A decir verdad, este ejercicio me ha abierto el apetito —dijo—; pero debo confesar de buena fe que, aventurarse por la Maristien, era más que imprudente. ¡Querer representar el papel del infortunado Eystein, cuando podría ser su padre..., y aun su abuelo!

—¡Ah! ¿Conocía, por lo visto, la leyenda? —dijo Hulda.

—¡Sí, la conocía!... ¡Mi nodriza me dormía contándomela en la dichosa

edad en que yo tenía aún nodriza! Sí, la conozco, valerosa joven; y por lo mismo soy más culpable. ¡Ahora, amigos míos, Dal está un poco lejos, para un inválido como yo, que apenas puede moverse! ¿Cómo van a transportarme hasta allí?

—No se inquiete por eso, señor —respondió Joël—. Nuestro kariol nos espera abajo en el sendero; solamente hay que andar unos trescientos pasos.

—¡Hum!... ¡Trescientos pasos!

—Bajando —añadió la joven.

—¡Oh! Si es bajando, todo marchará bien, amigos míos, y un brazo me bastará...

—¿Y por qué no dos —respondió Joël—, puesto que tenemos cuatro a su disposición?

—¡Vaya por dos, vaya por cuatro! No me costará más caro, ¿no es verdad?

—Eso no cuesta nada.

—Sí, unas gracias por cada brazo; y ahora me apercibo de que aún no se las he dado como las merecen.

—¿Por qué, señor? —preguntó Joël.

—¡Pues, sencillamente, porque me han salvado la vida a riesgo de la suya!...

—Cuando guste —dijo Hulda, que se levantó para evitar los cumplimientos.

El viajero arregló el pequeño gasto con los campesinos de la cabaña, y sostenido después, un poco por Hulda y mucho por Joël, comenzó a bajar el sinuoso sendero que conduce hacia la orilla del Maan, hasta donde se une con el camino de Dal.

Esto no lo hizo sin lanzar algunos ¡ayes!, que se terminaban invariablemente en una franca carcajada.

Por fin se llegó a la serrería, y Joël se ocupó en enganchar el kariol.

Cinco minutos después, el viajero estaba instalado en la caja, teniendo a la joven sentada a su lado.

—¿Y usted? —preguntó a Joël—. Me parece que he ocupado su sitio...

—Que le cedo de buena voluntad.

—Tal vez apretándose un poco...

—¡No!... ¡No!... Tengo mis piernas, señor —dijo Joël—; piernas de guía, que bien valen tanto como las ruedas...

—Y son famosas, hijo mío, famosas.

Emprendieron la marcha, siguiendo el camino que se va acercando poco a poco al Maan. Joël se puso a la cabeza del caballo, guiándolo por la brida, procurando evitar las sacudidas demasiado fuertes del kariol.

La vuelta se hizo alegremente, al menos por parte del viajero, que hablaba ya como un antiguo amigo de la familia Hansen. Antes de llegar, el hermano y la hermana le llamaban «señor Sylvius», y el señor Sylvius les llamaba Hulda y Joël, como si se hubiesen conocido desde hacía mucho tiempo.

A eso de las cuatro, el campanario de Dal descubrió su fina punta entre los árboles de la aldea. Un momento después el caballo se detenía delante de la posada. El viajero bajó del kariol, no sin algún trabajo. La señora Hansen había venido a recibirle a la puerta, y aun cuando no pidió la mejor habitación de la casa, no dejaron de preparársela por eso.

IX

Sylvius Hog, tal fue el nombre que aquella noche fue inscrito en el libro de viajeros, y precisamente a continuación del nombre de Sandgoïst Vivo contraste entre aquellos dos nombres y los dos hombres que los llevaban.

No existía entre ellos semejanza alguna, ni física, ni moral. Generosidad por una parte, avidez por la otra. El uno, era la bondad del corazón; el otro, la sequedad del alma.

Sylvius Hog tenía apenas sesenta años, pero no los representaba. Alto, derecho, bien formado, sano de espíritu y sano de cuerpo, agradaba desde el primer momento con su bello y amable rostro, sin barba, bien recuadrado por sus cabellos grises y un poco largos, con sus ojos sonrientes como sus labios; su ancha frente, donde los más nobles pensamientos podían circular desahogadamente; su ancho pecho, en que su corazón podía latir con holgura.

A todas estas ventajas se unía un inagotable fondo de buen humor, una fisonomía fina y delicada, una naturaleza capaz de todas las generosidades, de todos los sacrificios.

Sylvius Hog, de Cristianía: esto lo decía todo. Y no solamente era conocido, apreciado, amado, honrado en la capital, sino también en todo el país: el país noruego, por supuesto. En efecto: los sentimientos que le profesaban no eran los mismos en la otra mitad del reino escandinavo, es decir, en Suecia.

Esto merece explicarse.

Sylvius Hog era profesor de legislación en Cristianía. En otros estados, ser abogado, ingeniero, médico, negociante, es ocupar las primeras filas de la escala social.

En Noruega no sucede así: ser profesor es ocupar la cumbre.

Sí; en Suecia hay cuatro clases: la nobleza, el clero, la burguesía, el

campesino; en Noruega hay sólo tres: falta la nobleza. No se cuenta ningún representante de la aristocracia, ni aun la de los funcionarios.

En este privilegiado país, en que no existen privilegios, los funcionarios son los más humildes servidores del público.

En resumen: igualdad perfecta; ninguna distinción política.

Siendo, pues, Sylvius Hog uno de los hombres más considerados de su país, no se extrañará que fuese miembro del Storthing. Tanto por su valer como por la probidad de su vida pública y privada, ejercía en esta gran asamblea una influencia que se extendía hasta los diputados campesinos, elegidos en gran número por los distritos rurales.

Desde la Constitución de 1814, ha podido decirse con razón: Noruega es una república con el rey de Suecia por presidente.

No hay que decir que Noruega, muy celosa de sus prerrogativas, ha sabido conservar su autonomía. El Storthing no tiene nada en común con el Parlamento sueco. Así se comprenderá que uno de sus representantes más influyentes y más patriotas no fuese muy bien mirado en el otro campo de la frontera ideal que separa Suecia de Noruega.

Esto sucedía a Sylvius Hog. Dotado de un carácter muy independiente, no quería ser nada, y más de una vez había rehusado entrar en el ministerio.

Defensor de todos los derechos de Noruega, se había opuesto constante y firmemente a las usurpaciones de Suecia.

Y es tal la separación moral y política de los dos países, que el rey de Suecia, entonces Óscar XV, después de haberse hecho coronar en Estocolmo, ha tenido que volverse a coronar en Drontheim, la antigua capital de Noruega. Tal es también la reserva algo desconfiada de los noruegos en relación con negocios, que el Banco de Cristianía no acepta de buena gana los billetes del Banco de Estocolmo.

Tal es, en fin, la demarcación entre los dos pueblos, que el pabellón sueco no flota ni sobre los edificios, ni sobre los buques de Noruega. A la una, la estameña azul, atravesada por una cruz amarilla; a la otra, la cruz azul sobre el fondo de estameña roja.

Sylvius Hog pertenecía en cuerpo y alma a Noruega.

Defendía en todas ocasiones sus intereses, y en 1854, cuando el Storthing agitó la cuestión de no tener a la cabeza del país ni virrey, ni aun gobernador, fue uno de los que se entregaron más vivamente a la discusión e hicieron triunfar aquel principio.

Así se concibe que, si no muy querido en el este del reino, fuese adorado en el oeste, y hasta en el fondo de los *gaards* más lejanos del país. Su nombre corría por la montañosa Noruega, desde Christiansand hasta las últimas rocas del Cabo Norte.

Digno de aquella popularidad de buena ley, ninguna calumnia había podido alcanzar ni al diputado ni al profesor de Cristianía. Era, por otra parte, un verdadero noruego; pero un noruego de sangre viva, sin la tradicional flema de sus compatriotas; más resuelto en actos y pensamientos de lo que permite el temperamento escandinavo. Esto se verá en sus movimientos prontos, en el ardor de su palabra, en la vivacidad de sus gestos. Nacido en Francia, no se hubiera titubeado en creerle un hombre del Mediodía, si se quiere aceptar esta comparación, que podía aplicársele con alguna exactitud.

La fortuna de Sylvius Hog lo colocaba en situación bastante desahogada, aunque no había hecho negocio con los asuntos públicos. Alma desinteresada, no pensaba jamás en él, pero sí en los demás; así es que se cuidaba poco de las grandezas. Le bastaba con ser diputado; no quería ni deseaba nada más.

En aquel momento, Sylvius Hog se aprovechaba de una licencia de tres meses para reponerse de sus fatigas, después de un año laborioso de trabajos legislativos. Había salido de Cristianía hacía seis semanas, con la intención de recorrer toda la comarca que se extiende hasta Drontheim, el Hardanger, el Telemark, los distritos de Kongsberg y de Drammen. Quería visitar aquellas provincias que no conocía. Un viaje de estudio, y a la vez de recreo.

Sylvius Hog había atravesado ya una parte de aquella región; y, al volver de las bahías del norte, había querido contemplar la célebre cascada, una de las maravillas del Telemark. Después de haber examinado sobre el

terreno el proyecto, entonces en estudio, del ferrocarril de Drontheim a Cristianía, había encargado un guía que le condujese a Dal, y contaba encontrarle en la orilla izquierda del Maan. Pero sin aguardarle, atraído por las admirables vistas de la Maristien, se había aventurado en el peligroso paso. ¡Rara imprudencia, que había estado a punto de costarle la vida! Y, fuerza es decirlo, sin la intervención de Joël y Hulda, el viaje, con el viajero, hubiera concluido en los abismos del Rjukanfos.

X

Los habitantes de Escandinavia son muy instruidos, no sólo en las ciudades, sino también en plena campiña. Su instrucción va más allá de saber leer, escribir y contar. El campesino aprende con placer. Su inteligencia es clara; se interesa en los asuntos públicos; toma una gran parte en los negocios políticos y comunales.

En el Storthing están siempre en mayoría las gentes de aquella condición. A veces asisten al parlamento vestidos con los trajes regionales. Se les cita, con justicia, por su elevado raciocinio, su buen sentido práctico, su comprensión justa, aunque un poco lenta, y, sobre todo, por su incorruptibilidad.

No hay, pues, que admirarse de que el nombre de Sylvius Hog fuese conocido en toda Noruega y pronunciado con respeto hasta en aquella porción algo salvaje del Telemark.

Así es que la señora Hansen, al recibir a un huésped tan universalmente estimado, creyó conveniente manifestarle cuán honrada se consideraba en albergarle algunos días bajo su techo.

—Yo no sé si esto la honrará, señora Hansen —respondió Sylvius Hog—; pero lo que sí sé es que a mí me proporciona un verdadero placer. ¡Oh! ¡Hace ya mucho tiempo que he oído a mis discípulos hablar de la hospitalaria posada de Dal! Por eso contaba descansar en ella una semana. Pero ¡qué San Olaf me abandone si hubiera creído nunca llegar sobre un solo pie!

Y el excelente hombre apretó cordialmente la mano de su anfitriona.

—Señor Sylvius —dijo Hulda—, ¿quiere que mi hermano vaya a Bamble en busca de un médico?

—¡Un médico, mi pequeña Hulda! ¡Acaso quiere que pierda el uso de ambas piernas!

—¡Oh, señor Sylvius!

—¡Un médico! ¿Por qué no mi amigo el doctor Boek, de Cristianía? ¡Y todo eso por una rozadura!...

—Pero una rozadura, si está mal cuidada, puede llegar a ser una cosa grave.

—¡Hola, Joël! ¿Me dirá por qué quiere que esto llegue a ser grave?

—¡Dios me libre de querer semejante cosa, señor Sylvius!

—Pues bien: Dios le libraré, y yo también, y toda la casa de la señora Hansen, si la linda Hulda consiente en prestarme sus cuidados...

—¡Seguramente, señor Sylvius!

—Muy bien, amigos míos. Dentro o de tres o cuatro días ya no quedará ni rastro. Por otra parte, ¿cómo no curarse en una habitación tan bonita? ¿Dónde podría uno estar mejor asistido que en la excelente posada de Dal? ¡Y ese cómodo lecho, con sus leyendas, que sustituyen con ventaja las horribles formulas de la facultad! ¡Y esta alegre ventana que se abate sobre el valle del Muan! Y el murmullo de las aguas que se desliza hasta el fondo de mi alcoba ¡Y el perfume de los viejos árboles que embalsama toda la casa! ¡Y el puro ambiente, el aire de la montaña! ¡Eh! ¿No ve en él el mejor de los médicos? Catando se tiene necesidad de él, no hay más que abrir la ventana; llega, les rejuvenece, y no les pone nunca a diera. Esto es indudable.

Sylvius Hog decía todas estas Cosas tan alegremente, que parecía que con él se había introducido en la casa algo de felicidad, al menos, ésta fue la impresión del hermano y de la hermana, que se mantenían cogidos de la mano, escuchándole y abandonándose los dos a una misma emoción.

El profesor había sido conducido desde luego a la habitación de la planta baja.

Acostado a medias en un gran sillón, extendida la pierna sobre un escabel, recibía los cuidados de Hulda y de Joël. Una compresa de agua fría; no quiso otro remedio. Y, en realidad, ¿necesitaba otro cualquiera?

—¡Bien, amigos míos, bien! —decía—. ¡No hay que abusar de los medicamentos! ¡Y saben que sin su intervención, hubiera visto desde demasiado cerca las maravillas del Rjukanfos! ¡Rodaba hacia el abismo como una simple roca! Añadía una nueva leyenda a la leyenda de la Maristien, y yo no cenía excusa. ¡Mi novia no me aguardaba a la otra orilla como al desgraciado Eystein!

—¡Y qué pesar para la señora Hog! —dijo Hulda—. Jamás se hubiera consolado...

—¿La señora Hog? —replicó el profesor—. ¡La señora Hog no habría vertido una lágrima!

—¡Oh, señor Sylvius!...

—¡No; se lo digo, por la razón de que la señora Hog no existe! Y ni aún puedo figurarme lo que hubiera sido una señora Hog, gorda o delgada, pequeña o grande...

—Hubiera sido amable, inteligente y buena, siendo su esposa —respondió cariñosamente Hulda.

—¿De veras, señorita? ¡Bueno, bueno; la creo!

—Pero al saber semejante desgracia, sus parientes, sus amigos... —dijo Joël.

—Parientes, no tengo ninguno. Amigos, parece que tengo un cierto número, sin contar los que acabo de hacerme en casa de la señora Hansen, y ustedes les han evitado el trabajo de llorarme. A propósito, hijos míos; díganme, ¿podrán tenerme aquí por algunos días?

—Tantos como quiera, señor Sylvius —respondió Hulda—. ¡Esta habitación le pertenece por completo!

—Ya tenía la intención de detenerme en Dal como hacen los turistas, para desde aquí dirigirme a diferentes puntos del Telemark... Pero no me dirigiré a ninguno, o lo haré más tarde. Ya veremos.

—Antes de concluir la semana, señor Sylvius —respondió Joël—, espero que estará ya restablecido.

—Yo también lo espero.

—Y entonces —prosiguió diciendo Joël— me ofrezco a conducirle a todas cuantas partes quiera ir en la bahía.

—Allá veremos, Joël. Volveremos a hablar de eso cuando no esté desollado. Tengo aún dos meses de licencia por delante; y aun cuando deba pasar uno entero en la posada de la señora Hansen, no seré digno de lástima. Además, tengo que visitar el valle del Vestfjorddal entre los dos lagos; hacer la ascensión del Gousta; volver al Rjukanfos, en el cual, si bien he estado a punto de darme un soberbio chapuzón, puede decirse que no me he fijado..., ¡y tengo empeño en verlo con detenimiento!

—Volverá, señor Sylvius; volverá, —respondió Hulda.

—Y volveremos juntos, con la buena señora Hansen, si tiene gusto en acompañarnos. Y ahora que me acuerdo, amigos míos, será preciso que prevenga, por una esquelita, a Kate, mi antigua ama de llaves, y a Fink, mi viejo servidor de Cristianía. Deben de estar muy inquietos, y, si no les diese noticias mías, ¡capaces serían de regañarme!... Y ahora voy a hacerles una confesión. Las fresas y la leche son cosas muy agradables, muy refrescantes; pero eso no basta, puesto que no quiero oír hablar de dieta... ¿Tardará mucho la hora de su comida?

—¡Oh! ¡Poco importa, señor Sylvius!...

—Al contrario, importa mucho. Pues qué ¿creen, que durante mi estancia en Dal voy a fastidiarme solo en mi mesa y en mi habitación? No; quiero comer con ustedes y con su madre, si la señora Hansen no encuentra ningún inconveniente.

Naturalmente, la señora Hansen no tuvo más remedio que conformarse cuando le hicieron conocer el deseo del profesor, por más que hubiera preferido, según su costumbre, mantenerse retirada. Además, tanto para ella como para los suyos, era un honor tener a su mesa a un diputado del Storting.

—¿Conque es cosa convenida? —repitió Sylvius Hog—. Comeremos juntos en el salón... No hay más que hablar.

—Sí, señor Sylvius —respondió Joël—. No tendré más que empujar su

sillón, cuando la comida esté dispuesta...

—¡Bueno, bueno, señor Joël! ¿Por qué no llevarme en kariol? No; con la ayuda de un brazo llegaré.

—Como guste, señor Sylvius —respondió Hulda—; pero no cometa inútilmente una imprudencia, se lo ruego..., o Joël irá inmediatamente a buscar al médico.

—¡Amenazas! Pues bien: sí, seré prudente y dócil; y desde el momento en que no se me pone a dieta, voy a ser el más obediente de los enfermos. ¿Pero es que ustedes no tienen hambre, amigos míos?

—No pedimos más que un cuarto de hora —respondió Hulda— para servirle una sopa de grosellas, una trucha del Maan, una liebre que Joël trajo ayer del Hardanger y una botella de buen vino de Francia.

—¡Gracias, mi valiente joven, gracias!

Hulda salió con objeto de vigilar la comida y preparar la mesa en el salón, mientras Joël iba a conducir el kariol a casa del contraamaestre Lengling.

Sylvius Hog se quedó solo. ¿En qué hubiera podido pensar, a no ser en aquella honrada familia, cuyo huésped era y de la que al mismo tiempo era deudor? ¿Qué podría hacer para reconocer, primero los servicios, después los cuidados de Hulda y de Joël?

Pero no tuvo tiempo de abandonarse a largas reflexiones, porque diez minutos después estaba sentado en el sitio de honor de la mesa grande. La comida era excelente. Justificaba el renombre de la posada, y el profesor comió con gran apetito.

La velada se pasó en conversaciones, en las cuales Sylvius Hog tomó la mayor parte. A falta de la señora Hansen, que no intervino gran cosa, hizo hablar a los dos hermanos. La viva simpatía que experimentaba por ellos se aumentó todavía. La profunda amistad que unía al uno con el otro no pudo menos de conmoverle algunas veces.

Llegada la noche, volvió a su habitación, con la ayuda de Joël y de Hulda; recibió y dio las buenas noches a sus amigos, y, apenas acostado en su gran lecho, se quedó profundamente dormido.

A la mañana siguiente, Sylvius Hog, despierto desde el alba, se puso a reflexionar antes de que llamasen a su puerta.

—No —se decía—; verdaderamente, no sé cómo salir de este atolladero. No puede uno dejarse salvar, cuidar, curar y quedar en paz con un simple «gracias». Estoy en deuda con Hulda y de Joël; esto es incontestable. Pero ¿y qué? ¿Son acaso estos servicios de los que pueden pagarse con dinero? ¡Quita allá!... Por otra parte, esta honrada familia me parece dichosa, y nada podría yo hacer que aumentase su felicidad. En fin, hablaremos, y tal vez hablando...

Durante los tres o cuatro días que el profesor tuvo aún que sostener su pierna tendida sobre el escabel, habló varias veces con sus nuevos amigos.

Desgraciadamente, esto se hizo con cierta reserva por parte de los dos hermanos. Ni el uno ni el otro quisieron decir nada de su madre, cuya actitud fría y preocupada había ya observado Sylvius Hog.

Además, por un sentimiento de discreción, vacilaban en dejarle conocer las inquietudes que les causaba el retraso de Ole Kamp. ¿No arriesgaban alterar el buen humor de su huésped manifestándole sus penas?

—Sin embargo —decía Joël a su hermana—, tal vez no obremos cuerdamente al no confiarnos al señor Sylvius. Es un hombre de buen consejo, y, por sus muchas relaciones, podría tal vez saber pronto si en la marina se preocupan por la suerte del *Viken*.

—Tienes razón, Joël —respondía Hulda—. Creo que haremos muy bien en decírselo todo. Pero aguardemos, hermano, a que esté completamente curado.

—Sí, eso no puede tardar.

Al fin de la semana, Sylvius Hog no tenía ya necesidad de ayuda para salir de su habitación, si bien aún cojeaba ligeramente. Iba a sentarse en uno de los bancos delante de la casa, a la sombra de los árboles. Desde allí podía percibir la cima del Gousta, que resplandecía bajo los rayos del sol, mientras que el Maan, acarreando troncos derribados, mugía a sus pies.

Veíase pasar la gente por el camino de Dal al Rjukanfos. Casi siempre

eran turistas, de los que algunos se detenían una o dos horas en la posada de la señora Hansen para desayunar o comer.

Había también estudiantes de Cristianía, con el saco a la espalda y la pequeña cucarda noruega en la gorra. Éstos conocían al profesor. De aquí interminables «buenos días», cordiales saludos, que probaban cuán amado era Sylvius Hog de toda aquella juventud.

—¿Usted aquí, señor Sylvius?

—¡Sí, amigos míos!

—¡Usted, a quien se creía en el fondo del Hardanger!

—¡Se equivocaban! En donde debía estar era en el fondo del Rjukanfos.

—Nosotros, señor Sylvius, diremos que se encuentra en Dal.

—¡Sí, en Dal, excelentes amigos, con una pierna en cabestrillo!

—¡Felizmente ha encontrado buen lecho y asiduos cuidados en la posada de la señora Hansen!

—¡Imaginaos una mejor!

—¡No es posible!

—¡Y unas gentes más honradas!

—¡No las hay! —repetían alegremente los turistas.

Y todos bebían a la salud de Hulda y de Joël, tan conocidos en todo el Telemark.

El profesor narraba su aventura, confesaba su imprudencia, contaba cómo había sido salvado, y manifestaba el reconocimiento que debía a sus salvadores.

—Y si me quedo aquí —añadía— hasta haber pagado mi deuda, mi curso de legislación está cerrado por largo tiempo, amigos míos, y pueden tomarse unas vacaciones ilimitadas.

—¡Bien, señor Sylvius! —añadía la alegre banda—. ¿Lo que le detiene en

Dal es la linda Hulda, no es cierto?

—¡Una joven amable y encantadora, amigos míos, y yo no tengo más que sesenta años! ¡Por San Olaf!

—¡A la salud del señor Sylvius!

—¡Y a la vuestra, muchachos! ¡Recorred el país, instruíos, divertíos! A vuestra edad todo es bello. Pero desconfiad, amigos míos, de los pasos de la Maristien; Joël y Hulda tal vez no estarían allí para salvar a los imprudentes que se aventurasen.

Después todos partían, haciendo resonar el valle con sus alegres *God aftern*.

Joël tuvo que ausentarse una o dos veces para servir de guía a unos turistas que querían hacer la ascensión del Gousta. Sylvius Hog hubiera querido acompañarlos. Pretendía estar curado. En efecto: la rozadura de su pierna empezaba a cicatrizar. Pero Hulda le prohibió terminantemente exponerse a una fatiga demasiado fuerte para él, y cuando Hulda ordenaba una cosa, era preciso obedecer.

El Gousta es una curiosa montaña, cuyo cono central, surcado por barrancos llenos de nieve, sobresale de un bosque de pinos, como de un cuello de verdor que se ensancha en su base. ¡Y qué radio de visión desde su cima! Al este, la bahía de Numedal; al oeste, todo el Hardanger y sus grandiosos ventisqueros; después, al pie de la montaña, el sinuoso valle del Vestfjorddal entre los lagos Mjós y Tim, Dal y sus casas en miniatura, verdadera caja de juguetes, y la corriente del Maan, lazo luminoso que brilla a través del verdor de las praderas.

Para hacer esta ascensión, Joël partía a las cinco de la mañana, y no volvía hasta las seis de la tarde.

Sylvius Hog y Hulda salían a buscarle. Le esperaban junto a la cabaña del barquero. Después de que hubiesen desembarcado los turistas y su guía, se cambiaban cordiales apretones de manos; y era una buena noche más que los tres pasaban juntos.

El profesor arrastraba todavía algo la pierna; pero no se quejaba. Habíase dicho que no tenía prisa por curarse, lo que equivale a decir que no tenía

ganas de abandonar la hospitalaria casa de la señora Hansen.

Sin embargo, el tiempo transcurría bastante aprisa.

Sylvius Hog había escrito a Cristianía que se quedaría algún tiempo en Dal. El ruido de su aventura en el Rjukanfos se había extendido por todo el país. Los periódicos la habían publicado, algunos dramatizándola a su manera. De aquí multitud de cartas que llegaban a la posada, sin contar los folletos y los diarios. Había que leer todo aquello. Había que contestar. Sylvius Hog leía y contestaba, y los nombres de Joël y Hulda, mezclados en aquella correspondencia, corrían ya a través de Noruega.

Sin embargo, la estancia en casa de la señora Hansen no podía prolongarse indefinidamente, y Sylvius Hog no estaba más adelantado que a su llegada respecto al medio que escogería para pagar su deuda. Por otra parte, comenzaba a presentir que aquella familia no era tan dichosa como se había figurado. La impaciencia con que los dos hermanos aguardaban todos los días la llegada del correo de Cristianía o de Bergen, su desencanto y cada vez más profunda tristeza al ver que no llegaban cartas para ellos, todo esto no dejaba de ser significativo.

¡Estaban ya a 9 de junio, y no había noticia alguna del *Viken*! ¡Un retraso de más de dos semanas sobre la fecha fijada para su vuelta! ¡Ni una sola carta de Ole! ¡Nada que pudiese dulcificar los tormentos de Hulda! La pobre joven se desesperaba, y Sylvius Hog la encontraba con los ojos enrojecidos por haber llorado cuando la veía por la mañana.

—¿Qué hay aquí? —se preguntaba—. ¡Una desgracia que se teme y se me oculta! ¿Es acaso un secreto de familia, en el que un extraño no puede intervenir? ¿Pero soy yo un extraño para ellos? ¡No! ¡Ya debían pensarlo! En fin, cuando anuncie mi partida, tal vez comprendan que es un buen amigo el que va a partir.

El día llegó.

—¡Amigos míos! —dijo—. ¡Se acerca el momento en que, con gran pesar mío, voy a verme obligado a abandonarles!

—¿Ya, señor Sylvius, ya? —exclamó Joël, con una vivacidad que no pudo dominar.

—¡Ah! ¡El tiempo pasa deprisa cuando se está cerca de ustedes, hijos míos! ¡Hace hoy diecisiete días que estoy en Dal!

—¡Diecisiete días ya!... —dijo Hulda.

—¡Sí, querida niña, y el fin de mi licencia se acerca! ¡No tengo una semana que perder, si quiero continuar mi viaje por Drammen y Kongsberg! Y, sin embargo, si bien a ustedes es a quienes el Storthing debe el no tener que reemplazarme en mi asiento de diputado, el Storthing, lo mismo que yo, no sabría cómo reconocer...

—¡Oh, señor Sylvius!... —interrumpió Hulda, que con su pequeña mano parecía querer cerrarle la boca.

—¡Convenido, Hulda! Me está prohibido hablar de esto, aquí por lo menos...

—¡Ni aquí, ni en ninguna otra parte! —dijo la joven.

—¡Sea! ¡No soy dueño de mí mismo, y debo obedecer! Pero ¿no vendrán a verme a Cristianía?

—¿A verle, señor Sylvius?...

—¡Sí! A verme... —contestó el profesor—; a pasar algunos días en mi casa... ¡Con la señora Hansen, se entiende!

—Y si abandonamos la posada, ¿quién cuidará de ella durante nuestra ausencia? —preguntó Joël.

—Pienso que la posada no tiene necesidad de ustedes, cuando ha terminado la época de las excursiones. Conque, ¿cuento venir a buscarles al final del otoño?...

—Señor Sylvius —dijo Hulda—, será muy difícil...

—Por el contrario, amigos míos; será muy fácil. No me respondan que no. No admito esa respuesta. Y cuando los tenga allí, en la habitación más hermosa de mi casa, entre mi vieja Kate y mi viejo Fink. serán como mis hijos, y entonces será preciso que me digan lo que puedo hacer por ustedes.

—¡Lo que puede hacer, señor Sylvius! —respondió Joël mirando a su hermana.

—¡Hermano!... —dijo Hulda, que había comprendido el pensamiento de Joël.

—¡Hable, hijo mío; hable!

—Pues bien, señor Sylvius; podría hacernos un gran honor.

—¿Cuál?

—Asistir al casamiento de Hulda, si no le sirviese de gran molestia...

—¡Su casamiento! —exclamó Sylvius Hog—. ¡Cómo! ¿Mi pequeña Hulda se casa?... ¡Y nada se me había dicho!...

—¡Oh, señor Sylvius! —respondió la joven, cuyos ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Y cuándo se celebrará ese matrimonio?

—¡Cuando Dios quiera devolvernos a Ole, su prometido! —respondió Joël.

XI

Entonces Joël contó toda la historia de Ole Kamp. Sylvius Hog, muy conmovido por aquel relato, le escuchaba con profunda atención. Ahora lo sabía todo. Acababa de leer la última carta que anunciaba la vuelta de Ole, y Ole no volvía. ¡Qué inquietudes, qué angustias para toda la familia Hansen!

—¡Y yo que me creía entre gentes dichosas! —pensaba.

Sin embargo, reflexionándolo bien, le pareció que el hermano y la hermana se desesperaban cuando aún podían conservar alguna esperanza. A fuerza de contar aquellos días de mayo y junio, su imaginación exageraba la cifra, como si los hubieran contado dos veces.

El profesor quiso darles sus razones, no razones hechas de encargo, sino muy serias, muy plausibles, y discutir el valor e importancia de aquel retraso del *Viken*. No obstante, su fisonomía se había vuelto grave. La pena de Joël y de Hulda le había impresionado profundamente.

—Escuchen, hijos míos —les dijo—: siéntense a mi lado, y hablemos.

—¿Y qué podrá decirnos, señor Sylvius? —respondió tristemente Hulda, cuyo dolor desbordaba.

—Les diré lo que me parece justo —replicó el profesor—, y helo aquí: acabo de reflexionar en todo lo que me ha contado Joël. Pues bien: me parece que su inquietud va demasiado lejos. No quisiera darles seguridades ilusorias; pero importa que las cosas se miren bajo su verdadero punto de vista.

—¡Ah, señor Sylvius! —respondió Hulda—. ¡Mi pobre Ole se ha perdido con el *Viken*!... ¡Ya no le volveré a ver!

—¡Hermana!... ¡Hermana! —exclamó Joël—. Cálmate, yo te lo ruego; deja hablar al señor Sylvius...

—Y conservemos nuestra sangre fría, hijos míos. Veamos: ¿del 15 al 20 de mayo era cuando Ole debía volver a Bergen?

—Sí —dijo Joël—; del 15 al 20 de mayo, según nos manifestaba en su última carta, y estamos ya a 9 de junio.

—Lo cual hace un retraso de veinte días sobre la fecha límite indicada para la vuelta del *Viken*. ¡Es algo, convengo en ello! Sin embargo, no se puede pedir a un buque de vela lo que podría esperarse de un barco de vapor.

—Eso es lo que siempre he repetido a Hulda, y lo que la repito aún —dijo Joël.

—Y hace muy bien —añadió Sylvius Hog—. Además, es posible que el *Viken* sea un barco viejo, mal andador, como la mayor parte de los buques de Terranova, sobre todo cuando están muy cargados. Por otra parte, reina un tiempo detestable desde hace algunas semanas. ¡Tal vez Ole no ha podido tomar la mar en la fecha indicada en su carta! En ese caso, basta que se haya retrasado ocho días, para que el *Viken* no esté de vuelta todavía, y no hayan podido recibir una nueva carta. Todo cuanto les digo, créanlo, es el resultado de serias reflexiones. Además, ¿sabemos si las instrucciones dadas al *Viken* no le dejan cierta latitud para llevar su cargamento a algún otro puerto, según las demandas del mercado?

—¡Lo hubiera escrito! —respondió Hulda, que ni aun podía entregarse a esta esperanza.

—¿Qué prueba que no haya escrito? —replicó el Profesor—. Y si lo ha hecho, no sería el *Viken* quien tendría el retraso, sino el correo de América. Supongan que el buque de Ole haya tenido que ir a algún puerto de los Estados Unidos: esto explicaría cómo no ha llegado a Europa ninguna de sus cartas.

—¿A los Estados Unidos, señor Sylvius?

—Eso se ve muchas veces, y basta perder un correo para dejar a los amigos largo tiempo sin noticias... En todo caso, hay una cosa muy sencilla que hacer: pedir noticias a los armadores de Bergen. ¿Los conocen?

—Sí —respondió Joël—; los hermanos Help.

—¿Help hermanos, hijos del mayor? —exclamó Sylvius Hog.

—¡Sí!

—¡Yo también los conozco! El más joven, Help *júnior*, como le llaman, por más que tenga mi edad, es uno de mis mejores amigos. ¡Hemos comido muchas veces juntos en Cristianía! ¡Help hermanos! ¡Hijos míos! ¡Ah! Yo sabré por ellos todo cuanto concierne al *Viken*. Voy a escribirles hoy mismo, y, si es preciso, hasta iré a verlos a Bergen.

—¡Qué bueno es usted, señor Sylvius! —dijeron a la vez Hulda y Joël.

—¡Ah! ¡Nada de gracias, se lo prohíbo! ¿Acaso se las he dado yo por lo que hicieron allá?... ¡Cómo! ¡Encuentro la ocasión de prestarles un insignificante servicio, y enseguida se alborotan!

—¡Pero hablaba de volver a Cristianía! —hizo observar Joël.

—¡Pues bien; partiré para Bergen, si es indispensable que vaya a Bergen!

—Pero va a abandonarnos, señor Sylvius —dijo Hulda.

—¡Pues bien, no les abandonaré, mi querida niña! Supongo que soy libre en mis acciones, y, mientras no haya puesto en claro esta situación, a menos que me pongan en la puerta...

—¿Qué está diciendo?

—Y, miren; tengo muchísimas ganas de quedarme en Dal hasta la vuelta de Ole. Quisiera conocerle: debe de ser un bravo mozo, por el estilo de Joël.

—¡Sí! ¡Cómo él en todo!... —respondió Hulda.

—Estaba seguro —añadió el profesor, cuyo buen humor había vuelto a manifestarse.

—Ole se parece a Ole, señor Sylvius —replicó Joël—; y eso basta para que sea un excelente corazón.

—Es posible, mi bravo Joël, y eso aumenta mi deseo de conocerle. ¡Oh!

Eso no tardará en suceder. ¡Algo me dice que el *Viken* va a llegar pronto!

—¡Dios le oiga!

—¿Y por qué no había de oírnos, tiene el oído fino? ¡Sí! Quiero asistir a la boda de Hulda, puesto que estoy invitado. El Storthing tendrá que prorrogar mi licencia por algunas semanas. Algo más la hubiera prorrogado si me hubiesen dejado caer en el fondo del Rjukanfos, como merecía por mi descuido.

—¡Cuán bueno es oírle hablar así, señor Sylvius, y cuánto bien nos hace!

—No tanto como quisiera, amigos míos, puesto que os lo debo todo, y que no sé...

—¡No!... No insista más sobre aquella aventura.

—¡Al contrario, insistiré! ¡Pues qué! ¿Soy yo quién me he arrancado de las garras de la Maristien? ¿Soy yo quién he arriesgado mi vida por salvarme? ¿Soy yo quién me he trasladado a Dal? ¿Soy yo quién me he cuidado y curado sin el auxilio de la facultad? ¡Ah! Les prevengo que soy terco como caballo de kariol. Ahora bien: se me ha metido en la cabeza asistir a la boda de Hulda y de Ole Kamp, ¡y, por San Olaf, asistiré!

La confianza es contagiosa. ¿Cómo resistir a la que manifestaba Sylvius Hog? Bien lo vio, cuando una semisonrisa iluminó el rostro de la pobre Hulda, que no deseaba más que creerle, ni pedía otra cosa que poder esperar.

Sylvius Hog continuó hablando, cada vez más animado:

—Es preciso no olvidar que el tiempo va deprisa. ¡Vamos, comencemos los preparativos de la boda!

—Hace ya tres semanas que se han comenzado, señor Sylvius —contestó Hulda.

—Perfectamente. ¡Guardémonos bien de interrumpirlos!

—¡Interrumpirlos! —respondió Joël—. ¡Si ya está todo dispuesto!

—¿Todo? ¿La falda, el corpiño con broches de filigrana, el cinturón y sus

colgantes?

—¡Hasta los colgantes!

—¿Y hasta la radiante corona que la ha de adornar como a una santa, mi querida Hulda?

—¡Sí, señor Sylvius!

—¿Y las invitaciones, están hechas?

—Todas —respondió Joël—; ¡hasta la que apreciamos más, la vuestra!

—¿Y se ha escogido la dama de honor entre las más honradas jóvenes del Telemark?

—Y entre las más hermosas, señor Sylvius —respondió Joël—; pues es la señorita Siegfrid Helmboë, de Bamble.

—¡Con qué tono dice eso el bravo mozo —hizo observar el profesor—, y cómo se sonroja al decirlo! ¡Eh, eh! ¿Acaso la señorita Siegfrid Helmboë, de Bamble, estará destinada a convertirse en la señora de Joël Hansen, de Dal?

—¡Sí, señor Sylvius —respondió Hulda—; Siegfrid, que es mi mejor amiga!

—¡Bueno! ¡Una boda más! —exclamó Sylvius Hog—. Seguro estoy de que han de invitarme, y no podre menos de asistir. Decididamente, será preciso que presente al Storthing mi dimisión de diputado por falta de tiempo para asistir. Vamos, Joël; seré su testigo, después de haberlo sido de su hermana, si lo permite. Está visto que hacen de mí cuanto quieren, o, más bien, todo lo que yo quiero. ¡Abráceme, Hulda! ¡Un apretón de manos, hijo mío! Y ahora, vamos a escribir a mi amigo Help *júnior*, de Bergen.

El hermano y la hermana abandonaron la habitación de la planta baja, que el profesor hablaba de tomar en alquiler, y volvieron a sus ocupaciones con algo más de esperanza.

Sylvius Hog había quedado solo.

—¡Pobre joven, pobre joven! —murmuró—. ¡Por un instante he podido

engañar su dolor!... Le he devuelto alguna calma... Pero es un retraso bien largo, y en aquellos mares tan malos, en esta época... ¡Si el *Viken* hubiese perecido!... ¡Si Ole no debiese volver!...

Un momento después el profesor escribía a los armadores de Bergen. En su carta pedía los detalles más precisos sobre todo lo que concernía al *Viken* y a su campaña de pesca. Quería saber si alguna circunstancia, prevista o no, había podido obligarle a cambiar su puerto de destino. Le importaba conocer lo antes posible cómo explicaban aquel retraso los negociantes y marinos de Bergen. En fin, rogaba a su amigo Help *júnior* que tomase los informes más precisos, y le avisase a vuelta de correo.

Aquella carta tan apremiante decía también por qué Sylvius Hog se interesaba por el joven maestro del *Viken*, de qué servicio era deudor a su prometida, y qué alegría sería para él poder dar alguna esperanza a los excelentes hijos de la señora Hansen.

En cuanto aquella carta estuvo escrita, Joël la llevó al correo de Moel. Debía partir al día siguiente. El 11 de junio estaría en Bergen. Luego, el 12 por la noche, o el 13 por la mañana a más tardar, el señor Help *júnior* podía haber contestado. Esto es indudable.

¡Casi tres días para recibir la respuesta! ¡Cuán largos parecieron! Sin embargo, a fuerza de palabras tranquilizadoras, el profesor consiguió hacerlos menos penosos. Ahora que conocía el secreto de Hulda, ¿no tenía un motivo de conversación indicado, cual era hablar constantemente con Joël y Hulda del ausente?

—¿No soy ya de la familia? —repetía Sylvius Hog—. ¡Sí!... Algo así como un tío que les hubiese llegado de América o de cualquiera otra parte del mundo.

Y puesto que era de la familia, no se debían tener secretos para él.

Tampoco había dejado de observar la actitud de los dos jóvenes para con su madre. La reserva en que se parapetaba la señora Hansen debía tener, en su opinión, otra causa que la inquietud en que estaban con respecto a Ole Kamp Creyó, pues, poder hablar de ello con Joël. Este no supo qué contestarle.

Quiso entonces explorar a la señora Hansen, pero ésta se mostró tan

firme, que tuvo que renunciar a conocer sus secretos. El porvenir se los revelaría sin duda.

Según había previsto Sylvius Hog, la respuesta de Help *júnior* llegó a Dal en la misma mañana del 13.

Joël había salido al amanecer al encuentro del correo. Él fue quien llevó la carta al salón, en el que el profesor se encontraba con la señora Hansen y su hija.

Hubo desde luego un momento de silencio. Hulda, muy pálida, no hubiera podido hablar: tan grande era su emoción. Había tomado la mano de su hermano, que estaba tan conmovido como ella.

Sylvius Hog abrió la carra, y la leyó en voz alta.

Con gran pesar suyo, la respuesta de Help *júnior* no contenía más que vagas indicaciones, y el profesor no pudo ocultar su desaliento a los jóvenes, que le escuchaban con las lágrimas en los ojos.

El *Viken* efectivamente había abandonado San Pedro Miquelón en la fecha indicada en la última carta de Ole Kamp. Se había sabido de la manera más formal por otros buques que habían llegado a Bergen después de su salida de Terranova. Aquellos buques no lo habían encontrado en su camino.

Por lo tanto también habían aguantado el mal tiempo en las aguas de Islandia, saliendo, sin embargo, sin grandes averías. ¿Por qué no había de haber sucedido lo mismo al *Viken*? ¿Por qué no había de hallarse de arribada en algún puerto? Además, era un excelente barco, muy sólido, bien mandado por el capitán Frikel, de Hammersfest, y montado por una vigorosa tripulación ya experimentada. A pesar de esto, aquel retraso no dejaba de ser inquietante, y, si se prolongaba, sería de temer que el *Viken* se hubiese perdido con tripulación y cargamento.

Help *júnior* sentía no tener mejores noticias que dar del joven pariente de los Hansen. En lo que concernía a Ole Kamp, hablaba como de un excelente sujeto, digno de todas las simpatías que inspiraba a su amigo Sylvius.

Help *júnior* concluía prometiendo hacer llegar a noticia del profesor, sin

dilación alguna, toda nueva que llegase del *Viken*, en cualquier puerto que fuese de Noruega, ofreciéndose suyo afectísimo, Help hermanos.

La pobre Hulda, desfallecida, había caído sobre una silla, mientras que Sylvius Hog leía aquella carta, empezando a sollozar cuando hubo acabado su lectura.

Joël, con los brazos cruzados, había escuchado sin decir una palabra ni atreverse a mirar a su hermana.

La señora Hansen, después de que Sylvius Hog concluyera de leer, se había retirado a su habitación. ¡Parecía que esperaba aquella desgracia, como también otras muchas!

El profesor hizo entonces señal a Hulda y a su hermano para que se acercasen a él. Quería seguirles hablando de Ole Kamp, decirles cuanto su imaginación le sugería de más o menos plausible, y se expresó con una seguridad, por lo menos chocante, después de la carta de Help *júnior*. ¡No! Él tenía el presentimiento de que no había que desesperar. ¿No había multitud de ejemplos de retrasos mucho más largos, experimentados en una navegación por los mares que se extienden entre Noruega y Terranova? ¡Sí! Sin duda alguna. ¿No era el *Viken* un sólido barco, bien mandado, con una buena tripulación, y, por consiguiente, con mejores condiciones que los otros buques que habían vuelto al puerto? Incontestablemente.

—Esperemos, pues, mis queridos hijos —añadir—, y aguardemos. Si el *Viken* hubiera naufragado entre Islandia y Terranova, los numerosos buques que siguen constantemente aquel camino para volver a Europa, ¿no hubieran hallado algún resto? Pues bien, no; ni un solo trozo se ha encontrado en aquellas aguas, tan frecuentadas a la vuelta de la gran pesca. No obstante, es preciso obrar, es indispensable obtener datos más seguros. Si durante esta semana no tenemos noticias del *Viken*, o no recibimos carta de Ole, volveré a Cristianía, me dirigiré a la marina, que hará sus indagaciones, y tengo la profunda convicción de que han de dar un resultado satisfactorio para todos.

Por mucha confianza que demostrase el profesor, Joël y Hulda conocían que no hablaba ahora como lo había hecho antes de haber recibido la carta de Bergen; carta cuyo contenido no debía dejarle sino muy poca esperanza. Sylvius Hog no se atrevía al presente a hacer alusión al

próximo casamiento de Hulda y de Ole Kamp. Y, sin embargo, repetía con un ardor que se imponía:

—¡No, no es posible! ¿No reaparecer Ole en la casa de la señora Hansen? ¿Ole no casarse con Hulda? ¡Jamás creeré posible semejante desgracia!

Esta convicción le era personal, la encontraba en la energía de su carácter, en su naturaleza, que nada podía abatir. Pero ¿y cómo hacer participar de ella a los demás? ¡Y, sobre todo, a aquellos a quienes la suerte del *Viken* afectaba tan directamente!

Transcurrieron algunos días más. Sylvius Hog, completamente curado, daba grandes paseos por los alrededores. Obligaba a Hulda y a su hermano a acompañarle, a fin de no dejarles entregados a sí mismos.

Un día, subían los tres el valle de Vestfjorddal hasta la mitad del camino de las cascadas del Rjukan.

Al siguiente lo bajaban, dirigiéndose hacia el Moel y el lago Tinn. Una vez estuvieron ausentes veinticuatro horas, por haber prolongado su excursión hasta Bamble, donde el profesor trabó conocimiento con el granjero Helmoë y su hija Siegfried. ¡Qué acogida hizo ésta a su pobre Hulda, y qué tiernos y conmovedores acentos encontró para consolarla!

Sylvius Hog consiguió aún devolver a aquellas honradas gentes un poco de esperanza. Había escrito a la marina de Cristianía. El gobierno se ocupaba del *Viken*. Se daría con él, y Ole volvería de un día a otro. El casamiento no sufriría ni aun seis semanas de retraso. El excelente hombre parecía tan convencido, que todos se rendían más a su convicción que a sus argumentos.

La visita a la familia Helmoë hizo mucho bien a los hijos de la señora Hansen. Cuando volvieron a su casa, estaban más tranquilos que cuando habían salido de ella.

Era el 15 de junio. El retraso del *Viken* era ya de un mes. Y como se trataba de la travesía, relativamente corta, de Terranova a la costa de Noruega, aquella tardanza era verdaderamente extraordinaria, hasta para un buque de vela.

Hulda no vivía; su hermano no lograba encontrar una palabra que pudiese

consolarla. Ante aquellos pobres seres, el profesor sucumbía a la tarea que se había impuesto de conservarles un poco de esperanza.

Hulda y Joël no salían del umbral de la puerta, sino para ir a mirar hacia el camino de Moel, o para adelantarse por el camino del Rjukanfos. Ole Kamp debía venir por Bergen, pero podía suceder también que llegase por el de Cristianía, si el destino del *Viken* había sido modificado. El ruido de un kariol, que se dejaba oír bajo los árboles, un grito lanzado al espacio, la sombra de un hombre dibujándose en el recodo del camino, cualquier otro incidente, hacía latir su corazón, pero inútilmente. Los vecinos de Dal velaban por su parte.

Salían al encuentro del correo hacia arriba y hacia abajo del Maan. Todos se interesaban por aquella familia tan amada en el país; por aquel pobre Ole, que era casi un hijo del Telemark. ¡Y ninguna carta venía de Bergen o de Cristianía a traer noticias del ausente!

El 16, nada todavía. Sylvius Hog no podía contenerse. Comprendió que era preciso actuar personalmente. Así es que anunció que si al día siguiente no se había recibido nada, partiría para Cristianía, con objeto de asegurarse por sí mismo de que las investigaciones se hacían activamente. Ciertamente es que habría de costarle mucho, muchísimo, separarse de Joël y de Hulda, pero no había otro remedio; además, volvería en cuanto estuviesen concluidas las diligencias necesarias.

Transcurrió una gran parte del día 17, tal vez el más triste de todos. La lluvia no había cesado de caer desde el alba. El viento se desencadenaba a través de los árboles; grandes ráfagas hacían estremecer los cristales de las ventanas por la parte del Maan.

Eran las siete. Acababan de comer en silencio, como en una casa en duelo. Sylvius Hog no había podido ni aun sostener la conversación. Las palabras le faltaban con las ideas. ¿Qué hubiera podido decir, que no lo hubiese repetido ya cien veces? ¿No conocía ya que aquella prolongada ausencia de Ole hacía inaceptables sus anteriores argumentos?

—Partiré mañana para Cristianía —dijo—. Joël, ocúpese en proporcionarme un kariol. ¡Me conducirá a Moel, y se volverá inmediatamente a Dal!

—Sí, señor Sylvius —respondió Joël—. ¿No quiere que le acompañe más

lejos?

El profesor hizo un signo negativo, señalando a Hulda, a quien no quería privar de su hermano.

En aquel momento, un ruido, poco sensible todavía, se dejó oír en el camino hacia el lado de Moel. Todos escucharon. Pronto no hubo duda: era el ruido de un kariol que se dirigía rápidamente hacia Dal. ¿Sería algún viajero que venía a pasar la noche en la posada? Era poco probable, pues rara vez los turistas llegaban a una hora tan avanzada.

Hulda acababa de levantarse toda temblorosa. Joël se dirigió hacia la puerta, la abrió, y se puso a mirar hacia el camino.

El ruido aumentaba. Era seguramente el paso de un caballo y el rechinar de las ruedas de un kariol, Pero era tal entonces la violencia de la borrasca, que fue preciso volver a cerrar la puerta.

Sylvius Hog iba y venía en la sala. Joël y su hermana se mantenían inmóviles y silenciosos uno junto a otro.

El kariol sólo debía de estar a unos veinte pasos de la casa. ¿Iba a detenerse, o a pasar adelante?

El corazón de todos latía horriblemente.

El kariol se detuvo. Oyóse una voz que llamaba...

¡No era la voz de Ole Kamp!

Casi al mismo tiempo llamaron a la puerta.

Joël abrió.

Un hombre estaba en el umbral.

—¿El señor Sylvius Hog? —preguntó.

—Yo soy —respondió el profesor—. ¿Y usted, quién es, amigo mío?

—Un propio que le envía desde Cristianía el director de la Marina.

—¿Tiene alguna carta para mí?

—¡Hela aquí!

Y el propio tendió un gran sobre, sellado con el timbre oficial.

Hulda no tenía fuerza para tenerse en pie. Su hermano la hizo sentar sobre un escabel. Ni el uno ni el otro se atrevían a dar prisa a Sylvius Hog para que abriese la carta.

Por fin leyó lo que sigue:

«Señor Profesor.

»En contestación a su última carta, le dirijo bajo este pliego un documento que ha sido recogido en el mar, por un buque danés, el 3 de junio último. Desgraciadamente, ese documento no deja ya ninguna duda sobre la suerte del Viken...».

Sylvius Hog, sin perder el tiempo en concluir la carta, había sacado el documento del sobre..., lo miraba..., le daba mil vueltas...

Era un billete de lotería que llevaba el número 9672.

En el reverso del billete, se leían las siguientes líneas:

«3 de mayo. —Querida Hulda: el Viken se va a pique... ¡Por toda fortuna, solo poseo este billete! ¡A Dios lo confío para que lo haga llegar a tus manos, y, puesto que yo no estaré presente, te ruego lo estés tú en el sorteo!... Recíbelo en unión de mi último pensamiento... ¡Hulda, no me olvides en tus oraciones!... ¡Adiós, mí querida desposada, adiós!...

»OLE KAMP».

XII

¡Éste era el secreto del joven marino! ¡Ésta era la suerte con que contaba para aportar a su prometida una fortuna: Un billete de lotería, adquirido antes de su partida! Y en el momento en que el *Viken* iba a sumergirse, lo había encerrado en una botella y arrojado al mar con su último adiós para Hulda.

Esta vez, Sylvius Hog e quedó anonadado. Miraba la carta, después el documento... Ya no hablaba. ¿Qué hubiera podido decir? ¿Qué duda podía existir todavía sobo la catástrofe del *Viken*, sobre la pérdida de todos los que en él volvían a Noruega? Hulda, mientras Sylvius Hog leía aquella carta, había podido resistir y dominar su angustia; pero, después de las últimas palabras del billete de Ole, cayó en los brazos de Joël Fue necesario trasladarla a su habitación, donde su madre le prestó los primeros cuidados. Quiso quedarse sola, y arrodillada entonces cerca de su lecho, rogó fervientemente y derramando lágrimas por el alma de Ole Kamp.

La señora Hansen volvió a entrar en la sala. Al pronto dio unos pasos hacia el profesor, como si hubiese querido hablar... Después, dirigiéndose hacia la escalera, desapareció.

Joël también salía enseguida, después de haber reconducido a su hermana. Se ahogaba en aquella casa abierta a todos los vientos de la desgracia. Le hacía falta aire, el aire exterior, el aire de la borrasca, y durante una gran parte de la noche estuvo errando por las márgenes del Maan.

Sylvius Hog se había quedado solo. Abatido en el primer momento por aquel golpe, no tardó en recobrar su energía habitual.

Después de haber dado dos o tres vueltas por la sala, escuchó atentamente por si la joven llamaba. Por fin se sentó cerca de la mesa, 11 fregándose de nuevo a sus reflexiones.

—Hulda —se decía—, ¡no volver a ver Hulda a su prometido! ¿Será posible tal desgracia?... ¡No!... ¡Contra semejan te idea se rebela todo mi ser! ¡El *Viken* ha zozobrado, sea! Pero ¿hay una certidumbre absoluta de la muerte de Ole? ¡No puedo creerlo! ¿Acaso, en todos los naufragios, no es el tiempo únicamente el que puede afirmar que nadie ha podido sobrevivir a la catástrofe? ¡Sí; yo dudo; quiero dudar todavía, por más que ni Hulda, ni Joël, ni nadie quiera compartir esta duda conmigo! Puesto que el *Viken* ha naufragado, esto explica que no haya quedado ningún resto sobre el mar... ¡No!... ¡Nada, si no es la botella en que Ole ha encerrado su último pensamiento... con él todo lo que le quedaba en el mundo!

Sylvius Hog tenía en la mano el documentó: lo miraba, lo palpaba, y daba vueltas a aquel pedazo de papel, sobre el cual el pobre mozo había edificado toda una esperanza de fortuna.

Sin embargo, el profesor, queriendo examinarlo con más cuidado, se levantó, escucho si la pobre joven no llamaba a su madre o a su hermano, y entró en su habitación.

Era un billete de lotería de las escuelas de Cristianía, lotería muy popular entonces en Noruega. Premio mayor: cien mil marcos. Valor totalizado de los otros lotes noventa mil marcos Número de billetes emitidos: un millón, todos colocados actualmente.

El billete de Ole Kamp llevaba el número 9672. Pero ahora, que el número fuese bueno o malo, que el joven marino tuviese o no alguna secreta razón para tener confianza, lo cierto era que no estaría presente en el sorteo que debía celebrarse el 15 de julio próximo, es decir, dentro de veintiocho días.

Hulda, siguiendo su última recomendación, debería presentarse en su lugar y responder por él. Sylvius Hog, a la luz de su candelero de barro, releía atentamente las líneas escritas al dorso del billete, como si hubiese querido descubrir algún sentido oculto.

Aquellas líneas habían sido trazadas con tinta, y era manifiesto que la mano de Ole no había temblado mientras las escribía. Esto probaba que el maestro del *Viken* conservaba toda su sangre fría en el momento del naufragio.

Se encontraba, pues, en condiciones de poder aprovechar un medio de salvación cualquiera, un madero flotante, una tabla, si es que todo no

había sido tragado por el abismo en que se sumergía el buque. Generalmente, estos documentos recogidos en el mar dan a conocer aproximadamente el lugar en que ha ocurrido la catástrofe. En éste no se indicaba la latitud ni la longitud: nada que determinase cuáles eran las tierras más cercanas, continentes o islas. Era preciso creer que ni el capitán ni nadie de la tripulación sabía dónde se encontraba entonces el buque.

Arrastrado, sin duda, por una de esas tempestades a las cuales no se puede resistir, había sido separado de su ruta; y no permitiendo el estado de la atmósfera obtener una observación solar, no había podido determinarse su posición durante algunos días. Era probable que nunca se supiese en qué sitio del norte del Atlántico, al largo de Terranova o de Islandia, se había cerrado el abismo sobre los naufragos.

Esta era una circunstancia que debía arrebatarse toda esperanza aun a los mismos que tío querían desesperar. En efecto: con una indicación, por vaga que fuese, hubiéranse podido emprender las indagaciones, enviar un buque al lugar de la catástrofe, y tal vez encontrar algunos restos del naufragio. ¿Quién sabe si uno o muchos sobrevivientes de la tripulación habían alcanzado un punto cualquiera de aquellas playas del continente ártico, donde se hallaban ahora sin socorros y en la imposibilidad de repatriarse?

Tal era la duda que, poco a poco, iba tornando cuerpo en el espíritu de Sylvius Hog; duda inaceptable para Hulda y Joël; duda que el profesor hubiera vacilado en hacer nacer en ellos al presente, tan probable y dolorosa hubiera sido la desilusión.

—Y, sin embargo —se decía—; si el documento no da ninguna indicación que se pueda utilizar, se sabe por lo menos el lugar en que se ha recogido la botella. Esta carta no lo dice; pero la marina de Cristianía no puede ignorarlo. ¿No es éste, por ventura, un indicio que se puede aprovechar? Estudiando la dirección de las corrientes, los vientos generales, refiriéndose a la fecha probable del naufragio, ¿no sería posible?... En fin, voy a escribir de nuevo. Es preciso apresurar las pesquisas, por pocas probabilidades que haya de conseguir algo. ¡No! ¡Jamás abandonaré a la pobre Hulda! ¡Jamás! Mientras no tenga una prueba absoluta, no creeré en la muerte de su prometido.

Así razonaba Sylvius Hog. Pero al mismo tiempo tomaba el partido de no

volver a hablar de las diligencias que iba a emprender, de los esfuerzos que iba a provocar con toda su influencia. Ni Hulda ni su hermano supieron, pues, nada de lo que escribió a Cristianía. Además, resolvió diferir indefinidamente la partida que debía efectuar al día siguiente, o, más bien, partiría dentro de algunos días, pero sería para dirigirse a Bergen. Allí sabría por los señores Help todo lo que concernía al *Viken*. Tomaría por sí mismo el parecer de los marinos más competentes, y determinaría la manera mejor de hacer las primeras investigaciones.

Entretanto, sobre los datos proporcionados por la marina, los periódicos de Cristianía, luego los de Noruega y Suecia, y después los de Europa, se habían poco a poco apoderado de aquel hecho de un billete de lotería transformado en documento. Había algo de conmovedor en aquel envío de un amante a su prometida, y la opinión pública se enterneció, no sin razón.

El decano de los diarios de Noruega, el *Margen Ciad*, fue el primero en publicar la historia del *Viken* y de Ole Kamp. De los treinta y siete periódicos que en aquella época se publicaban en el país, ni uno omitió contarla en términos conmovedores.

La *Illustreret Nyhedsblad* publicó un dibujo ideal de la escena del naufragio. Se veía al *Viken* desamparado, sus velas hechas jirones, sus mástiles destruidos en parte, pronto a desaparecer bajo las olas. Ole, de pie en la proa, lanzaba la botella al mar en el momento en que, dedicando a Hulda su último recuerdo, encomendaba su alma a Dios. En un lejos alegórico, en medio de un tenue vapor, una ola llevaba la botella a los pies de la joven desposada. El todo estaba contenido en el cuadro del billete, cuyo número se destacaba como divisa. Imagen sencilla, sin duda, pero que debía tener un gran éxito en aquellos países, aún aficionados a las leyendas de las ondinas y de las valquirias.

Después el hecho fue reproducido en Francia, en Inglaterra, hasta en los Estados Unidos de América.

Con los nombres de Hulda y de Ole, su historia se popularizó por el lápiz y por la pluma. La joven noruega de Dal tuvo, sin saberlo, el privilegio de apasionar a la opinión pública. La joven no podía tener la menor idea del ruido que se hacía a su alrededor. Por otra parte, nada hubiera podido distraerla del dolor en que se hallaba sumida por completo.

Nadie se admirará del efecto que se produjo en ambos continentes, efecto

muy explicable, teniendo en cuenta que la naturaleza humana resbala gustosa por la pendiente de las cosas supersticiosas. Un billete de lotería recogido en aquellas circunstancias, con el número 9672, tan providencialmente arrancado a las olas, no podía menos de ser un billete predestinado. ¿No era el milagrosamente indicado entre todos para ganar el premio mayor de cien mil marcos?

¿No valía una fortuna, la misma con que contaba Ole Kamp? No es, pues, de extrañar que llegasen a Dal proposiciones muy serias para comprar aquel billete, si Hulda Hansen consentía en venderlo.

Al principio, los precios ofrecidos eran no más que regulares; pero fueron elevándose de día en día. Podíase, pues, prever que, con el tiempo, y a medida que se acercase el día del sorteo, se presentarían pujas cada vez más importantes.

Estas ofertas se manifestaron no solamente en los países escandinavos, tan propicios a reconocer la intervención de las potencias sobrenaturales en las cosas de este mundo, sino también en el extranjero, y aún en Francia. Los ingleses tomaron parte muy flemáticamente, y después de ellos los americanos, cuyos dólares no se gastan generalmente en caprichos tan poco prácticos.

Se dirigieron a Dal multitud de cartas, Los periódicos no se descuidaron en dar a conocer la importancia de las proposiciones hechas a la familia Hansen. Puede decirse que se estableció una especie de Bolsín, cuya cotización variaba, pero siempre en alza.

Y, en efecto, llegaron a ofrecer varios cientos de marcos por aquel billete, que, en resumen, no tenía más que una millonésima parte de probabilidad de ganar el premio mayor. Esto era absurdo, sin duda; pero con las ideas supersticiosas no se razona; así es que las imaginaciones se fueron caldeando, y, con la fuerza adquirida, debían irse elevando cada vez más.

Esto fue lo que se produjo. Ocho días después de aquel acontecimiento, los periódicos anunciaban que el precio del billete pasaba de mil, mil quinientos y aun dos mil marcos. Un inglés, de Manchester, había llegado hasta las quinientas libras esterlinas, o sea dos mil quinientos marcos. Un americano, de Boston, pujó aún más, y propuso adquirir el número 9672 de la lotería de las Escuelas de Cristianía por la suma de mil dólares, cerca de cinco mil francos.

Hulda no se preocupaba en manera alguna de lo que tanto apasionaba a cierto público. De las cartas llegadas a Dal a propósito del billete, no había querido ni aun enterarse. Sin embargo, el profesor fue de opinión de que no se debía dejar que ignorase las proposiciones que la hacían, puesto que Ole Kamp le había legado la propiedad del número 9672.

Hulda rechazó todos los ofrecimientos. Aquel billete era la última carta de su prometido.

¡Y no se crea que la pobre joven se negase con el pensamiento oculto de que podría valerle uno de los premios de la lotería! ¡No! ella no veía en él más que el supremo «adiós» del naufrago, una última reliquia que quería conservar religiosamente.

No pensaba apenas en las probabilidades de una fortuna que Ole no podría compartir con ella. Nada más conmovedor, más delicado, que aquel culto por un recuerdo. Al hacerle conocer las diversas proposiciones que le dirigían, ni Sylvius Hog, ni Joël, pretendían influir sobre Hulda. Esta no debía seguir sino los impulsos de su corazón. Ya sabemos ahora lo que su corazón le había respondido.

Joël aprobó absolutamente la conducta de su hermana. El billete de Ole no debía ser cedido a nadie a ningún precio.

Sylvius Hog hizo más que aprobar a Hulda: la felicitó por no dar oídos a todo aquel comercio de un billete vendido al uno, revendido al otro, pasando de mano en mano, transformado en una especie de papel moneda, hasta el momento en que el sorteo de la lotería hubiese hecho de él, probablemente, un papelucho sin valor.

Y Sylvius Hog iba aún más allá. ¿Acaso era supersticioso? Seguramente que no. Pero si Ole Kamp hubiese estado presente, probablemente le hubiera dicho:

—¡Guarde su billete, hijo mío! ¡Guárdelo! ¡Quién sabe!... ¡Quién sabe!...

Y cuando Sylvius Hog, profesor de legislación, diputado del Storting, pensaba así, ¿podía nadie admirarse de la preocupación del público? No, y, por tanto, nada más natural que el 9672 tuviese prima.

En casa de la señora Hansen no hubo, pues, nadie que protestase del

sentimiento tan respetable que hacía obrar a la joven, nadie más que su madre.

En efecto: oíase a menudo recriminar a Hulda, sobre todo en su ausencia. Esto no dejaba de causar a Joël un profundo pesar. Pensaba que tal vez su madre no se limitaría siempre a recriminaciones. Querría coger por su cuenta a Hulda, con respecto a los ofrecimientos que se le hacían.

—¡Cinco mil marcos ese billete! —repetía—. ¡Ofrecen cinco mil marcos!

Evidentemente, la señora Hansen no quería comprender cuánta ternura se encerraba en la negativa de su hija. No pensaba más que en la importante suma de cinco mil marcos. Una sola palabra de Hulda los hubiera hecho entrar en la casa. Por otra parte, no creía en el valor sobrenatural del billete, por más noruega que fuese. Y sacrificar cinco mil marcos por aquella millonésima de probabilidad de ganar cien mil, no podía entrar en su espíritu frío y positivista.

Aparte de toda superstición, es evidente que despreciar lo cierto por lo dudoso, en condiciones, tan aleatorias, no hubiera sido un acto de sabiduría.

Pero, lo repetimos, aquel billete no era un billete de lotería para Hulda: era la última carta de Ole Kamp, y su corazón se habría destrozado al pensamiento de desprenderse de él.

Sin embargo, la señora Hansen desaprobaba manifiestamente la conducta de su hija. Sentíase que en su interior hervía una sorda irritación. Era de temer que un día u otro intentase hacer desistir a Hulda de su resolución. Ya había hablado a Joël en este sentido, y éste no había vacilado en tomar el partido de su hermana.

Naturalmente, Sylvius Hog había sido informado de lo que pasaba. Era un pesar más que había que añadir a los que ya sufría Fluida, y esto le apesadumbraba.

Joël le hablaba algunas veces.

—¿Acaso no tiene razón mi hermana en rehusar? —decía—, ¿por ventura he obrado mal en aprobar su negativa?

—¡Sin duda! —le respondía Sylvius Hog—. Y no obstante, desde el punto de vista matemático, su madre tiene un millón de veces razón. ¡Pero no todo son matemáticas en este mundo! ¡El cálculo no tiene nada que ver con las cosas del corazón!

Durante aquellas dos semanas hubo que velar por Hulda. Agobiada por tantos dolores, su salud inspiró serios temores. Felizmente no le faltaron los cuidados. A petición de Sylvius Hog, el célebre doctor Boek, su amigo, vino a Dal a ver a la joven enferma. Sólo le prescribió el reposo del cuerpo y la tranquilidad del alma, si es que era posible. Pero el verdadero medio de curarla era la vuelta de Ole, y de este medio sólo Dios podía disponer.

En todo caso, Sylvius Hog no escaseó sus consuelos a la joven, ni cesó de hacerle oír palabras de esperanza. ¡Y aunque pudiera parecer inverosímil, Sylvius Hog no desesperaba!

Habían transcurrido trece días desde la llegada de la carta enviada por la marina de Dal. Era el 30 de junio. Quince más y el sorteo de la lotería de las Escuelas iba a efectuarse con gran pompa en uno de los vastos edificios de Cristianía.

Precisamente aquel mismo día por la mañana Sylvius Hog recibió una nueva carta de la marina, en contestación a sus reiteradas instancias. Aquella carta le invitaba a entenderse con las autoridades marítimas de Bergen. Además, le autorizaba a organizar inmediatamente las investigaciones necesarias relativas al encuentro del *Viken*, con el concurso del Estado.

El profesor no quiso decir a Joël ni a Hulda nada de la tarea que iba a emprender. Se contentó con anunciarles su partida, pretextando un viaje de negocios, que no le retendría sino algunos días.

—¡Señor Sylvius, le suplico que no nos abandone! —le dijo la pobre joven.

—¡Abandonarles..., a ustedes, a quienes considero como a hijos míos!
—respondió Sylvius Hog.

Joël se ofreció a acompañarle. Pero no queriendo dejar sospechar que iba a Bergen, no le permitió pasar de Moel. Además, era preciso que Hulda no se quedase sola con su madre. Después de haber guardado cama algunos

días, comenzaba entonces a levantarse; pero se encontraba muy débil todavía, no salía de su habitación, y Joël comprendía que no podía abandonarla.

A las once, el kariol estaba a la puerta de la posada. El profesor se colocó con Joël, después de haber dirigido a Hulda un último adiós, y ambos desaparecieron en el recodo del camino, bajo los grandes álamos de la orilla.

Aquella misma noche Joël estaba de vuelta en Dal.

XIII

Sylvius Hog, pues, había partido para Bergen. Su naturaleza tenaz, su carácter enérgico, un momento quebrantados, habían vuelto a sobreponerse.

No quería creer en la muerte de Ole Kamp, ni admitir que Hulda estuviese condenada a no volverle a ver jamás. No: mientras no fuese patente la materialidad del hecho, lo tenía por falso. Y, como vulgarmente se dice, aquello era más fuerte que él.

Pero ¿tenía algún indicio sobre el que fuese posible apoyar la obra que iba a emprender en Bergen? Sí; pero un indicio muy vago, preciso es confesarlo.

Sabía, en efecto, la fecha en que Ole Kamp había arrojado al mar el billete, la fecha y el lugar en que se había recogido la botella que lo encerraba.

Esto era lo que acababa de saber por la carta de la Marina, carta que le había decidido a partir inmediatamente para Bergen, a fin de entenderse con la casa Help y con los marinos más competentes del puerto. Tal vez aquello bastaría para imprimir una útil dirección a las investigaciones de que iba a ser objeto el *Viken*.

El viaje se llevó a cabo de la manera más rápida posible. Llegado a Moel, Sylvius Hog despidió a su compañero con el kariol. Tomó pasaje en una de las embarcaciones de corteza de abedul que hacen el servicio del lago Tinn. Después, en Tinoset, en lugar de dirigirse hacia el sur, es decir, hacia Bamble, alquiló un segundo kariol, y siguió los caminos del Hardanger, con objeto de ganar el golfo de este nombre por el más corto. Allí el *Run*, pequeño vapor que hace el servicio del golfo, le permitió volver bajar hasta su extremo inferior.

En fin, después de haber atravesado una red de fiordos entre los islotes y las islas de que está sembrado el litoral noruego, el 2 de julio al amanecer

desembarcó en el muelle de Bergen.

Aquella antigua ciudad, que bañan los dos fiordos de Sogne y de Hardanger, está situada en un país soberbio, al cual se parecerá a Suiza el día en que un brazo de mar artificial haya llevado las aguas del Mediterráneo al pie de sus montañas.

Una magnífica calle de fresnos da acceso a las primeras viviendas de Bergen. Sus altas casas de puntiagudos techos resplandecen con la blancura de las de las ciudades árabes, y están aglomeradas en aquel triángulo irregular que encierra sus treinta mil habitantes.

Sus iglesias datan del siglo XII. Su alta catedral la divisan de lejos los buques procedentes de alta mar. Es la capital de la Noruega comercial, por más que esté situada fuera de las vías de comunicación y muy alejada de las otras dos ciudades que políticamente ocupan el primer y segundo lugar del reino, Cristianía y Drontheim.

En cualquier otra circunstancia, el profesor hubiera tenido gusto en estudiar aquella cabeza de prefectura, tal vez más holandesa que noruega por su aspecto y sus costumbres. Esto formaba parte de su programa. Pero después de la aventura de la Maristien, después de su llegada a Dal, aquel programa había sufrido importantes modificaciones.

Sylvius Hog no era ya el diputado turista que quería conocer con exactitud el país, tanto desde el punto de vista político, como desde el punto de vista comercial. Era el huésped de la casa Hansen, tenía una deuda de gratitud con Joël y Hulda, cuyos intereses estaban por encima de todo.

Era el deudor que quería, no importa a qué precio, pagar su deuda de reconocimiento. Y aun pensaba que lo que iba a intentar por ellos era bien poca cosa.

Al llegar a Bergen, Sylvius Hog tomó tierra al fondo del puerto, en el muelle de la lonja de pescado.

Inmediatamente se dirigió al barrio de Tyske Bodrone, donde vivía Help *júnior*, de la casa Help hermanos.

Llovía como de costumbre, pues la lluvia cae en Bergen trescientos sesenta días por año. Con dificultad se hubiera encontrado una casa mejor

cercada y dispuesta que la hospitalaria de Help júnior.

En cuanto a la acogida que se dispensó Sylvius Hog, en ninguna parte hubiera podido ser más afectuosa, más cordial, más demostrativa del cariño que le profesaban. Su amigo se apoderó de su persona como de una joya preciosa que tomaba en consignación, que almacenó con cuidado, y que no entregaría sino a cambio de un recibo en buena y debida forma.

Sylvius Hog dio a conocer inmediatamente el objeto de su viaje a Help *junior*. Le habló del *Viken*. Le preguntó si, desde su última carta, no había tenido ninguna otra noticia. ¿Lo consideraban como irremisiblemente perdido los marinos de la localidad? ¿Aquel naufragio, que cubría de luto a varias familias de Bergen, no había inclinado a las autoridades marítimas a dar principio a investigaciones que pudieran dar alguna luz respecto a aquella catástrofe?

—¿Y cómo podrían hacerlo —respondió Help *junior*—, si no se sabe el lugar del naufragio?

—Sea —mi querido Help—; pero precisamente porque se ignora ese lugar, es preciso procurar conocerlo.

—¿Conocerlo?

—¡Sí! Si nada se sabe del punto en que ha zozobrado el *Viken*, se conoce, por lo menos, el lugar en que el documento fue recogido por el buque danés. Hay, pues, un indicio seguro, que seríamos culpables en no aprovechar.

—¿Cuál es ese sitio?

—¡Escúcheme, mi querido Help!

Sylvius Hog le comunicó entonces los nuevos datos que últimamente le había proporcionado la Marina, y los plenos poderes que le daba para utilizarlos.

La botella que encerraba el billete de lotería de Ole Kamp había sido encontrada el 3 de junio por el brick-goleta *Christian*, capitán Mosselman, de Elseneur, a una distancia de doscientas millas al sudoeste de Islandia, soplando viento del sudeste.

Aquel capitán, como era su deber, había tomado en el acto conocimiento del documento, para el caso en que hubiera podido prestar su socorro inmediato a los supervivientes del *Viken*.

Pero las líneas escritas al dorso del billete de lotería no indicaban de ningún modo el lugar del naufragio, y el *Christian* no pudo dirigirse a las aguas donde había ocurrido la catástrofe.

El capitán Mosselman era un hombre honrado. Otro menos escrupuloso, quizá hubiera guardado para sí el billete; pero él no tuvo más que un pensamiento: hacerlo llegar a su destino desde el momento en que entrase en el puerto. «Hulda Hansen, de Dal»; esto bastaba. No era necesario saber más.

Sin embargo, una vez llegado a Copenhague, el capitán Mosselman pensó que sería mejor remitir el documento a las autoridades danesas, en lugar de enviarlo directamente a la destinataria. Aquello era lo más seguro y lo más regular. Así lo hizo, y la Marina de Copenhague avisó inmediatamente a la de Cristianía.

En aquella época se habían recibido ya las primeras cartas de Sylvius Hog, que pedía noticias precisas sobre el *Viken*. El especial interés que tenía por la familia Hansen era conocido. Se sabía que Sylvius Hog debía permanecer algún tiempo en Dal, y allí se remitió el documento recogido por el capitán danés, a fin de que lo pusiese en manos de Hulda Hansen.

Desde entonces, aquella historia no había cesado de apasionar la opinión pública, gracias a los conmovedores detalles con que la había revestido la prensa de ambos mundos.

He aquí lo que Sylvius Hog manifestó sumariamente a su amigo Help *júnior*, que le escuchó con el más vivo interés, sin interrumpirle una vez siquiera, concluyendo su narración con estas palabras:

—Hay, pues, un punto que no puede ponerse en duda, y es que el 3 de junio último fue encontrado el documento a doscientas millas al sudoeste de Islandia, casi un mes después de la partida del *Viken* de San Pedro Miquelón para Europa.

—¿Y no sabe nada más?

—No, mi querido Help; pero, consultando a los marinos más experimentados de Bergen, los que frecuentan o han frecuentado aquellas aguas, que conocen la dirección general de los vientos, y, sobre todo, de las corrientes, ¿no podría establecerse el camino seguido por la botella? Después, teniendo aproximadamente en cuenta su velocidad y el tiempo transcurrido hasta el momento en que fue recogida, ¿es imposible determinar el sitio en que fue arrojada por Ole Kamp, es decir, el lugar del naufragio? Help *júnior* sacudía la cabeza con aire poco aprobador.

Basar toda una tentativa de pesquisas sobre tan vagas indicaciones, a las cuales podrían mezclarse tantos motivos de error, ¿no sería correr al desencanto?

El armador, espíritu frío y práctico, creyó deber hacérselo observar a Sylvius Hog.

—¡Sea, amigo Help! Pero, el que tal vez no se obtengan sino datos muy inciertos, ¿es acaso una razón para abandonar la partida? Tengo empeño en que se intente todo en favor de esas pobres gentes, a las cuales debo mi vida. ¡Sí! Si necesario fuese, no vacilaría en sacrificar todo cuanto poseo por encontrar a Ole Kamp y entregarle a su prometida Hulda Hansen.

Y Sylvius Hog contó detalladamente su aventura del Rjukanfos. Dijo de qué modo el intrépido Joël y su valerosa hermana habían arriesgado su vida para venir en su ayuda, y cómo, sin su inesperada intervención, no tendría en aquel momento el placer de ser el huésped de su amigo Help.

El amigo Help, según hemos dicho, era un espíritu poco propenso a pagarse de ilusiones; pero tampoco se oponía a que se intentase hasta lo inútil, hasta lo imposible, cuando se trataba de una cuestión de humanidad. Aprobó, pues, en definitiva lo que quería intentar Sylvius Hog.

—Sylvius —respondió—; le secundaré con todo mi poder. ¡Tiene razón! Aun cuando sólo existiese una débil probabilidad de encontrar algún superviviente del *Viken*, y, entre otros, el bravo Ole, cuya prometida le ha salvado la vida, no hay que despreciarla.

—¡No, Help, no! —respondió el profesor—. Aun cuando sólo hubiese una probabilidad contra cien mil.

—Hoy mismo, Sylvius, reuniré en mi despacho a los mejores marinos de Bergen. Llamaré a todos los que han navegado o navegan habitualmente por las aguas de Islandia y de Terranova. Veremos lo que nos aconsejan hacer...

—¡Y haremos lo que nos aconsejen! —respondió Sylvius Hog, con su ardor tan comunicativo—. Tengo el apoyo del gobierno. ¡Estoy autorizado para disponer de uno de sus avisos, y espero que nadie vacilará en contribuir a semejante obra!

—Voy a las oficinas de la Marina —dijo Help Júnior.

—¿Quiere que le acompañe?

—Es inútil; debe de estar fatigado...

—¡Fatigado!... ¡Yo!... ¡A mi edad!...

—No importa, descanse, mi querido y siempre joven Sylvius, aguardándome aquí.

En aquel mismo día hubo, en la casa de Help hermanos, una reunión de capitanes mercantes, de marinos de la gran pesca y de pilotos. Allí se encontraba un gran número de gentes de mar, que navegaban todavía, y algunos de más edad que se habían retirado.

Inmediatamente Sylvius Hog les puso al corriente de la situación. Les manifestó en qué fecha, 3 de mayo, había sido arrojado al mar el documento escrito por Ole Kamp; en cuál otra, 3 de junio, lo había recogido el capitán danés, y qué sitio, a doscientas millas al sudoeste de Islandia.

La discusión, pues, fue bastante larga y muy seria.

No había uno entre aquellos bravos marinos que no conociese cuál era, en las aguas de Islandia y de Terranova, la dirección general de las corrientes; dato que era preciso tener muy en cuenta para resolver el problema.

Se sabía que en la época del naufragio, durante el intervalo de tiempo comprendido entre la partida del *Viken* de San Pedro Miquelón y la pesca

de la botella, hecha por el buque danés, interminables rachas del sudeste habían trastornado aquella porción del Atlántico. A aquellas tempestades había que atribuir sin duda la catástrofe. Probablemente el *Viken*, no pudiendo mantenerse a la capa, habría tenido que huir viento en popa.

Ahora bien: precisamente durante aquel período del equinoccio, los hielos polares empiezan a derivar hacia el Atlántico. Era, pues, posible que se hubiera producido una colisión, y que el *Viken* hubiese sido destrozado por uno de aquellos terribles escollos flotantes que tan difícil es evitar.

Admitiendo esa hipótesis, ¿por qué la tripulación, en todo o en parte, no había de haberse refugiado sobre uno de aquellos *icefields* después de haber depositado cierta cantidad de víveres?

Si era así, habiendo debido ser rechazado el banco de hielo hacia el noroeste, no era imposible que los supervivientes hubiesen podido arribar, por último, a un punto cualquiera de la costa groenlandesa. Luego en aquella dirección y en aquellos lugares debían intentarse las investigaciones.

Tal fue la respuesta dada por unanimidad, en aquella reunión de marinos, a las diversas cuestiones propuestas por Sylvius Hog. No cabía duda de que era preciso proceder de la manera indicada.

Pero ¿qué se podría encontrar sino despojos en el caso en que el *Viken* hubiese abordado aquel enorme iceberg? ¿Debería contarse con la repatriación de los que habían sobrevivido al naufragio? Era más que dudoso. El profesor, a aquella pregunta directa, vio que los más competentes no podían o no querían contestar nada. Pero esto no era una razón para dejar de obrar, y en esto todos estaban conformes, con el menor retraso posible.

Bergen cuenta habitualmente con algunos barcos pertenecientes a la flotilla noruega del Estado. A aquel puerto está destinado uno de los tres avisos que hacen el servicio de la costa occidental, haciendo escala en Drontheim, Finmark, Elammerfest y Cabo Norte. En aquel momento estaba anclado en la bahía.

Después de haber levantado un acta, que resumía la opinión de los marinos reunidos en casa de Help *júnior*, Sylvius Hog se dirigió inmediatamente a bordo del aviso *Telégrafo*, y dio a conocer al

comandante la misión especial de que había sido encargado por el gobierno.

El comandante recibió al profesor con solicitud, y se declaró dispuesto a prestarle todo su concurso. Había hecho ya la navegación de aquellos parajes durante las largas y peligrosas campañas que arrastran a los pescadores de Bergen, de las islas Loffoten y del Finmark hasta las pesquerías de Islandia y de Terranova. Podría, pues, contribuir con sus conocimientos personales a la obra de humanidad que iba a emprenderse, a la cual prometió dedicarse por completo.

En cuanto a la nota que le remitió Sylvius Hog, nota que indicaba el presunto lugar del naufragio, aprobó en absoluto las conclusiones. En la parte de mar comprendida entre Islandia y Groenlandia era donde había que buscar a los sobrevivientes, o, por lo menos, algún resto del *Viken*. Si el comandante no obtenía resultado alguno, iría a explorar las aguas vecinas, y tal vez el mar de Baffin en la costa oriental.

—Estoy pronto a partir, señor Hog —añadió—. Mi provisión de víveres y carbón está hecha; mi tripulación a bordo, y puedo zarpar hoy mismo, si le parece.

—Le doy gracias, comandante —respondió el profesor—, y le estoy reconocido por la acogida que me ha dispensado. Pero una pregunta todavía: ¿podrá decirme cuánto tiempo le será necesario para llegar a las aguas de Groenlandia?

—Mi aviso puede hacer once nudos por hora, y como la distancia desde Bergen a aquel punto es aproximadamente de veinte grados, cuento con llegar en menos de ocho días.

—Dese toda la prisa posible, comandante —respondió Sylvius Hog—. Si algunos náufragos han podido escapar a la catástrofe, hace ya dos meses que se encuentran en el mayor abandono, muriendo de hambre en alguna costa tal vez desierta...

—No hay tiempo que perder, señor Hog. Hoy mismo me haré a la mar con la marea alta; caminaré con mi máximo de velocidad, e inmediatamente que recoja un indicio cualquiera, informaré a la Marina de Cristianía por el cable de Terranova.

—Parta, pues, comandante —respondió Sylvius Hog—; ¡y quiera Dios que salga bien de su empresa!

Aquel mismo día, el aviso *Telégrafo* zarpaba saludado por los simpáticos hurras de toda la población de Bergen. Y no sin viva emoción se le vio sortear los pasos y desaparecer después detrás de los islotes del fiordo.

Sylvius Hog no limitó sus esfuerzos a la expedición que acababa de encargar al aviso *Telégrafo*. Según pensaba, podía hacerse más todavía, multiplicando los medios de encontrar alguna huella del *Viken*. ¿No era posible excitar la emulación de los barcos mercantes y de pesca para que prestaran su concurso en las investigaciones mientras navegaban en los mares de las Feroe e Islandia? ¡Sí, sin duda! Prometió, pues, en nombre del Estado, un premio de dos mil marcos a todo buque que proporcionase un indicio relativo al barco perdido, y de cinco mil al que repatriara a alguno de los supervivientes al naufragio.

De esta manera Sylvius Hog, durante los días que pasó en Bergen, hizo todo cuanto era posible hacer para asegurar el éxito de aquella campaña. En ello fue perfectamente secundado por su amigo Help *júnior*, y por las autoridades marítimas.

Help hubiera deseado conservarle a su lado durante algún tiempo todavía, pero Sylvius Hog se negó a prolongar su estancia.

Estaba impaciente por hallarse al lado de Hulda y de Joël, a quienes temía dejar entregados a sí mismos por largo tiempo.

Pero Help *junior* convino con él en que, si llegaba alguna noticia, le sería transmitida inmediatamente a Dal. A él solo pertenecía el cuidado de informar a la familia Hansen.

El 4, por la mañana, Sylvius Hog, después de haberse despedido de su amigo Help *junior*, se embarcó en el *Run* para atravesar el fiordo del Hardanger, y, a menos de experimentar retrasos improbables, contaba estar de vuelta en el Telemark en la noche del 5.

XIV

El mismo día en que Sylvius Hog había abandonado Bergen, ocurrió una grave escena en la posada de Dal.

Después de la partida del profesor, hubiérase dicho que el buen genio de Hulda y de Joël se había llevado, con su última esperanza, la vida entera de aquella desgraciada familia.

Era como una casa muerta que Sylvius Hog dejaba tras de sí.

Durante aquellos dos días no llegó a Dal ningún turista. Joël no tuvo, pues, ocasión de ausentarse, y pudo permanecer al lado de Hulda, a quien hubiera sentido mucho dejar sola.

En efecto, la señora Hansen estaba cada día más dominada por sus secretas inquietudes. Parecía haberse desligado de todo lo que tenía relación con sus hijos, hasta con la pérdida del *Viken*. Vivía aparte, retirada en su habitación, presentándose sólo a la hora de las comidas. Pero cuando dirigía la palabra a Hulda o a Joël, era siempre para hacerles reproches directos o indirectos con respecto al billete de lotería, del que no querían deshacerse a ningún precio.

No habían cesado de producirse las ofertas. Llegaban de todas las partes del mundo. Era como una locura que se había apoderado de ciertos cerebros. ¡No! No era posible que el tal billete no estuviese predestinado para ganar el premio de cien mil marcos.

¡Parecía que no había más que un número en aquella lotería, y aquel número era el 9672!

El inglés de Manchester y el americano de Boston llevaban, como siempre, la ventaja. El inglés había conseguido sobrepujar a su rival en algunas libras. Pero a su vez fue muy pronto adelantado en muchos centenares de dólares. La última puja era de ocho mil marcos, lo que no podía explicarse sino por una verdadera monomanía, a menos que se tratase de una

cuestión de amor propio entre América y Gran Bretaña.

Hulda respondía negativamente a todas aquellas proposiciones, por ventajosas que fuesen lo que acabó por provocar las más amargas recriminaciones de la señora Hansen.

—¿Y si yo te ordenase ceder ese billete? —dijo un día a su hija—. ¡Sí, si yo te lo ordenase!

—Madre, con harto sentimiento, con la mayor desesperación, me vería obligada a responderte con una negativa.

—¿Y si fuera absolutamente preciso?

—¿Por qué había de serlo? —preguntó sorprendido Joël.

La señora Hansen nada replicó. Ante aquella pregunta tan claramente hecha, se puso intensamente pálida, y se retiró, murmurando palabras ininteligibles.

—¡Aquí hay algo grave —dijo Joël—; y debe de ser algún asunto entre nuestra madre y Sandgoïst!

—Sí, hermano, hay que temer complicaciones enojosas para el porvenir.

—¡Mi pobre Hulda! ¿Acaso no hemos sufrido bastante desde hace algunas semanas? ¿Qué nueva catástrofe puede amenazarnos todavía?

—¡Ah! ¡Cuánto tarda en volver el señor Sylvius! —dijo Hulda—. Cuando él está aquí, me siento menos desesperada...

—Y sin embargo, ¿qué podría hacer por nosotros? —respondió Joël.

¿Pero qué existía en el pasado de la señora Hansen que no quisiese confiar a sus hijos? ¿Qué amor propio malentendido le impedía decirles el motivo de sus inquietudes? ¿Tenía algún reproche que hacerse? Por otra parte, ¿por qué aquella presión que quería ejercer sobre su hija a propósito del billete de Ole Kamp y del valor que había alcanzado? ¿De dónde procedía el que se mostrase tan ávida por realizarlo? Hulda y Joël iban por fin a saberlo.

El 4 de julio, por la mañana, Joël había llevado a su hermana a la capillita

donde Hulda iba todos los días a rogar por el desgraciado náufrago.

Allí aguardaba a que terminase sus oraciones, para volver a acompañarla hasta casa.

Aquel día, a su vuelta, percibieron de lejos, bajo los árboles, a la señora Hansen, que marchaba rápidamente, dirigiéndose hacia la posada.

No estaba sola. Un hombre la acompañaba; un hombre que debía hablar en alta voz, y cuyos gestos parecían ser imperiosos.

Hulda y su hermano se detuvieron súbitamente.

—¿Quién es ese hombre? —dijo Joël.

Hulda dio algunos pasos más.

—Le reconozco —dijo.

—¿Le reconoces?

—Sí, es Sandgoïst.

—¿Sandgoïst de Drammen, el que vino ya a casa durante mi ausencia?

—¡Sí!

—¿Y que se conducía como dueño, como si tuviese derechos sobre nuestra madre... sobre nosotros tal vez?...

—El mismo, Joël; y sin duda vuelve hoy para ejercer esos derechos...

—¿Y cuáles son?... ¡Ah!... ¡Esta vez yo sabré cuál es la pretensión de ese hombre...!

Joël se contuvo, no sin trabajo, y, seguido de su hermana, fue a colocarse un poco separado del camino.

Algunos minutos después, la señora Hansen y Sandgoïst llegaban a la puerta de la posada. Sandgoïst entraba el primero.

La puerta se cerraba tras ellos, y ambos se instalaban en el salón.

Joël y Hulda se acercaron a la casa, donde resonaba la voz irritada de Sandgoïst. Se detuvieron, y escucharon. La señora Hansen hablaba entonces, pero en tono suplicante.

—Entremos —dijo Joël.

Y ambos. Hulda con el corazón oprimido, Joël temblando de impaciencia y de cólera, entraron en el salón, cuya puerta volvieron a cerrar cuidadosamente.

Sandgoïst estaba sentado en el sillón, del que ni aun se movió al percibir a los dos hermanos, contentándose tan sólo con volver la cabeza y mirarlos por encima de sus anteojos.

—¡Ah! ¡He aquí a la encantadora Hulda, si no me equivoco! —dijo, con un tono que desagradó a Joël.

La señora Hansen estaba de pie ante aquel hombre en actitud humilde y temerosa. Pero al ver a sus hijos se irguió apresuradamente, y pareció muy contrariada con su presencia.

—¿Su hermano, sin duda? —añadió Sandgoïst, designando a Joël.

—Sí, su hermano —respondió éste.

Y avanzando unos pasos hasta encontrarse junto al sillón:

—¿Qué es lo que desea? —preguntó.

Sandgoïst le dirigió una malévola mirada, y con su voz dura y antipática, sin levantarse:

—Voy a decírselo, joven —dijo—. Llega a tiempo. Tenía ganas de hablarle, y si su hermana es razonable, acabaremos por entendernos. Pero siéntese, y usted también, jovencita.

Sandgoïst les invitaba a sentarse, como si estuviese en su casa.

Joël se lo hizo observar.

—¡Ah! ¡Ah! ¿Eso le molesta? ¡Diablo! ¡He aquí un mancebo que no tiene aire acomodaticio!

—Así es en verdad —replicó Joël—, y que no acepta los cumplimientos sino de aquellos que tienen el derecho de dirigírselos.

—¡Joël! —dijo la señora Hansen.

—¡Hermano!... ¡Hermano!... —añadió Hulda con suplicante mirada.

Éste hizo un violento esfuerzo para dominarse, y, a fin de no ceder a la tentación de arrojar a la calle a aquel grosero personaje, se retiró a un rincón de la sala.

—¿Puedo hablar ahora? —preguntó entonces Sandgoïst.

Un signo afirmativo de la señora Hansen fue toda la contestación que obtuvo. Pero parece que fue suficiente.

—He aquí de qué se trata —dijo—; ruego a los tres que me escuchen atentamente, pues no me gusta repetir mis palabras.

Según se ve, se explicaba como hombre que se cree con el derecho de imponer su voluntad a los demás.

—He sabido por los periódicos —añadió—, la aventura de un tal Ole Kamp, joven marino de Bergen, y de un billete de lotería que ha enviado a su prometida.

Hulda, en el momento en que su buque, el *Viken*, iba a naufragar. He sabido igualmente que, entre el vulgo, se miraba ese billete como sobrenatural, en razón de las extraordinarias circunstancias en que se había encontrado. He sabido, además, que se le atribuye un valor especial en las probabilidades del sorteo. En fin: he sabido que se han hecho a Hulda proposiciones muy ventajosas para la cesión del billete.

Callóse por un momento. Después añadió:

—¿Es cierto todo eso?

La respuesta a esta última pregunta se hizo esperar algún tiempo.

—¡Sí!... Es cierto —dijo por fin Joël—. ¿Y qué más?

—Helo aquí: mi opinión es que todas esas ofertas reposan sobre una

suposición absurda. Pero no por eso han dejado de producirse, y supongo que irán creciendo a medida que se acerque el día del sorteo. Ahora bien: yo soy un comerciante. Veo en esto un negocio que me convendría tomar por mi cuenta, y salí ayer de Drammen para venir a Dal, a fin de tratar de la cesión de ese billete, y rogar a la señora Hansen que me dé la preferencia sobre los demás postores.

Hulda iba a responder a Sandgoïst como lo había hecho a todas las demandas de aquel género, por más que no se hubiese dirigido directamente a ella, cuando Joël la detuvo.

—Antes de responder al señor Sandgoïst —dijo—, le preguntaré si sabe a quién pertenece el billete.

—A Hulda Hansen, según creo.

—Pues a Hulda Hansen es entonces a quien hay que preguntar si está dispuesta a deshacerse de él.

—¡Hijo mío! —dijo la señora Hansen.

—Déjame acabar, madre —replicó Joël—. ¿El billete no pertenecía legítimamente a nuestro primo Ole Kamp, y Ole Kamp no tenía el derecho de legarlo a su prometida?

—Incontestablemente —respondió Sandgoïst.

—Luego a Hulda Hansen hay que dirigirse para obtenerlo.

—Sea, señor formalista —respondió Sandgoïst—. Pido, pues, a Hulda me ceda el billete señalado con el número 9672, legado por Ole Kamp.

—Señor Sandgoïst —respondió la joven, con voz firme—: muchas proposiciones se me han hecho respecto a ese billete, pero inútilmente. Le respondo lo mismo que he respondido hasta aquí. Si mi prometido me ha dirigido ese billete con su último adiós, es porque ha querido que yo lo guarde, no que lo venda. No puedo, pues, deshacerme de él a ningún precio.

Dicho esto, Hulda se disponía a retirarse, considerando que la entrevista, por lo que a ella se refería, debía quedar terminada con su negativa formal.

A un gesto de su madre, se detuvo.

Un movimiento de despecho que ésta no pudo reprimir, indicó la contrariedad que experimentaba, y Sandgoïst, por el fruncimiento de sus cejas y el brillo de su mirada, dejó ver que la cólera empezaba a apoderarse de él.

—¡Sí! Quédese, Hulda —dijo—. Ésa no puede ser su última palabra, y si insisto es porque tengo el derecho de insistir. Pienso, por otra parte, que me he explicado mal, o, más bien, que no me ha comprendido. Cierto es que las probabilidades de ese billete no han aumentado porque la mano de un náufrago lo haya encerrado en una botella que ha sido recogida con la mayor oportunidad; pero no hay que razonar con el entusiasmo del vulgo. No hay duda de que muchos han deseado ser sus poseedores. Se han ofrecido muchos para comprarlo, y es evidente que seguirán ofreciéndose aún. Lo repito: esto se presenta como un negocio, y un negocio es lo que vengo a proponerle.

—Algún trabajo le ha de costar entenderse con mi hermana, caballero —respondió irónicamente Joël—. ¡Cuando dice: «negocio», ella le responde «sentimiento»!

—Palabras..., palabras... —respondió Sandgoïst—. Cuando mi explicación quede terminada, verá que si, para mí, es un negocio ventajoso, también lo es para ella, y aun me atreveré a decir que para su madre, la señora Hansen, que se encuentra directamente interesada.

Joël y Hulda se miraban: ¿iban a saber lo que la señora Hansen les había ocultado hasta entonces con tanto cuidado?

—Continúo —dijo Sandgoïst—. Yo no he pretendido ni pretendo que ese billete me sea cedido por el precio que le ha costado a Ole Kamp. ¡No!... Con razón, o sin razón, ha adquirido cierto valor mercantil, y estoy dispuesto a hacer un sacrificio para poseerlo.

—Se le ha dicho —replicó Joël— que Hulda ha rechazado ya proposiciones superiores a todo cuanto pudiera usted ofrecer...

—¡Proposiciones superiores! —exclamó Sandgoïst—. ¿Y qué sabe usted?

—Además, sean las que sean, mi hermana las rechaza, y yo apruebo su

conducta.

—Veamos: ¿con quién tengo que entenderme, con Joël o con Hulda Hansen?

—Mi hermana y yo no somos más que uno —respondió Joël—. ¡Sépallo, señor, ya que aparenta ignorarlo!

Sandgoïst, sin mostrarse molesto, hizo un movimiento de hombros, y como hombre seguro de sus argumentos añadió:

—Cuando he hablado de un precio a cambio del billete, hubiera debido decir que he de ofrecerle ventajas tales, que, en interés de su familia, Hulda no podrá rechazarlas.

—¿Está seguro?

—¡Y ahora, joven, sepa que no he venido a Dal para rogar a su hermana que me ceda su billete! ¡No! ¡Mil diablos! ¡No!

—¿Qué pide entonces?

—¡Yo no pido, exijo... quiero!...

—¿Y con qué derecho —gritó Joël—; con qué derecho usted, un extraño, osa hablar así en casa de mi madre?

—Con el derecho que tiene todo hombre —respondió Sandgoïst— de hablar cuando le place y como le place cuando está en su casa.

—¡En su casa!

Joël, en el colmo de la indignación, se dirigió hacia Sandgoïst, que, aunque no se espantaba con facilidad, se había levantado precipitadamente del sillón.

Pero Hulda contuvo a su hermano, mientras la señora Hansen, con la cabeza oculta entre sus manos, retrocedía hasta el otro extremo del salón.

—¡Hermano... mírala!... —gritó la joven.

Joël se detuvo de repente. La vista de su madre había paralizado su furor. Todo, en su actitud, revelaba hasta qué punto la señora Hansen estaba en

poder de Sandgoïst.

Éste recobró la ventaja al ver vacilar a Joël, y volvió despacio al sitio que anteriormente ocupaba.

—¡Sí, en su casa! —gritó con voz más amenazadora todavía—. Después de la muerte de su marido, la señora Hansen se ha entregado a especulaciones que no han tenido buen resultado. Ha comprometido la escasa fortuna que al morir había dejado su padre. Ha tenido que tomar dinero en casa de un banquero de Cristianía, Falta de recursos, ha hipotecado esta casa en garantía de una suma de quince mil marcos que le ha sido prestada mediante una obligación en toda regla, obligación que yo, Sandgoïst, he comprado a su acreedor. Esta casa, pues, será la mía, y muy pronto, si no se me paga el día del vencimiento.

—¿Cuándo vence el plazo? —preguntó Joël.

—El 20 de julio, dentro de dieciocho días —respondió Sandgoïst—. Y aquel día, le agrade o no, estaré aquí en mi casa.

—Si no ha sido reembolsado antes de esa fecha —repuso Joël—. Entretanto, le prohíbo que continúe hablando como hasta aquí delante de mi madre y de mi hermana.

—¡Me prohíbe... a mí!... —gritó Sandgoïst—. ¿Y su madre me lo prohíbe también?

—¡Habla, madre! —dijo Joël, dirigiéndose a su madre y procurando separar sus manos de su rostro.

—¡Joël!... ¡Hermano!... —gritó Hulda—. ¡Por piedad hacia ella... te lo suplico... cálmate!

La señora Hansen, con la cabeza inclinada, no se atrevía a mirar a su hijo. ¡Era demasiado cierto! Algunos años después de la muerte de su marido había intentado aumentar su fortuna, entregándose a especulaciones aventuradas. El poco dinero de que disponía se había disipado prontamente.

Fue necesario recurrir a préstamos ruinosos. Y al presente, una escritura de hipoteca sobre su casa había pasado a manos de aquel Sandgoïst, de Drammen, un hombre sin corazón, un usurero bien conocido y detestado

en el país. La señora Hansen le había visto por primera vez el día que había venido a Dal a fin de conocer el valor de la posada.

Éste era, pues, el secreto que pesaba sobre su vida. Ésta la explicación de su actitud y su retraimiento, cual si hubiera querido ocultarse de sus hijos. Esto, en fin, lo que nunca había querido decir a aquellos cuyo porvenir había comprometido. Hulda apenas se atrevía a creer en lo que acababa de oír.

¡Sí! Sandgoïst era dueño de imponer su voluntad. El billete que hoy quería poseer no tendría ningún valor dentro de quince días, y el no entregarlo sería la ruina, la casa vendida, la familia Hansen sin domicilio, sin recursos... En una palabra: la miseria.

Hulda no se atrevía a mirar a su hermano. Pero éste, cegado por la cólera, no quiso oír nada de las amenazas del porvenir. No veía más que a Sandgoïst, y si aquel hombre volvía a hablar como lo había hecho antes, de seguro que no podría dominarse.

Sandgoïst, considerándose dueño de la situación, se hizo mucho más duro, más imperioso todavía.

—¡Ese billete lo quiero, y lo tendré! —repitió—. En cambio, no ofrezco un precio que es imposible establecer; pero sí prorrogar el plazo de la obligación suscrita por la señora Hansen por un año... por dos... ¡Fije usted misma la fecha. Hulda!

Hulda, con el corazón oprimido por la angustia, no hubiera podido contestar. Su hermano respondió por ella, diciendo:

—El billete de Ole Kamp no puede ser vendido por Hulda Hansen. Mi hermana rehúsa, pues, cualesquiera que sean sus pretensiones y sus amenazas. Y ahora, salga.

—¡Salir! —dijo Sandgoïst—. Pues bien: no... no saldré... Si la oferta que les he hecho no es suficiente..., iré aún más allá... ¡Sí!... A cambio de la cesión del billete, ofrezco... ofrezco...

Preciso era que Sandgoïst tuviese un irresistible deseo de poseer el billete; preciso era también que estuviese convencido de que el negocio había de ser muy ventajoso para él, porque corrió a sentarse ante la mesa, donde

había papel, plumas y tintero.

Un momento después:

—¡He aquí lo que ofrezco! —dijo.

Era un recibo de la suma debida por la señora Hansen, por la que había dado en garantía la casa de Dal.

La señora Hansen, con las manos suplicantes, medio encorvada, miraba, imploraba a su desgraciada hija...

—Y ahora —replicó Sandgoïst—, el billete... lo quiero... lo quiero hoy mismo... al instante... No me marchó de Dal sin llevármelo. ¡Lo quiero, Hulda... lo quiero!...

Sandgoïst se había acercado a la pobre joven, como si hubiera querido registrarla para arrancarle el billete de Ole...

Esto era ya más de lo que Joël podía soportar, sobre todo cuando oyó gritar a Hulda.

—¡Hermano!... ¡Hermano!...

—¡Salga! —dijo.

Y como Sandgoïst rehusase salir, iba a lanzarse sobre él cuando Hulda intervino.

—¡Madre —dijo—, toma el billete!

La señora Hansen se apoderó de él vivamente, y mientras lo cambiaba por el recibo de Sandgoïst, Hulda se desplomaba sobre el sillón casi sin conocimiento.

—¡Hulda!... ¡Hulda!... —gritó Joël—. ¡Vuelve en ti! ¡Ah, pobre hermana mía!... ¿Qué has hecho?

—¿Qué ha hecho? —respondió la señora Hansen—. ¿Qué ha hecho?... ¡Sí, soy culpable! ¡Sí, en interés de mis hijos, he querido aumentar la herencia de su padre! ¡Sí, he comprometido su porvenir! ¡He llamado a la miseria sobre esta casa!... ¡Pero Hulda nos ha salvado a todos!... ¡He

aquí lo que ha hecho!... ¡Gracias, Hulda..., gracias, hija mía!

Sandgoïst se mantenía en el mismo sitio. Joël le miró y, lanzándose sobre él, le levantó del suelo, a pesar de su resistencia y a pesar de sus gritos, y le arrojó fuera de la casa.

XV

Al día siguiente, Sylvius Hog volvió a Dal por la tarde. Nada dijo de su viaje. Nadie supo que había ido a Bergen. Mientras las indagaciones comenzadas no diesen un resultado cualquiera, quería abstenerse de hablar a la familia Hansen. Toda carta o despacho que viniese de Bergen o de Cristianía, debía serle dirigido personalmente a la posada, donde se proponía esperar los acontecimientos. ¿Seguía esperando? ¡Sí! Pero, era necesario confesarlo, su esperanza era sólo un presentimiento.

Desde su vuelta, el profesor supo que algo grave había ocurrido durante su ausencia. La actitud de Joël y de Hulda indicaba claramente que había tenido lugar una explicación entre ellos y su madre. ¿Había ocurrido alguna nueva desgracia a la familia Hansen?

Esta sospecha afligió profundamente a Sylvius Hog. Sentía por ambos hermanos un afecto tan paternal, que no hubiera sido mayor si se tratase de sus propios hijos. ¡Cómo los había echado de menos durante la corta ausencia, y, tal vez, cuánta falta les había hecho!

—¡Ellos hablarán! —se dijo—. ¡Será necesario que hablen! ¿Acaso no soy de la familia?

¡Sí! Sylvius Hog se creía ahora con el derecho de intervenir en la vida privada de sus jóvenes amigos; de saber por qué Joël y Hulda parecían más desgraciados de lo que eran en el momento de su partida.

No tardó en saberlo.

En efecto, ambos no deseaban sino confiarse al excelente hombre, a quien también amaban con afecto filial. Esperaban, por decirlo así, que les preguntase. Después de dos días, se habían sentido de tal modo abandonados, tanto más cuanto que Sylvius Hog no les había dicho adonde iba. ¡No! Jamás se les habían hecho tan largas las horas.

Para ellos esta ausencia no podía relacionarse con las indagaciones del *Viken*

, y no les había venido al pensamiento el que Sylvius Hog hubiera querido ocultar este viaje para evitarles una suprema desilusión, en el caso de no tener éxito en sus gestiones.

Y ahora, ¡cuán necesaria les era su presencia! Tenían necesidad de verle, de tomar sus consejos, de oír su voz, siempre tan afectuosa, tan consoladora.

Pero ¿se atreverían a decir lo que había pasado entre ellos y el usurero de Drammen, y cómo la señora Hansen había comprometido el porvenir de la casa? ¿Qué pensaría Sylvius Hog cuando supiese que el billete no estaba en poder de Hulda, que la señora Hansen lo había empleado para librarse de su implacable acreedor?

Iba a saberlo, sin embargo. ¿Quién empezó a hablar? ¿Sylvius Hog, o Joël y Hulda? No se sabe. Pero poco importa. Lo cierto es que el profesor estuvo muy pronto al corriente del asunto. Supo cuál había sido la situación de la señora Hansen y de sus hijos. En quince días el usurero les hubiese arrojado de la posada de Dal, si la deuda no hubiese sido satisfecha por la cesión del billete.

Sylvius Hog había escuchado esta triste narración que le hizo Joël en presencia de su hermana.

—¡No era necesario deshacerse del billete! —gritó de repente—. ¡No!... No era necesario.

—¿Podía negarme, señor Sylvius? —respondió la joven, profundamente turbada.

—¡No!... Sin duda no podía... Y, sin embargo... ¡Ah! ¡Si hubiese estado aquí!

¿Y qué habría hecho, si hubiese estado allí, el profesor Sylvius Hog?

No dijo nada, y replicó:

—¡Sí, mi querida Hulda, sí, Joël! En suma, han hecho lo que debían hacer. Pero lo que me encoleriza es que sea Sandgoist el que aproveche la supersticiosa preocupación del vulgo. Si se atribuye al billete del pobre Ole un valor sobrenatural, él es quien lo va a explotar. Y sin embargo, creer que este número 9672 sea necesariamente favorecido por la suerte, es

ridículo, absurdo. En fin, para concluir, yo tal vez no hubiera dado el billete. Después de haberlo negado a Sandgoïst, Hulda hubiera hecho mejor en negárselo a su madre.

Los dos hermanos no pudieron responder nada a todo lo que acababa de decir Sylvius Hog. Entregando el billete a la señora Hansen, Hulda había obedecido a un sentimiento filial, del que no se la podía censurar. El sacrificio a que se había resuelto no era el de las probabilidades más o menos dudosas que representaba aquel billete en el sorteo de la lotería de Cristianía; era el sacrificio de la última voluntad de Ole Kamp: era el abandono del último recuerdo de su prometido.

En fin, no había ya que hablar de ello; Sandgoïst tenía el billete, le pertenecía. Lo pondría a subasta. ¡Un malvado usurero iba a hacer dinero con la conmovedora despedida del náufrago!

¡No! Sylvius Hog no podía hacerse a tal idea.

Así que aquel mismo día quiso tener, con este motivo, una conversación con la señora Hansen, conversación que no podía cambiar en nada el estado de las cosas, pero que era necesaria entre ellos.

Se encontró, por otra parte, frente a una mujer muy práctica, que, a no dudarlo, tenía mejor sentido que corazón.

—¿Conque es decir que me censura, señor Hog? —dijo, después de haber dejado al profesor hablar a su gusto.

—Ciertamente, señora Hansen.

—Si me reprocha por haberme lanzado imprudentemente en malos negocios, de haber comprometido la fortuna de mis hijos, tiene razón. Pero si me reprocha por haber obrado como lo he hecho, para librarme de un compromiso, es injusto conmigo. ¿Qué tiene que responder a esto?

—Nada.

—¿Acaso era de rehusar la oferta de Sandgoïst, que, después de todo, ha pagado quince mil marcos por la cesión de un billete, cuyo valor no se basa en nada? Se lo vuelvo a preguntar, ¿era necesario rehusar?

—Sí y no, señora Hansen.

—No es sí y no, señor Hog; es no. En la situación que conoce, si el porvenir no hubiese sido tan amenazador —por mi falta, convengo en ello—, hubiera comprendido la negativa de Hulda... ¡Sí!... Hubiera comprendido que no quisiera ceder por ningún precio el billete que había recibido de Ole Kamp. Pero cuando se trataba de ser arrojados dentro de algunos días de una casa donde mi marido ha muerto, en que mis hijos han nacido, no lo comprendo, y usted mismo, señor Hog, en mi lugar, habría hecho otro tanto.

—¡No, señora Hansen, no!

—¿Y qué hubiera hecho?

—Habría intentado todo, antes de sacrificar el billete que mi hija había recibido en semejantes circunstancias.

—¿Estas circunstancias lo hacen, pues, mejor?...

—Ni usted ni yo ni nadie lo sabemos.

—Lo sé, por el contrario, señor Hog. Este billete no es más que un papel que tiene novecientos noventa y nueve mil novecientos noventa y nueve probabilidades de perder, contra una de ganar. ¿Le atribuye, pues, más valor del que tiene porque haya sido encontrado en una botella recogida en el mar?

A esta pregunta tan precisa, Sylvius Hog no supo qué contestar. Así que volvió al aspecto sentimental del asunto, diciendo:

—La situación es la siguiente: Ole Kamp, en el momento del naufragio, ha legado a Hulda el único bien que le quedaba en el mundo. Le ha recomendado que se encuentre presente, con el billete, el día del sorteo, si por alguna dichosa casualidad llegaba a sus manos...; y ahora ese billete ya no está en manos de Hulda.

—Si Ole Kamp hubiese estado de vuelta —respondió la señora Hansen—, no habría vacilado en ceder su billete a Sandgoïst.

—Es posible —replicó Sylvius Hog—; pero sólo él tenía el derecho de cederlo. ¿Y qué le responderá, si no ha muerto, si no ha perecido en este naufragio... si volviese... mañana... hoy mismo?

—Ole no volverá —respondió la señora Hansen, con voz sorda—. ¡Ole ha muerto, señor Hog, y bien muerto!

—¿Y qué sabe usted señora Hansen? —gritó el profesor, con un acento de convicción verdaderamente extraordinario—. ¿Sabe que se han empezado indagaciones con el objeto de encontrar algún superviviente del naufragio? Pueden dar resultado, sí, aun antes de que tenga lugar el sorteo de esta lotería. No tiene, pues, derecho a creer que Ole Kamp ha muerto, hasta que tenga pruebas evidentes de que ha perecido en la catástrofe del *Viken*. Si ahora no hablo con esta seguridad a sus hijos, es porque no quiero darles una esperanza que puede traer muy dolorosas decepciones. Pero a usted, señora Hansen, le digo lo que pienso. ¡Y que Ole haya muerto, no! ¡No puedo creerlo! ¡No... no quiero creerlo!... ¡No, no lo creo!

La señora Hansen no podía luchar con el profesor en el terreno a que había sido llevada la discusión. Así es que guardaba silencio, y aquella noruega, algo supersticiosa en el fondo, bajaba la cabeza, como si Ole Kamp hubiese estado a punto de aparecer ante ella.

—De todos modos, señora Hansen —replicó Sylvius Hog—, antes de disponer del billete de Hulda, había una cosa muy sencilla que hacer, y que usted no ha hecho.

—¿Cuál es, señor Hog?

—Era necesario que se dirigiera primeramente a sus amigos, a los amigos de su familia. No se hubieran negado, indudablemente, a venir en su ayuda, bien sustituyendo a Sandgoist en su crédito, o bien adelantándole la suma necesaria para pagarlo.

—¡Yo no tengo amigos, señor Hog, a los que pueda pedir este servicio!

—Sí los tiene, señora Hansen, y conozco por lo menos a uno que lo hubiese hecho sin titubear, y como un acto de reconocimiento.

—¿Y quién es?

—Sylvius Hog, diputado del Storting.

La señora Hansen no pudo responder nada, y se contentó con inclinarse

turbada delante del profesor.

—Pero lo hecho, hecho está, desgraciadamente —añadió Sylvius Hog—. Le agradeceré mucho, señora Hansen, que no diga a sus hijos nada respecto de esta conversación, de la cual debemos no volvernos a ocupar.

Y los dos se separaron.

El profesor había vuelto a su vida habitual y comenzó sus paseos diarios. Durante algunas horas visitaba con Joël y Hulda las cercanías de Dal, pero sin alejarse mucho, con el fin de no fatigar a la joven. Cuando volvía a su habitación, se ocupaba de la correspondencia, que no dejaba de ser importante. Escribía carta sobre carta a Bergen y a Cristianía. Estimulaba el celo de todos los que concurrían a la buena obra de buscar el *Viken*. Su existencia se encontraba en este único pensamiento: ¡Encontrar a Ole, encontrar a Ole!

Hasta creyó deberse ausentar durante veinticuatro horas, por un motivo que sin duda debía relacionarse con aquel negocio que tanto interesaba a la familia Hansen. Pero guardó, como siempre, un secreto absoluto sobre lo que hacía o hacía hacer acerca de este asunto.

Entretanto, la salud de Hulda, tan duramente castigada, no se restablecía sino muy lentamente. La pobre joven no vivía más que del recuerdo de Ole, y la esperanza que mezclaba a veces a este recuerdo se debilitaba día a día. Y sin embargo, tenía entonces a su lado los dos seres a quienes más amaba en el mundo, y uno de ellos no cesaba de animarla. Pero ¿bastaba esto? ¿No sería necesario distraerla a todo trance? ¿Y cómo arrancarla de estos pensamientos, a los que consagraba toda su alma, estos pensamientos, que la unían como por una cadena al naufragio del *Viken*?

Así se llegó al 12 de julio.

Dentro de cuatro días debía llevarse a cabo el sorteo de las Escuelas de Cristianía.

La especulación intentada por Sandgoïst había llegado a conocimiento del público. Por sus cuidados, los periódicos habían anunciado que el «célebre y providencial billete», que llevaba el número 9672, había pasado a manos del señor Sandgoïst, de Drammen, y que este billete, puesto en

venta, pertenecería al que más ofreciese. Y si el señor Sandgoïst era el poseedor indudable del dicho billete, es porque lo había comprado muy caro a Hulda Hansen.

Se comprende que este anuncio no podía menos de rebajar singularmente a la joven en la estimación pública. ¡Qué! ¿Hulda, seducida por un alto precio, se había decidido a vender el billete del naufrago del *Viken*, el billete de su prometido Ole Kamp?

¡Había hecho dinero con este último y triste recuerdo!

Pero una nota, publicada muy a tiempo en el *Morgen-Blad*, puso a los lectores al corriente de lo que había pasado. Se supo de qué naturaleza había sido la intervención de Sandgoïst, y cómo el billete se encontraba en sus manos.

La reprobación pública cayó entonces sobre el usurero de Drammen, sobre aquel acreedor sin alma, que no había temido utilizar en su provecho las desgracias de la familia Hansen.

Y entonces ocurrió que, como por un acuerdo general, las ofertas que se habían hecho cuando Hulda poseía todavía el billete, no se renovaron con respecto al nuevo poseedor. Parecía que dicho billete no tenía ya el valor excesivo que se le atribuía desde que Sandgoïst lo había manchado con su contacto.

De modo que Sandgoïst había llevado a cabo un negocio muy malo, y corría el riesgo de quedarse con el famoso número 9672.

Huelga decir que ni Hulda ni el mismo Joël estaban al corriente de lo que se decía, felizmente. Les hubiera sido muy penoso verse mezclados en aquel enojoso asunto, que había tomado un carácter tan mercantil en manos del usurero.

El 12 de julio, hacia el mediodía, llegó una carta dirigida al profesor Sylvius Hog.

Aquella carta, enviada por la Marina, contenía otra, que estaba fechada en Christiansand, pequeño puerto situado a la entrada del golfo de Cristianía.

Sin duda no decía nada de nuevo a Sylvius Hog, porque la metió en su bolsillo, y no habló ni a Joël ni a su hermana.

Solamente, en el momento de retirarse a su habitación, dando las buenas noches, dijo:

—Lo saben, hijos míos; dentro de tres días se celebrará el sorteo. ¿Piensen asistir a él?

—¿Para qué, señor Sylvius? —respondió Hulda.

—Sin embargo —respondió el profesor—; Ole quería que su prometida asistiese, hizo expresa recomendación en las últimas líneas que le escribió, y creo que es necesario cumplir la última voluntad de Ole.

—Pero el billete no lo tiene ya Hulda —respondió Joël—; ¿y quién sabe a qué manos habrá ido a parar?

—No importa —respondió Sylvius Hog—. Quiero, pues, que los dos me acompañen a Cristianía.

—¿Lo quiere, señor Sylvius? —respondió la joven.

—No soy yo, querida Hulda; es Ole el que lo quiere, y es necesario obedecer a Ole.

—Hermana, el señor Sylvius tiene razón —respondió Joël—. ¡Sí! Es necesario. ¿Cuándo quiere partir, señor Sylvius?

—Mañana, al amanecer, ¡y que San Olaf nos proteja!

XVI

A la mañana siguiente, el kariol del contraamaestre Sengling conducía a Sylvius Hog y a Hulda, sentados a los dos lados de la pequeña caja pintada.

Ya se sabe que no había sitio para Joël: el intrépido muchacho iba a pie, cerca del caballo, que sacudía suavemente la cabeza.

Catorce kilómetros entre Dal y Meel no era cosa que embarazase a este vigoroso andarín.

El kariol seguía, pues, el hermoso valle del Vestfjorddal costeano la ribera izquierda del Maan, valle estrecho y sombrío, regado por mil cascadas saltadoras que caen de varias alturas. A cada vuelta del sinuoso camino se dejaba ver, y se volvía a perder de vista, la cima del Gousta, señalada por dos brillantes manchas de nieve.

El cielo era puro; el tiempo, magnífico. El aire, no muy vivo; el sol, no muy caluroso.

Observación singular: desde que Sylvius Hog había abandonado la casa de Dal, parecía que su figura se había serenado. Sin duda se esforzaba un poco, a fin de que este viaje sirviese, por lo menos, de distracción a los pesares de Hulda y de Joël.

No fue necesario menos de dos horas y media para llegar a Moel, en el extremo del lago Tinn, donde debía detenerse el kariol. No hubiera podido pasar más adelante, a menos de ser un carruaje flotante.

En aquel punto del valle comienza, en efecto, el camino de los lagos: allí se encuentra lo que se llama un *vandskyde*, es decir, un relevo de agua. Allí, en fin, esperan aquellas frágiles embarcaciones que hacen el servicio del Tinn, tanto en su longitud como en su latitud.

El kariol se detuvo cerca de la pequeña iglesia de la aldea, en la parte inferior de una cascada de más de quinientos pies de altura. Esta cascada,

visible solamente en una quinta parte de su curso, se pierde en alguna profunda sima de la montaña, antes de ser absorbida por el lago.

Dos barqueros se encontraban en la punta extrema de la ribera. Una barca de corteza de aliso, cuyo equilibrio, absolutamente inestable, no permite un movimiento de una borda a otra a los viajeros que transporta, estaba dispuesta a desatracar.

El lago aparecía entonces en toda su belleza matinal. El sol a su salida había disipado los vapores de la noche. No se hubiera podido desear día más hermoso de estío.

—¿Está muy fatigado, querido Joël? —preguntó el profesor, cuando hubo bajado del kariol.

—No, señor Sylvius. ¿Acaso no estoy acostumbrado a estos largos paseos a través del Telemark?

—Es verdad. Dígame, ¿sabe cuál es el camino más directo para ir a Cristianía?

—Perfectamente, señor Sylvius. Una vez llegados al extremo del lago, en Tinoset... A pesar de que no sé si encontraremos un kariol, por no haber enviado *forbuds* para prevenir de nuestra llegada a la posada, como se hace habitualmente en el país...

—Esté tranquilo, amigo mío —respondió el profesor—; he previsto el caso. Mi intención no es obligarle a hacer el camino a pie desde Dal hasta Cristianía.

—¡Si fuese necesario!... —dijo Joël.

—No lo será. Volvamos a nuestro itinerario, y dígame cual es el que va a seguir.

—Pues bien, una vez en Tinoset, señor Sylvius, bordearemos el lago Fol, pasando por Vik y Bolkesjó, a ganar Mose, y de allí a Kongsberg, Hangsund y Drammen. Si viajamos noche y día, no nos será imposible llegar mañana al mediodía a Cristianía.

—¡Muy bien, Joël! Veo que conoce el país, y he aquí, en verdad, un agradable itinerario.

—Es el más corto.

—Pues bien, Joël, me río del más corto, ¿me entiende? —replicó Sylvius Hog—. ¡Sé de otro que no alarga el viaje más que algunas horas! ¡Y ése lo conoce, amigo mío, por más que no hable de él!

—¿Cuál es?

—El que pasa por Bamble.

—¿Por Bamble?

—¡Sí, Bamble! ¡Hágase el ignorante! ¡Bamble, donde vive el granjero Helmboë y su hija Siegfrid!

—¡Señor Sylvius!...

—Ese es el que tomaremos, y, rodeando el lago Fol por el sur, en lugar de rodearlo por el norte, llegaremos al Kongsberg de la misma manera.

—¡Lo mismo, y aun mejor! —respondió Joël sonriendo.

—Gracias por mi hermano, señor Sylvius —dijo la joven.

—¡Y por usted también, Hulda, porque imagino que tendrá gusto de ver, al pasar, a su amiga Siegfrid!

La embarcación estaba dispuesta. Los tres tomaron asiento sobre un montón de verdes hojas, dispuestos a partir.

Los dos barqueros, remando y gobernando a la vez, se internaron en el lago.

A medida que se aleja de la ribera, el lago Tinn comienza a redondearse desde Haskenoës, pequeño *gaard* de dos o tres casas, construido sobre un promontorio de rocas, al que baña el estrecho fiordo en el cual se vierten apaciblemente las aguas del Maan. El lago se encuentra aún muy encajonado, pero poco a poco, el fondo de las montañas se retira, y no se puede dar cuenta de su altura sino en el momento en que pasa una embarcación por su base, sin parecer mayor que un ave acuática.

Aquí y allá se elevan una docena de islas o islotes, áridos o verdes, con

algunas cabañas de pescadores. En la superficie del lago floran troncos de árboles no escuadrados y multitud de trenes de madera procedentes de las vecinas serrerías.

Lo que hizo decir, chanceándose, a Sylvius Hog, por más que no tuviera ganas de bromear:

—¡Si, según nuestros poetas escandinavos, los lagos son los ojos de Noruega, hay que convenir en que Noruega tiene más de una viga en el ojo, como dice la Biblia!

Hacia las cuatro la embarcación llegaba a Tinoset, simple aldea de las menos confortables. Poco importaba, por otra parte. La intención de Sylvius Hog no era detenerse ni siquiera una hora.

Según había dicho a Joël, un vehículo les aguardaba en la ribera. En previsión de este viaje, decidido hacía tiempo en su interior, había escrito al señor Benett, de Cristianía, para que le asegurase los medios de viajar más cómodos y sin retraso.

Por eso el día prefijado se encontraba en Tinoset una vieja carretela con un arca bien provista de comestibles; de modo que este transporte, garantizado para todo el camino, y el alimento igualmente asegurado, les libraba de recurrir a los huevos medio hueros, a la leche cuajada y al pisto de leche y azúcar de los *gaards* del Telemark.

Tinoset está situado casi al extremo del lago Tinn. Allí, por una preciosa cascada, el Maan se precipita en el valle inferior, donde encuentra su curso regular.

Los caballos, traídos del relevo, estaban ya enganchados, y el coche tomó inmediatamente la dirección de Bamble.

En aquella época era la única manera de recorrer Noruega en general y el Telemark en particular. Y tal vez los ferrocarriles harán echar de menos a los turistas el kariol nacional y las carretelas de Benett.

Huelga decir que Joël conocía perfectamente aquella porción de la bailía, que tantas veces había atravesado entre Dal y Bamble.

Eran las ocho de la noche, cuando Sylvius Hog, el hermano y la hermana llegaron a aquella pequeña localidad.

No les esperaban: no por eso el granjero Helmboë dejó de dispensarles la mejor acogida. Siegfrid abrazó cariñosamente a su amiga, a quien encontró muy pálida a causa de tantos dolores. Durante algunos instantes, las dos jóvenes se quedaron solas, cambiando sus penas.

—Te ruego, querida Hulda —dijo Siegfrid—, que no te dejes abatir por la pena. Yo no he perdido la confianza. ¿Por qué renunciar a toda esperanza de volver a ver a nuestro pobre Ole? Hemos visto por los periódicos que se ocupaban de buscar el *Viken*. Las investigaciones darán buen resultado... Mira. ¡Estoy segura de que el señor Sylvius espera todavía!... ¡Hulda..., querida mía..., te lo suplico..., no desesperes!

Hulda, por toda respuesta, no hacía más que llorar, y Siegfrid la consolaba y estrechaba contra su corazón.

¡Ah! ¡Qué alegría hubiese reinado en la casa del granjero Helmboë, en medio de aquellas honradas gentes, sencillas y buenas, si todos hubiesen tenido el derecho de ser felices!

—¿Conque van directamente a Cristianía? —preguntó el granjero a Sylvius Hog.

—Sí, señor Helmboë.

—¿Para asistir al sorteo?

—Sin duda.

—¿Y para qué, puesto que el billete de Ole Kamp está ahora en manos del miserable Sandgoïst?

—Ésa es la voluntad de Ole —respondió el profesor—, y es necesario respetarla.

—¡Se dice que el usurero de Drammen no ha podido encontrar quien adquiriese billete que tan caro le costó!

—Así se dice, en efecto, señor Helmboë.

—Me alegro: se encuentra lo que merece ese villano, ese bribón, señor Hog; ¡sí!... ¡ese bribón!... Bien merecido lo tiene.

Naturalmente, hubo que cenar en la granja. Ni Siegfrid ni su padre habrían dejado partir a sus amigos antes de que hubiesen aceptado esta invitación. Pero importaba no retardarse, si se quería ganar durante la noche las horas perdidas por la detención en Bamble.

Hacia las nueve, los caballos del relevo fueron traídos por uno de los mozos del *gaard*, que se ocupaba en engancharlos.

—¡En mi próxima visita, querido señor Helmboë —dijo Sylvius Hog al granjero—, me quedaré seis horas a la mesa, si lo exige! ¡Pero hoy le pediré el permiso de reemplazar los postres por un buen apretón de manos que me dará, y por un beso que su encantadora Siegfrid dará a mi pequeña Hulda!

Hecho esto se pusieron en camino.

Bajo aquella elevada latitud, el crepúsculo debía prolongarse aún durante algunas horas. El horizonte continuó siendo bastante visible después de la postura del sol, tan pura era la atmósfera.

El camino que conduce de Bamble a Kongsberg, pasando por Hitterdal y la parte sur del lago Fol, es bastante accidentado. De este modo atraviesa toda la porción del Telemark, comunicando entre sí los pueblos, aldeas y *gaards* de los alrededores.

Una hora después de la partida, Sylvius Hog, sin detenerse, pudo percibir la iglesia de Hitterdal, antiguo edificio muy curioso, cubierto de pináculos que se elevan los unos sobre los otros, sin cuidarse de la regularidad de las líneas. El conjunto es de madera, desde los muros, formados por maderos unidos y tablas sobrepuestas, hasta el extremo del campanario. Este amontonamiento de garitas es, según parece, un monumento venerable y venerado de la arquitectura escandinava del siglo XIII.

La noche vino poco a poco, una de esas noches impregnadas aún de las últimas claridades del día que, hacia la una de la mañana, van a fundirse en las vagas luces del alba que aparece.

Joël, sentado en la delantera, estaba absorto en sus reflexiones.

Hulda permanecía pensativa en el fondo del carruaje.

Sylvius Hog cambió algunas palabras con el postillón, recomendándole que acelerase el paso de sus caballos, y desde entonces sólo se oyó el ruido de los cascabeles del tiro, el chasquido del látigo y el rechinar de las ruedas del coche sobre un suelo quebrado.

Marcharon toda la noche sin detenerse. No fue necesario, por tanto, hacer parada en Listhüs, incómoda estación, perdida en medio de un circo de montañas cubiertas de pinos, que circunscribe un segundo perímetro de colinas áridas y salvajes.

Pasaron a Tiness, pequeño *gaard* pintoresco, algunas de cuyas casas están construidas sobre pilotes de piedra.

La carretela rodaba rápidamente, acompañándola en su marcha el ruido de sus herrajes, la crepitación de sus aflojados pernos y sus distendidos muelles. No hubo que dirigir el menor reproche al viejo conductor, que dormía a medias, agitando las riendas de cuando en cuando. Maquinalmente, aunque sin intención, sacudía algunos latigazos; pero éstos iban siempre a parar al caballo de la izquierda. Esta preferencia se debía a que, si bien el caballo de la derecha le pertenecía, el otro era de propiedad de un vecino suyo del *gaard*.

A las cinco de la mañana, Sylvius Hog se despertó, estiró los brazos, y pudo respirar con delicia el penetrante perfume de los pinos que embalsamaba la atmósfera.

Estaban en Kongsberg. El carruaje atravesó el puente tendido sobre el Laagen, y fue a detenerse al lado opuesto, después de haber pasado ruidosamente cerca de la iglesia, no lejos de la cascada de Larbro.

—Amigos míos —dijo Sylvius Hog—, si les parece, no haremos más que mudar de tiro aquí. Es aún demasiado temprano para desayunar. Vale más, en mi opinión, no hacer más que una parada formal en Drammen. Allí haremos una buena comida, a fin de economizar los comestibles de Benett.

Convenido esto, el profesor y Joël se contentaron con tomar un vasito de aguardiente en el Hotel de las Minas. Un cuarto de hora después, habiendo llegado los caballos, volvieron a ponerse en camino.

Al salir de la ciudad, el carruaje tuvo que subir una rampa muy escarpada, atrevidamente cortada en el flanco de la montaña. Un instante después,

los altos pilónos de las minas de plata de Kongsberg se recortaron en silueta sobre el cielo. Después, todo aquel horizonte desapareció tras una cortina de inmensos bosques de pinos, oscuros y frescos como cuevas, en los cuales no penetraban la luz ni el calor del sol.

La villa de madera de Hangsund proveyó de un nuevo tiro a la carretela. Volvieron a encontrarse anchos caminos, a menudo cerrados por barreras giratorias, que fue preciso hacerse abrir, mediante la suma de cinco o seis skillings.

Región fértil, donde abundaban los árboles, que se asemejaban a sauces llorones con sus ramas doblándose bajo el peso de los frutos. Al acercarse a Drammen, el valle volvió a tornarse de nuevo montañoso.

Al mediodía, la villa, sentada sobre uno de los brazos del fiordo de Cristianía, mostró sus dos interminables calles, flanqueadas de pintadas casas, y su puerto, siempre muy animado, donde las maderadas apenas dejan espacio a los buques de todas clases que vienen a cargar los productos del Norte.

El coche se detuvo ante el Hotel de Escandinavia. El propietario, importante personaje, de barba blanca, de aire doctoral, apareció a la puerta de su establecimiento.

Con la finura de percepción que distingue a los posaderos de todos los países del mundo; dijo:

—No me sorprendería, ciertamente, que estos caballeros y esta señorita quisieran desayunar.

—En efecto, no le sorprenda —respondió Sylvius Hog—, y haga que nos sirvan lo antes posible.

—Al instante.

Al poco rato estuvo dispuesto un almuerzo en realidad muy aceptable. Hubo, sobre todo, un cierto pescado del fiordo, trufado con una hierba perfumada, del que el doctor comió con evidente placer.

A la una y media, el carruaje, con caballos de fresco, se paraba ante el Hotel de Escandinavia, y volvieron a ponerse en camino, subiendo al trote corto la calle Mayor de Drammen.

Al pasar junto a una casa baja, de aspecto poco atractivo, que contrastaba con el color alegre de las casas vecinas, Joël no pudo retener un movimiento de repulsión.

—¡Sandgoïst! —exclamó.

—¡Ah! ¿Es ése el señor Sandgoïst? —dijo Sylvius Hog—. La verdad es que no tiene muy buena cara.

Era Sandgoïst, fumando junto a su puerta. ¿Reconoció a Joël sentado en la delantera? No se sabe, porque el cochero pasó rápidamente entre las pilas de maderos y montones de tablas. Al otro lado de un camino adornado con serbales cargados de sus frutos de coral, el tiro se lanzó a través de un espeso bosque de pinos, que rodea el Valle del paraíso, magnífica depresión del suelo, con sus lejanos bancos que se extienden hasta los últimos límites del horizonte.

Centenares de colinas aparecieron entonces, coronadas la mayor parte por una villa o un *gaard*. Después, al acercarse la noche, cuando el carruaje comenzó a descender hacia el mar, bordeando anchas praderas, las granjas mostraron sus casas de un rojo vivo, que se destacaba con dureza sobre la verdinegra cortina de los árboles.

Por fin, los viajeros alcanzaron el fiordo mismo de Cristianía, con su cuadro de pintorescas colinas, sus innumerables caletas, sus puerrecitos en miniatura, y sus *pies* de madera, adonde vienen a atracar las embarcaciones de la bahía y los vapores ómnibus.

A las nueve de la noche, aún muy de día en aquella latitud, la vieja carretela entraba en la ciudad, no sin estrépito, siguiendo las calles ya desiertas.

Según la orden dada por Sylvius Hog, fue a detenerse ante el Hotel Victoria. Allí bajaron Hulda y Joël, para ocupar sus habitaciones, reservadas de antemano.

Después de una afectuosa despedida, el profesor se dirigió a su vieja

casa, donde su vieja criada, Kate, y su viejo servidor, Fink, le aguardaban con no menos vieja impaciencia.

XVII

Cristianía, gran ciudad para Noruega, no sería más que una pequeña villa en Inglaterra o en Francia. Sin los frecuentes incendios que en ella han ocurrido, se mostraría aún tal como fue construida en el siglo XI. En realidad, sólo data del año 1624, época en que la reconstruyó el rey Christian.

De Opsoló, que entonces se llamaba, se convirtió en Cristianía, nombre derivado del de su real arquitecto. Es, pues, una villa regular, de anchas calles frías y rectas, trazadas a tiralíneas, con casas de piedras blancas o ladrillos rojos.

En medio de un hermoso jardín se eleva el palacio real, el Orscarslot, vasta construcción cuadrangular, sin estilo definido, por más que se aproximase al jónico. Aquí y allá aparecen algunas iglesias, en las cuales las bellezas del arte no son para distraer la atención de los fieles. Hay, en fin, varios edificios civiles y establecimientos públicos, sin contar un gran bazar, dispuesto en rotonda, donde van a almacenarse los productos extranjeros e indígenas.

Nada curioso en todo este conjunto. Pero lo que hay que admirar sin reserva es la posición de la ciudad, en medio de aquel circo de montañas de aspecto tan variado, que la envuelven en un marco soberbio. Casi plana en sus barrios ricos y nuevos, no se levanta sino para formar una especie de *kasbah*, cubierta de casas irregulares, en que vegeta una población poco acomodada, humildes chozas de madera, barracas de ladrillo, cuyos tonos chillones más bien ofenden que encantan la vista.

No hay que figurarse que la palabra *kasbah*, reservada a las ciudades africanas, no esté muy en su lugar en una ciudad del norte de Europa. ¿No tiene Cristianía en la vecindad del puerto los barrios de Túnez, de Marruecos y de Argel? Y si no se encuentran tunecinos, marroquíes y argelinos, su población flotante no vale mucho más.

En suma: como toda ciudad cuyos pies se bañan en el mar y que levanta

su cabeza al nivel de verdes colinas, Cristianía es en extremo pintoresca.

No hay injusticia en comparar su fiordo con la bahía de Nápoles. Como las playas de Sorrento o de Castellammare, sus orillas están cubiertas de villas y chalets semiperdidos entre el verdor casi negro de los pinos, en medio de aquellos ligeros vapores que le dan aquel *flou* especial a las regiones hiperbóreas.

Sylvius Hog estaba por fin de vuelta en Cristianía. Verdad es que su regreso tenía lugar en condiciones que jamás hubiera podido prever, en medio de un viaje interrumpido. Pero nada había perdido; volvería a emprenderlo otro año.

En aquel momento sólo se trataba de Joël y de Hulda Hansen. Si no les había hecho albergarse en su casa era porque hubiera tenido necesidad de dos habitaciones para recibirlos. Seguramente el viejo Fink y la vieja Kate les habrían dispensado una buena acogida. Pero no habían tenido tiempo para prepararse. Así es que el profesor los había llevado al Hotel Victoria, y los recomendó al dueño muy particularmente. Ahora bien, una recomendación de Sylvius Hog, diputado del Storting, era cosa de tenerse en cuenta. Pero, a pesar de que el profesor pedía para sus protegidos las atenciones que se hubiesen tenido para con él mismo, se guardó muy bien de dar a conocer sus nombres.

Le parecía muy conveniente guardar, por el momento, el más riguroso incógnito con respecto a Joël y, sobre todo, a Hulda Hansen. Ya se sabe lo mucho que de ella se había ocupado todo el mundo, y presentarla de repente ante la curiosidad pública hubiera sido una molestia para ella. Valía más no decir nada de su llegada a Cristianía.

Habíase convenido en que al día siguiente Sylvius Hog no pasaría a ver a los dos hermanos hasta la hora del almuerzo, es decir, entre once y doce de la mañana.

El profesor tenía, en efecto, algunos asuntos que atender, asuntos que debían ocuparle toda la mañana, y, hasta haberlos terminado, no iría a reunirse con Joël y Hulda.

Desde aquel momento no volvería a separarse de ellos, permaneciendo a su lado hasta que se procediese al sorteo de la lotería, acto que debía celebrarse a las tres.

Joël, en cuanto se levantó, fue a buscar a su hermana.

Hulda, vestida ya, le aguardaba en su habitación.

Con el fin de distraerla un poco de sus pensamientos, que en aquel día debían de ser aún más dolorosos, Joël le propuso pasearse hasta la hora de almorzar.

Hulda, por no desairar a su hermano, aceptó el ofrecimiento que le hacía, y se dirigieron a la ventura a través de la ciudad.

Era domingo. Al contrario de lo que se hace en las ciudades del norte durante los días festivos, en que el número de paseantes es muy restringido, había una gran animación en las calles. No solamente la gente no había abandonado ciudad por el campo, sino que se veía a los campesinos de las cercanías afluir en masa hacia la ciudad.

El ferrocarril del lago Miósen, que sirve los alrededores de la capital, tuvo que organizar trenes especiales. ¡Tantos eran los curiosos, y sobre todo interesados, que atraía aquella popular lotería de las escuelas de Cristianía!

Veíase, pues, mucha gente por las calles, familias completas, hasta pueblos enteros, llegados con la esperanza secreta de no haber hecho un viaje inútil. ¡Júzguese! El millón de billetes había sido vendido, y aun cuando sólo hubiesen de ganar un simple premio de cien o doscientos marcos, ¡cuántas honradas gentes volverían a entrar contentos de la suerte en sus humildes *soeters* o en sus modestos *gaards*!

Joël y Hulda, al abandonar el Hotel Victoria, bajaron desde luego hasta los muelles que rodean el este de la bahía. En aquel punto la afluencia era un poco menor, a no ser en los ventorrillos, donde la cerveza y el aguardiente corrían sin cesar, refrescando los gatzates en estado de sed permanente.

Mientras los dos hermanos se paseaban entre los almacenes, las filas de barricas y los montones de toda procedencia, los barcos atracados a la orilla o anclados al largo, atraían más especialmente su atención. ¿No había entre ellos algunos pertenecientes a la matrícula de Bergen, adonde el *Viken* no debía ya volver?

—¡Pobre Ole! —murmuraba Hulda.

Joël quiso llevarla lejos de la bahía, subiendo hacia los barrios de la ciudad alta.

Allí, en las calles, en las plazas, en medio de los grupos, oyeron muchas conversaciones relacionadas con ellos.

—Sí —decía uno—, ¡han llegado hasta ofrecer diez mil marcos por el número 9672!

—¿Diez mil? —respondía otro—. ¡Yo he oído hablar de veinte mil, y aún más!

—¡El señor Vanderbilt, de Nueva York, ha llegado hasta treinta mil!

—Los señores Baring, de Londres, a cuarenta mil.

—¡Y los señores Rothschild, de París, a sesenta mil!

Ya sabemos lo que había que creer de aquellas exageraciones del vulgo. A continuar aquella escala ascendente, los precios ofrecidos hubieran concluido por ser mayores que el importe del premio mayor.

Pero si los noticieros no estaban de acuerdo sobre la cifra de las proposiciones hechas a Hulda Hansen, la muchedumbre se extendía a maravilla para calificar las maquinaciones del usurero de Drammen.

—¡Qué condenado bribón es el tal Sandgoïst: no ha tenido piedad con aquellas desgraciadas gentes!

—¡Oh! Bien conocido es en el Telemark: no es ésta su primera bribonada.

—Dicen que no ha podido revender el billete de Ole Kamp, después de haber pagado por él un buen precio.

—¡No, nadie lo ha querido!

—¡No es de extrañar! En manos de Hulda Hansen el billete era bueno.

—Evidentemente; mientras que en las de Sandgoïst ya no vale nada.

—Me alegro. Tendrá que quedarse con él, y ojalá pierda los quince mil marcos que le ha costado.

—Pero... ¿y si el muy tunante llega a ganar el premio mayor?...

—¡Él! ¿Qué ha de ganar?

—Sería una injusticia de la suerte. De todos modos, que se guarde de venir al sorteo...

—Sí, porque podría jugársele alguna mala pasada.

Tales eran las opiniones emitidas con respecto a Sandgoist.

Sabemos, por otra parte, que, por prudencia o por cualquier otro motivo, no tenía la intención de asistir al sorteo, puesto que la víspera estaba todavía en su casa de Drammen.

Hulda, sumamente conmovida, y Joël, que sentía estremecerse sobre el suyo el brazo de su hermana, pasaban deprisa, tratando de no oír más, como si temiesen ser aclamados por todos aquellos amigos ignorados con que contaban entre la multitud.

Habían esperado encontrar a Sylvius Hog en su paseo por la ciudad; pero no sucedió así. Algunas palabras, sorprendidas en las conversaciones, les dieron a entender que la vuelta del profesor de Cristianía era ya conocida del público. Desde por la mañana se le había visto marchar con un aire muy atareado, como hombre que no tiene tiempo de preguntar ni de responder, dirigiéndose, ya hacia el puerto, ya hacia las oficinas de la Marina.

Joël hubiera podido preguntar al primer transeúnte dónde vivía el profesor Sylvius Hog, con la seguridad de que se habría apresurado a indicarle su dirección y hasta a llevarle a su casa; pero no lo hizo, por temor de ser indiscreto, y puesto que la cita se había dado para el hotel, lo mejor era dirigirse allí para encontrarle.

Esto es lo que Hulda rogó a Joël que hiciese hacia las diez y media. Se sentía muy fatigada, y todas aquellas conversaciones, a las cuales se hallaba mezclado su nombre, le hacían bastante daño.

Volvió, pues, a entrar en el Hotel Victoria, y subió a su habitación para aguardar la llegada de Sylvius Hog.

En cuanto a Joël, se quedó en la planta baja del hotel, en el salón de lectura. Allí, maquinalmente, ocupó su tiempo en hojear los periódicos de Cristianía.

De repente su rostro palideció, turbóse su mirada, y el periódico que leía se escapó de sus manos...

En un número del *Morgen Blad*, en las noticias de inar, acababa de leer el despacho siguiente, fechado en Terranova:

«El aviso *Telégrafo*, llegado al presunto lugar del naufragio del *Viken*, no ha encontrado vestigio alguno. Sus investigaciones en la costa de Groenlandia no han tenido tampoco éxito. Debe, pues, considerarse desgraciadamente como cierto que no queda ningún superviviente de la tripulación del *Viken*».

XVIII

—¡Buenos días, señor Benett! Crea que tengo un placer siempre que encuentro ocasión de estrechar su mano.

—Y yo un verdadero honor, señor Hog.

—Honor, placer; placer, honor —respondió alegremente el excelente profesor—: lo uno bien vale lo otro.

—Veo que su viaje por la Noruega central ha terminado felizmente.

—Terminado, no; pero sí concluido, al menos por este año, señor Benett.

—Entonces, hable, si no tiene inconveniente, de aquellas bravas gentes, a las que ha conocido en Dal.

—Bravas gentes, en efecto, señor Benett ¡bravas gentes, y gentes bravas! ¡1.a palabra les conviene en los dos sentidos!

—¡Después de lo que nos han dicho los periódicos, preciso es convenir en que son bien dignos de compasión!

—¡Tiene razón, señor Benett! Nunca he visto a la desgracia perseguir con tal obstinación a unos pobres seres.

—En efecto, señor Hog. Después del asunto desgraciadísimo del *Viken*, el del abominable Sandgoist.

—Es verdad, señor Benett.

—En resumen, señor Hog: Hulda Hansen ha hecho bien en entregar el billete a cambio del recibo.

—¿Lo cree así?... ¿Y por qué?

—Porque tocar quince mil marcos, contra la casi certidumbre de no tocar

nada...

—¡Ah, señor Benett! —replicó Sylvius Hog—. Como buen comerciante, habla usted como hombre práctico. ¡Pero si se mira desde otro punto de vista, todo esto se convierte en un asunto de sentimiento, y el sentimiento, como comprenderá, no se cotiza!

—Evidentemente, señor Hog; pero permítame que se lo diga: es más que probable que su protegida se hubiera quedado sólo con su sentimiento.

—¿Qué sabe usted?

—¡Pero veamos! ¿Qué representaba aquel billete? ¡Una sola probabilidad de ganar contra un millón!...

—¡En efecto, amigo mío; una probabilidad conrea un millón! ¡Bien poco es, señor Benett, bien poco!

—Así es que después del entusiasmo de los primeros días, se operó la reacción, y, según dicen, Sandgoist, que sólo había adquirido el billete para especular con él, no ha podido encontrar comprador.

—Así parece, señor Bonert.

—Y sin embargo, si ese maldito usurero llegase a ganar el premio mayor... ¡Eso sería un escándalo!

—¡Un escándalo, seguramente, señor Benett; la palabra no me parece demasiado fuerte; un escándalo!

Hablando así, Sylvius Hog se paseaba a través de los almacenes, puede decirse a través del bazar del señor Benett, tan conocido en Cristianía y en toda Noruega. En efecto: ¿qué es lo que no se encuentra en aquel bazar? Coches de viaje, kariols por docenas, cajas de comestibles, cestos de vinos, tarros de conservas, ropas y utensilios de turistas, hasta guías para conducir a los viajeros hasta las más recónditas aldeas del Finmark, hasta Laponia, hasta el Polo Norte. ¡Y no es esto todo! ¿No ofrece el señor Benett a los aficionados a la historia natural las diversas muestras de piedras y metales del suelo? ¿Los ejemplares más variados de aves, insectos y reptiles de la fauna noruega? ¿Y, lo que conviene saber, dónde se encontraría un surtido de alhajas y dijes del país más completo y más notable que en sus escaparates?

Así es que este caballero es la providencia de los turistas deseosos de visitar la región escandinava. Es el hombre universal, sin el cual no podría pasarse Cristianía.

—Y a propósito, señor Hog —dijo—: ¿ha encontrado en Tinoset el carruaje que me había pedido?

—Al pedírselo, señor Benett, estaba seguro de encontrarlo a la hora convenida.

—Gracias, señor Hog; pero, según su carta, debían ser tres personas.

—Tres, en efecto.

—¿Y esas personas?...

—Llegaron ayer noche con buena salud, y me esperan en el Hotel Victoria, adonde voy a reunirme con ellas.

—¿Acaso son?...

—Precisamente, señor Benett, son... Pero le ruego que no diga una palabra. Tengo interés en que aún no se divulgue su llegada.

—¡Pobre joven!

—Sí..., ¡ha sufrido mucho!

—¿Y ha querido que asista al sorteo de lotería, por más que no posea ya el billete que le había legado su prometido?

—No soy yo quien lo ha querido, señor Benett. Es Ole Kamp, y a usted, como a todo el mundo, no me cansaré de repetir: ¡es preciso cumplir la última voluntad de Ole!

—Evidentemente: lo que usted hace está siempre bien hecho, querido señor Hog.

—¿Cumplimientos, querido señor Benett?

—No; pero hay que convenir en que ha sido una suerte para la familia Plansen el haberle encontrado en su camino.

—Mayor ha sido la mía al haberla encontrado en el mío.

—Veo que sigue conservando su buen corazón.

—Señor Benett, puesto que hay necesidad de tener un corazón, vale más que éste sea bueno, ¿no es así?

¡Y con qué excelente sonrisa acompañó Sylvius Hog esta respuesta al digno comerciante!

—Y ahora, señor Benett —añadió, sonriendo con dulzura—, no crea que he venido a su casa a buscar felicitaciones, no. Otro motivo es el que me trae.

—Estoy a sus órdenes.

—Ya sabrá que, sin la intervención de Joël y de Hulda Hansen, si el Rjukanfos hubiese tenido a bien devolverme, no me hubiera devuelto sino en estado de cadáver, y, por consiguiente, no tendría hoy el placer de verle...

—¡Sí!... ¡sí!... ¡Ya sé! —respondió el señor Benett—. ¡Los periódicos contaron su aventura! ¡Y en verdad, esos valerosos jóvenes merecían ganar el premio mayor!

—Ésa es mi opinión —respondió Sylvius Hog—. Pero, puesto que eso es ahora imposible, no quisiera que mi pequeña Hulda volviese a Dal sin algún regalillo... un recuerdo...

—¡Eso es lo que se llama una buena idea, señor Hog!

—Va, pues, a ayudarme a escoger, entre todas sus riquezas, algo que pueda agradar a una joven.

—Con mucho gusto, señor Hog —respondió Benett.

Rogó al profesor que pasase al almacén reservado a la joyería indígena. Una joya noruega, ¿no es el más hermoso recuerdo que cualquiera puede llevarse de Cristianía y del maravilloso bazar del señor Benett?

Esa fue también la opinión de Sylvius Hog, al cual el complaciente

comerciante se apresuró a abrir todos los escaparates.

—Veamos —dijo—: no soy muy entendido, y me atengo a su gusto, señor Benett.

—Ya nos entenderemos, señor Hog —repuso el comerciante.

Había allí todo un surtido de esas joyas suecas y noruegas, de fabricación muy compleja, y que son generalmente más preciosas por el trabajo que por la materia.

—¿Qué es esto? —preguntó el profesor, señalando un objeto que le había llamado la atención.

—Es una sortija de dublé, con colgantes movibles, cuyo sonido es muy agradable —respondió el señor Benett.

—¡Muy bonita! —respondió Sylvius Hog, probándosela en el extremo del dedo meñique—. ¡Ponga aparte esta sortija, señor Benett, y veamos otra cosa!

—¿Pulseras o collares?

—Un poco de todo, si lo permite; un poco de todo. ¡Ah! ¿Y esto?...

—Son rónделas que se llevan pareadas en el corpiño. Vea el efecto del cobre sobre este fondo de lana roja plegada. Es de muy buen gusto, sin alcanzar por eso un alto precio.

—Hermoso, en efecto, señor Benett. Ponga también aparte este adorno.

—Solamente le haré observar, señor Hog, que estas rónделas están absolutamente reservadas al tocado de las recién casadas... el día de la boda... y que...

—¡Por San Olaf! ¡Tiene razón, señor Benett, mucha razón! ¡Pobre fluida! ¡Desgraciadamente, no es Ole quien le hace este regalo; soy yo, y no es a una desposada a quien le voy a ofrecer!...

—¡En efecto, señor Hog!

—Veamos pues, otros objetos que sean del uso de una soltera.

—¡Ah! ¿Esta cruz, señor Benett?

—Es una cruz colgante —dijo—, con discos cóncavos que resuenan a cada movimiento del cuello.

—¡Muy bonita!... ¡Muy bonita!... Sepárela también, señor Benett. Después de que haya registrado todos sus escaparates, haremos nuestra elección...

—Sí, pero...

—¿Todavía un pero?

—Esta cruz es la que llevan las desposadas cuando se dirigen a la iglesia...

—¡Diablo, señor Benett!... ¡Preciso es confesar que no tengo buena mano!

—Eso se debe, señor Hog, a que tengo mayor surtido de joyas para casadas, por ser de lo que más vendo. No debe admirarle.

—Eso no me admira de ningún modo, señor Benett; ¡pero la verdad es que no deja de embarazarme!

—Pues bien: tome el anillo de oro que ha hecho apartar.

—Sí... ese anillo de oro... Hubiera querido, sin embargo —añadió Sylvius Hog—, tomar además algún otro objeto más... ¿cómo diré yo?... más decorativo.

—¡Entonces, no vacile! Tome esta placa de plata afiligranada, cuyas cuatro hileras de cadenitas hacen tan buen efecto en el cuello de una joven. Mire, está sembrada de cuentecitas de cristal fino y adornada de mazorcas de latón en forma de bobinas, con perlas de color en forma de pera. Es uno de los productos más curiosos de la joyería noruega.

—¡Sí!... ¡Sí!... —respondió Sylvius Hog—. ¡Un bonito regalo, pero un poco pretencioso tal vez para mi pobre Hulda! ¡Casi prefiero las rónделas que me ha enseñado antes, y la cruz colgante! ¿Son de tal modo especiales al tocado de boda, que no pueda hacerse con ellas un regalo a una doncella?

—Señor Hog —respondió el señor Benett—, el Storthing, como bien sabe,

no ha legislado aún sobre ese punto tan interesante... Esto es, sin duda, una laguna que...

—¡Bueno, bueno, señor Benett, ya arreglaremos eso! ¡Entretanto, me quedo con la cruz y las rónделas!... Después de todo, Hulda puede casarse algún día... ¡Buena y hermosa como es, no le ha de faltar seguramente ocasión de utilizar estos adornos!... ¡Es cosa decidida, los compro, y me los llevo!

—Bien, señor Hog.

—¿Tendremos el gusto de verle en el sorteo, señor Benett?

—Ciertamente.

—Creo que ha de ser cosa interesante. ¿Qué le parece?

—Estoy seguro.

—Entonces, hasta luego, señor Benett.

—Hasta luego, señor Hog.

—¡Calla! —dijo el profesor, indinándose sobre uno de los escaparates—. ¡He aquí dos bonitos anillos que no había visto antes!

—¡Oh! Esos no pueden convenirle, señor Hog. Son los anillos grabados que el pastor coloca en el dedo de los desposados durante la ceremonia...

—¿De veras?... ¡Bah! ¡A pesar de eso, me los llevo! Conque hasta luego, señor Benett, hasta luego.

Sylvius Hog salió, pues, con paso ligero, con paso de veinte años, se dirigió hacia el Hotel Victoria.

Llegado al vestíbulo, percibió desde luego las palabras *flat lux*, que están escritas como leyenda sobre la lámpara de gas.

—¡Hola! —se dijo—, ¡he aquí un latín de circunstancias! ¡Sí! *flat lux... flat lux*.

Hulda estaba en su habitación. Sentada cerca de la ventana, esperaba.

El profesor llamo a la puerta, que se abrió enseguida.

—¡Ah. señor Sylvius! —exclamó la joven, levantándose.

—¡Heme aquí! ¡Heme aquí! Pero no se trata del señor Sylvius, mi querida Hulda: se trata del almuerzo, que está ya servido. Tengo un hambre de lobo. ¿Dónde esta Joël?

—En el salón de lectura.

—¡Bueno!... ¡Voy allá!, usted querida niña, baje enseguida a buscarnos.

Sylvius Hog salió de la habitación de Hulda, y fue a reunirse con Joël que le esperaba también desesperado.

El pobre muchacho le mostró el número del *Morgen-Blad*.

El despacho del comandante del *Telégrafo* no dejaba ninguna duda sobre la pérdida total del *Viken*.

—¿Hulda lo ha leído?... —preguntó vivamente el profesor.

—¡No, señor Sylvius —contestó Joël—, no! ¡Vale más ocultarle lo que no tardará mucho en conocer!

—Ha hecho bien, hijo mío... Vamos a almorzar.

Un instante después, los tres estaban sentados ante una mesa particular. Sylvius Hog comía con gran apetito. El almuerzo era excelente, y tenía toda la importancia de una comida.

¡Júzguese! Sopa fría a la cerveza, con rajas de limón, pedazos de canela espolvoreada con pan bazo rallado; salmón en salsa blanca azucarada, ternera cocida, *roatsheef* vertiendo sangre con una ensalada no aderezada, sino cubierta de especias; dulce de patata, frambuesas, cerezas y avellanas, todo esto remojado con viejo Saint-Julien de Francia.

—¡Excelente!... ¡Excelente! —repetía Sylvius Hog—. ¡Cualquiera se creería en Dal, en la posada de la señora Hansen!...

Y a falta de palabras, por tener la boca demasiado ocupada, sus ojos expresaban su completa satisfacción, sonriendo cuanto los ojos pueden

sonreír.

Por más que Joël y Hulda hubiesen querido elevarse a este diapasón, no hubieran podido lograrlo. La pobre joven apenas si tocó su parte de comida.

Cuando se terminó el almuerzo:

—Hijos míos —dijo Sylvius Hog—; evidentemente han hecho mal en no hacer honor a esta agradable cocina. Pero, en fin, yo no podía forzarlos. Después de todo, si han almorzado mal, con eso comerán mejor. Creo que esta noche me será difícil hacerles frente. Ahora ha llegado el momento de levantarnos de la mesa.

El profesor estaba ya en pie, y tomaba el sombrero que le presentaba Joël, cuando Hulda, deteniéndole, le dijo:

—Señor Sylvius: ¿continúa teniendo empeño en que le acompañe?

—¿Para asistir al sorteo de la lotería?... Ciertamente que lo tengo; y grande, mi querida hija.

—¡Será tan penoso para mí!...

—¡Muy penoso, convengo en ello! Pero Ole ha querido que estuviese presente en el sorteo, Hulda; y hay que respetar la voluntad de Ole.

Decididamente, esta frase había llegado a ser un refrán en boca de Sylvius Hog.

XIX

¡Qué afluencia en aquel gran salón de la universidad de Cristianía, donde iba a efectuarse el sorteo, y hasta en los patios, puesto que el salón no podía contener a tanta gente, y hasta en las calles vecinas, puesto que los patios eran aún demasiado pequeños para contener a toda aquella multitud!

Aquel domingo, 15 de julio, nadie hubiera podido, en su calma, reconocer a los noruegos, tan extrañamente exaltados.

En cuanto a aquella exaltación, ¿era debida al interés que excitaba el sorteo, o se debía a la alta temperatura de aquel día de verano? ¡De todos modos, no había podido refrescarla la absorción de esos frutos refrescantes, de esos *multen*, de que tan gran consumo se hace en Escandinavia!

El sorteo, pues, debía comenzar a las tres en punto.

Había cien premios, divididos en tres series: primera, noventa premios de cien a mil marcos, de un valor total de cuarenta y cinco mil marcos; segunda, nueve premios de mil a nueve mil marcos, igualmente de un valor total de cuarenta y cinco mil marcos; tercera, un premio, el mayor, de cien mil marcos.

Al contrario de lo que ordinariamente se hace en las Intuías de este género, el gran efecto se había reservado para el final.

No debía adjudicarse el premio mayor al primer número que saliese, sino al último, es decir, al centésimo.

De aquí una sucesión de impresiones, de emociones, de latido de corazón, que iría siempre creciendo. Huelga decir que el número premiado una vez, no podía ganar una segunda, y sería anulado, por tanto, si volviese a salir de los bombos.

Todo esto era conocido del público. No había más que aguardar a la hora.

Pero, para engañar la lentitud de la espera, se hablaba, y lo más frecuente, de la conmovedora situación de Hulda Hansen. De seguro que si aún hubiera poseído el billete de Ole Kamp, todos hubiesen hecho votos por ella, después de sí, por supuesto.

En aquel momento, varias personas tenían ya conocimiento del despacho publicado por el *Morgen-Blad*. Éstas hablaron de él a sus vecinos. Muy pronto se supo que las investigaciones del aviso no habían dado resultado. Era, pues, forzoso renunciar al encuentro del menor resto del *Viken*. ¡Ni un individuo de la tripulación había sobrevivido al naufragio! ¡Hulda no volvería a ver a su prometido!

Un incidente vino a dar otro giro a las imaginaciones.

Se extendió el rumor de que Sandgoist se había decidido a abandonar Drammen, y algunos pretendían haberle visto en las calles de Cristianía. ¿Se atrevería a presentarse en el salón? Si así lo hacía, aquel malvado debía prepararse para alguna formidable manifestación contra su persona. ¡Él asistir al sorteo de la lotería!... Era esto tan improbable, que evidentemente no era posible. En resumen: era una falsa alarma nada más.

Hacia las dos y cuarto, se produjo cierto movimiento en la multitud.

Era el profesor Sylvius Hog, que se presentaba a la puerta de la Universidad.

Se sabía qué parte había tomado en todo aquel asunto, y cómo, después de haber sido salvado por los hijos de la señora Hansen, intentaba pagar su deuda.

Al momento se abrieron las tilas. Un lisonjero murmullo, al que Sylvius Hog respondió con amables inclinaciones de cabeza, se propagó a través de la concurrencia, y no tardó en convertirse en aclamaciones.

Pero el profesor no estaba solo. Cuando los más cercanos retrocedieron para hacerle paso, se vio que llevaba del brazo a una joven, mientras un mancebo les seguía a los dos.

¡Un joven, una joven! Hubo una especie de sacudida eléctrica.

El mismo pensamiento brotó de todos los cerebros, como las chispas de

otros tantos acumuladores.

—¡Hulda!... ¡Hulda Hansen!

Tal fue el nombre que se escapó de todos los labios.

¡Sí! Era Hulda, conmovida hasta el extremo de no poderse contener, y que hubiera caído sin el brazo de Sylvius Hog.

Pero éste sostenía bien a la interesante heroína de aquella fiesta, a la cual sólo faltaba Ole Kamp.

¡Cuánto hubiera preferido quedarse en su reducida habitación de Dal! ¡Qué necesidad experimentaba de sustraerse a tanta curiosidad, por muy simpática que fuese!

Pero Sylvius Hog había querido que asistiese, y había ido.

—¡Sitio! ¡Sitio! —gritaban con entusiasmo por todas partes.

Y la multitud se alineaba delante de Sylvius Hog, de Hulda y de Joël.

¡Cuántas manos se alargaron para estrechar las suyas! ¡Cuán amables y cariñosas palabras se dejaron escuchar por doquier a su paso! ¡Y con qué placer aprobaba Sylvius Hog todas aquellas demostraciones!

—¡Sí, es ella, amigos míos!... Es mi querida Hulda, que he obligado a venir de Dal —decía—. Y éste, Joël, su valiente hermano.

Y añadía:

—¡Pero, sobre todo, cuidado con ahogármelos!...

Y mientras las manos de Joël correspondían a todos los apretones, las del profesor, menos vigorosas, estaban quebrantadas con tantos apretones.

Al mismo tiempo, su mirada brillaba, a pesar de una lágrima que la emoción había hecho deslizarse de sus párpados. Pero, fenómeno digno de la atención de los oftalmólogos, aquella lágrima era como luminosa.

Fue preciso más de un cuarto de hora para atravesar los patios de la Universidad, ganar el salón y llegar a las sillas que estaban reservadas para el profesor.

Por fin pudo lograrse, no sin trabajo. Sylvius Hog se colocó entre Hulda y Joël.

A las dos y media se abrió una puerta detrás del estrado, en el fondo de la sala. El presidente del despacho apareció digno, serio, ostentando ese aire dominador, ese porte de cabeza especial a todo hombre llamado a presidir un acto cualquiera. Dos asesores, no menos graves, le seguían.

Después se vio entrar a seis niñas llenas de cintas y de flores, rubias, con ojos azules, con las manos un poco rojas, en las cuales se reconocía visiblemente las manos de la inocencia, predestinadas al sorteo de las loterías.

Su entrada fue acogida por un murmullo, que atestiguaba desde luego el placer que se experimentaba al ver los directores de la lotería de Cristianía, y después la impaciencia que habían provocado al no aparecer antes sobre el estrado.

Si había seis niñas, era porque había también seis bombos, dispuestos sobre una mesa, y de los cuales debían salir seis números a cada extracción.

Cada uno de estos bombos contenía los diez números 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 0, representando las unidades, decenas, centenas, millar, decenas de millar y centenas de millar.

Si no había un séptimo bombo para la columna del millón, era porque, según esta manera de sortear, se había convenido que si los seis ceros salían a la vez, representaban el numero millón, lo que repartía igualmente las probabilidades entre todos los números.

Ademas, se había convenido que éstos serían sucesivamente extraídos de los bombos, empezando por el que estaba a la izquierda del público.

El número premiado, se formaría de esta manera ante los ojo de los espectadores, primero por la cifra de la columna de las centenas de millar; después de las docenas de millar, y así sucesivamente hasta la columna de las unidades. Gracias a este convenio, júzguese con qué emoción vería cada uno aumentar sus probabilidades después de la salida de cada cifra.

A las tres en punto, el presidente hizo un signo con la mano, y declaro

abierta la sesión.

El largo murmullo que acogió esta declaración duró algunos minutos, después de los cuales se restableció el silencio.

El presidente se levanto entonces. Muy conmovido, pronuncio un breve discurso en el cual expreso sentir que no hubiese un premio grande para cada billete. Después ordeno proceder a la extracción de la primera serie. Ya sabemos que esta comprendía noventa lotes, lo que iba a exigir cierto tiempo.

Las seis urnas empezaron, pues a funcionar con una regularidad automática, sin que por eso la paciencia del público se calmase un solo instante.

Verdad es que, creciendo en cada extracción la importancia de los lotes, la emoción crecía también, y nadie pensaba en abandonar su sitio, ni aun aquellos que, por haber salido ya sus números, nada más tenían que esperar.

Esto duró una hora, sin que se produjese el menor incidente. Lo que pudo observarse, sin embargo, fue que el número 9672 no había salido todavía, lo que le hubiera quitado todas las probabilidades de ganar el premio de cien mil marcos.

—¡Buen augurio para Sandgoïst! —dijo uno de los vecinos del profesor.

—¡Bah! —respondió otro—. ¡Sería asombroso que le tocase el premio mayor, por más que renga un número famoso!

—¡Lamoso, en efecto! —respondió Sylvius Hog—. ¡Pero no me pregunte, por qué;... no sería capaz de decírselo!

Pintonees comenzó la extracción de la segunda serie, que comprendía nueve lores. Esta iba a ser interesante, siendo el noventa y uno de mil marcos, el noventa y dos de dos mil, y así sucesivamente, hasta el noventa y nueve, que era de nueve mil.

No se habrá olvidado que la tercera serie se componía únicamente del premio mayor.

El número 72 521 ganó un lote de cinco mil marcos.

Este billete pertenecía a un bravo marino del puerto, que fue aclamado por la multitud, y que soportó con gran dignidad aquellas aclamaciones.

Otro número, el 823 752, ganó seis mil marcos. ¡Y cuál fue la alegría de Sylvius Hog, cuando Joël le comunicó que pertenecía a la hermosa Siegfrid de Bamble!

Pero entonces se produjo un incidente, y todo el público experimentó una emoción que se tradujo en murmullos.

Cuando se extrajo el premio noventa y siete, de siete mil marcos, se pudo creer por un instante que Sandgoist iba a ser favorecido por la suerte, al menos con aquel premio.

En efecto: el número que lo ganó fue el 9627 ¡Sólo faltaron cuarenta y cinco puntos para que fuese el de Ole Kamp!

Las dos extracciones siguientes dieron los números bastante lejanos: 775 y 76 287.

La segunda serie estaba cerrada.

Sólo faltaba sacar el último premio, el de cien mil marcos.

En aquel momento la agitación de los espectadores se hizo extraordinaria, y sería muy difícil reproducir su intensidad.

Empezó por un largo murmullo, que se propagó desde el salón a los patios. 5 de estos a las calles.

Transcurrieron algunos minutos sin que se restableciese la calma. Sin embargo, el decrescendo se hizo poco a poco, siguiéndole un profundo silencio.

Hubiérase dicho que toda la concurrencia estaba *cuajada*.

Había en aquella calma una cierta cantidad de estupor, permítasenos esta comparación, de ese estupor que se experimenta en el momento en que un condenado aparece en el lugar de la ejecución.

Pero esta vez el paciente, aún desconocido, no estaba condenado más

que a ganar cien mil marcos.

Joël, cruzado de brazos, miraba vagamente delante de sí, siendo tal vez el menos emocionado de toda aquella multitud.

Hulda, sentada, como replegada en si misma, no pensaba más que en su pobre Ole. Le buscaba instintivamente con la mirada, como si hubiese de aparecer en el ultimo momento.

Sylvius Hog... Preciso es renunciar a pintar el estado en que se encontraba Sylvius Hog.

—¡Extracción del premio de cien mil marcos! —dijo el presidente.

¡Qué voz! Parecía salir de las entrañas de aquel hombre solemne. Había muchos billetes que, no habiendo aún salido, podían aspirar al premio mayor.

La primera niña saco un numero del bombo de a izquierda, y lo mostró a la asamblea.

—¡Cero! —dijo el presidente.

Este cero no causo un gran efecto. Parecía, en verdad, que se esperaba verlo aparecer.

—¡Cero! —dijo el presidente, proclamando la cifra sacada por la segunda niña.

¡Dos ceros! Se observo que las probabilidades crecían notablemente para todos los números comprendidos entre uno y nueve mil novecientos noventa y nueve. Ahora bien: el billete de Ole Kamp, no hay que olvidarlo, llevaba el número 9672.

¡Cosa singular! Sylvius Hog comenzó a agitarse en su silla, como si esta experimentase balanceos.

—¡Nueve! —dijo el presidente, anunciando la cifra que la tercera niña acababa de extraer de la tercera urna.

¡Nueve!... ¡Ésta era la primera cifra del billete de Ole Kamp!

—¡Seis! —dijo el presidente.

En efecto, la cuarta niña presentaba un seis a todas las miradas dirigidas a ella, como otras tantas pistolas cargadas, lo que la intimidaba visiblemente.

Las probabilidades de ganar eran ahora de una por ciento para todos los números comprendidos entre uno y noventa y nueve.

¿Acaso el billete de Ole Kamp iba a hacer caer la suma de cien mil marcos en el bolsillo del miserable Sandgoïst?

¡Verdaderamente sería cosa capaz de hacer dudar de la justicia de Dios!

La quinta niña hundió su mano en el bombo, y sacó la quinta cifra.

—¡Siete! —dijo el presidente con una voz tan ahogada, que apenas se le oyó en las primeras filas.

Pero si no se oía, se veía, y, en aquel momento, las cinco niñas tendían las cifras siguientes a los ojos del público:

00 967

El número agraciado debía estar necesariamente comprendido entre 9670 y 9679 había pues, ahora una probabilidad contra diez.

El estupor llegó a su colmo.

Sylvius Hog, de pie, había cogido la mano de Hulda Hansen.

Todas las miradas estaban fijadas en la pobre joven. Al sacrificar el último recuerdo de su prometido, ¿habría también sacrificado la fortuna que Ole Kamp había soñado para ella y para él?

La sexta niña tuvo algún trabajo para introducir su mano en el bombo. ¡Temblaba la pequeña! ¡Por fin apareció el número!

—¡Dos! —gritó el presidente.

Y cayó sobre su silla, medio sofocado por la emoción.

—¡Nueve mil seiscientos setenta y dos! —proclamo después uno de los asesores con voz retumbante.

¡Era el número del billete de Ole Kamp, al presente en poder de Sandgoïst! Todo el mundo lo sabía, y nadie ignoraba en qué condiciones lo había adquirido el usurero. Reinó un profundo silencio, en lugar de la tempestad de burras que hubiera resonado en toda la sala de la Universidad, si el billete hubiese continuado en poder de Hulda Hansen.

¡Y en su lugar iba a aparecer el bribón de Sandgoïst con su billete en la mano para recoger el premio!

—¡El número nueve mil seiscientos setenta y dos gana el premio de cien mil marcos! —repitió el asesor—. ¿Quién lo reclama?

—¡Yo!

¿Era el usurero de Drammen el que acababa de lanzar aquella palabra?

¡No! Era un joven, un joven de pálido rostro, que llevaba en sus facciones, como en toda su persona, las huellas de largos sufrimientos; ¡pero vivo, bien vivo!

A aquella voz, Hulda Hansen se había levantado, arrojando un grito, que había sido oído por todos.

Después había caído desplomada...

Pero aquel joven acababa de atravesar la muchedumbre, y él fue el que recibió en sus brazos a la joven sin conocimiento...

¡Era Ole Kamp!

XX

¡Sí! Era Ole Kamp. Ole Kamp, que había sobrevivido, como por milagro, al naufragio del *Viken*.

Y si el *Telégrafo* no le había vuelto a Europa, era porque ya no se encontraba en los parajes visitados por el aviso.

Y si ya no se encontraba, era porque en aquella época estaba ya en camino para Cristianía en el buque que le repatriaba.

Esto es lo que contaba Sylvius Hog. Esto es lo que repetía a todo el que quería oírle. ¡Y bien puede creerse que todos le escuchaban con avidez! Esto es lo que narraba con verdadero acento de triunfador. Y sus vecinos lo repetían a los que no tenían la dicha de hallarse junto a él. Y esto se transmitía de grupo en grupo hasta el público de la parte exterior, agrupado en los patios y calles circunvecinas.

En algunos instantes, toda Cristianía sabía, a la vez, que el joven náufrago del *Viken* estaba de vuelta, y que había ganado el premio mayor de la lotería de las Escuelas.

Preciso era que Sylvius Hog fuese quien contase toda aquella historia. Ole no hubiera podido, porque Joël le estrechaba entre sus brazos hasta ahogarle, mientras Hulda volvía en sí.

—¡Hulda!... ¡Querida Hulda!... —decía Ole—. ¡Soy yo!... ¡Tu prometido, y muy bien pronto tu marido!...

—¡Mañana mismo, hijos míos; mañana mismo! —gritaba Sylvius Hog—. Esta misma noche partimos para Dal. Y si nunca se ha visto, ahora se verá a un profesor de legislación, a un diputado del Storting, bailar en una boda como el más apuesto mancebo del Telemark.

¿Pero cómo conocía Sylvius Hog la historia de Ole Kamp?

Sencillamente, por la última carta que la Marina le había dirigido a Dal. En

efecto: aquella carta, la última que había recibido, y de la que no había hablado a nadie, encerraba una segunda, fechada en Cristianía. Esta segunda carta le comunicaba lo siguiente: el brick danés *Genius*, capitán Kroman, acababa de arribar a Christiansand, conduciendo a su bordo a los supervivientes del *Viken*, entre otros, el joven maestro Ole Kamp, y tres días después debía llegar a Cristianía.

La carta de la marina añadía que aquellos náufragos habían sufrido de tal modo, que aún se encontraban en un estado de extrema debilidad. Por esto Sylvius Hog no quiso decir nada a Hulda del regreso de su prometido. Mientras no hubiese visto a Ole Kamp había determinado callar. En su respuesta, había suplicado el más absoluto silencio sobre aquella vuelta, secreto que había sido cuidadosamente guardado para el público, como él deseaba.

Fácil es, pues, explicarse que el aviso *Telégrafo* no hubiese encontrado ningún resto ni superviviente del *Viken*.

Durante una violenta tempestad, este buque, medio desmantelado, se había visto obligado a huir hacia el noroeste, cuando se hallaba a doscientas millas al sur de Islandia. En la noche del 3 al 4 de mayo, noche de ráfagas, fue a estrellarse contra uno de esos enormes icebergs que salen de los mares de Groenlandia. La colisión fue terrible, tan terrible, que cinco minutos después el *Viken* se iba a pique.

Entonces fue cuando Ole escribió el documento sobre el billete de lotería, como último adiós dirigido a su prometida, arrojándolo al mar después de haberle encerrado en una botella.

Pero la mayor parte de los hombres de la tripulación del *Viken*, incluso el capitán, habían perecido en el momento de la colisión. Únicamente Ole Kamp y cuatro de sus compañeros pudieron saltar sobre uno de los fragmentos del iceberg en el momento en que se sumergía el *Viken*.

Sin embargo, su muerte sólo se hubiera aplazado, si aquella espantosa borrasca no hubiese empujado el banco de hielo hacia el noroeste. Dos días después, desfallecidos, muriendo de hambre, los cinco sobrevivientes al naufragio eran arrojados sobre la costa de Groenlandia, costa desierta, donde vivieron a la gracia de Dios.

Allí, si no eran socorridos en algunos días, su muerte era segura.

¿Cómo habían, pues, de tener la tuerza necesaria para ganar las pesquerías o los establecimientos daneses de la bahía de Baffin en A otro litoral?...

Entonces acertó a pasar el brick *Genius*, arrojado fuera de su ruta por la tempestad. Los náufragos le hicieron señales. Fueron recogidos. Estaban salvados.

Sin embargo, el *Genius*, detenido por vientos contrarios, experimentó grandes retrasos en la travesía relativamente corta de Groenlandia a Noruega.

Esto explica cómo no llegó a Christiansand hasta el 12 de julio, y a Cristianía hasta la mañana del 15.

Aquella misma mañana Sylvius Hog se dirigió a bordo.

Allí encontró a Ole Kamp. muy débil todavía. Le contó cuanto había ocurrido desde su última carta, fechada en San Pedro Miquelón. Después le condujo a su morada, rogando a la tripulación del *Genius* que guardase el secreto por algunas horas... Ya sabemos el resto.

Convínose entonces en que Ole Kamp asistiría al sorteo de la lotería. ¿Tendría tuerzas para ello?

¡Sí! Fuerzas no le faltarían, puesto que Hulda estaría allí.

¿Pero qué interés tenía para él aquel sorteo?

¡Sí, cien veces sí! ¡Lo tenía para él y para su prometida!

En efecto: Sylvius Hog había logrado retirar el billete de manos de Sandgoïst. Lo había rescatado por el precio que el usurero de Drammen había pagado a la señora Hansen.

Y Sandgoïst se había considerado muy feliz en deshacerse de él, ahora que habían cesado de producirse las pujas.

—Mi bravo Ole —había dicho Sylvius Hog, entregándole el billete— no es una probabilidad de ganancia, muy problemática por cierto, la que he querido devolver a Hulda; es el último adiós que la ha dirigido en el

momento en que creía perecer.

Pues bien: preciso es confesar que. Sylvius Hog había tenido una buena inspiración, mejor que la de Sandgoist, quien faltó poco para que se rompiera la cabeza contra la pared cuando supo el resultado del sorteo.

¡Ahora había cien mil marcos en la casa de Dal! ¡Sí! Cien mil marcos completos, porque Sylvius Hog no consintió en ser reembolsado por lo que había pagado para rescatar el billete de Ole Kamp.

¡Era la dote, que se consideraba muy dichoso en ofrecer el día de su casamiento a su querida Hulda!

Tal vez se encuentre algo maravilloso que el número 9672, sobre el cual se había fijado la atención pública tan vivamente, hubiese salido precisamente en la extracción del premio mayor.

Pero hay que convenir que, si bien algo extraño, el hecho no era imposible, y, sobre todo, que así fue.

Sylvius Hog, Ole, Joël y Hulda abandonaron Cristianía aquella misma noche. El regreso se hizo por Bamble, pues había que entregar a Siegfrid el importe del premio que había ganado. Al volver a pasar ante la iglesia de Hitterdal, Hulda recordó los tristes pensamientos que la atormentaban dos días antes; pero la presencia de Ole la devolvió bien pronto a la dichosa realidad.

¡Por San Olaf! ¡Qué hermosa aparecía Hulda bajo su radiante corona, cuando cuatro días después salía de la capillita de Dal del brazo de su marido Ole Kamp! ¡Inmensa fue la resonancia que tuvo aquella ceremonia hasta en los últimos *goards* del Telemark! ¡Qué alegría en todos los ánimos, en Siegfrid, su padre el granjero Helmboë, su futuro Joël y la señora Hansen, libre ya del espectro de Sandgoist! Tal vez se preguntará si todos aquellos amigos, todos aquellos invitados, los señores Help, hijos del Mayor, y tantos otros, habían venido para asistir a la felicidad de los jóvenes esposos, o para ver bailar a Sylvius Hog, profesor de legislación y diputado del storting. De todos modos éste bailó con la mayor dignidad, y, después de haber abierto el baile con su querida Hulda, lo cerró con la encantadora Siegfrid.

A la mañana siguiente, saludado por los hurras de todos los habitantes del

valle de Vestfjorddal, partía, no sin haber formalmente prometido volver para el casamiento de Joël, que fue celebrado algunas semanas después, con gran alegría de los contrayentes.

Esta vez, el profesor abrió el baile con la encantadora Siegfrid y le cerró con su querida Hulda.

Después de esto, Sylvius Hog no volvió a bailar.

¡Cuanta felicidad acumulada ahora en la casa de Dal, que tan duramente había sido probada por espacio de algunos meses! Sin duda que en gran parte era la obra de Sylvius Hog; pero éste no quería convenir, y respondía siempre:

—¡Bueno! ¡Aun soy yo quien estoy en deuda con los hijos de la señora Hansen!

En cuanto famoso billete había sido devuelto a Ole Kamp después del sorteo de la lotería. Ahora figura en el sitio de honor, con un marco de madera, en el salón de la posada de Dal. Pero lo que de él se ve no es el anverso del billete en la que está inscrito el famoso número 9672; es el último adiós escrito en el reverso, que el náufrago Ole Kamp dirigía a su desposada Hulda Hansen.

Julio Verne



Jules Gabriel Verne, conocido en los países hispanohablantes como Julio Verne (Nantes, 8 de febrero de 1828 – Amiens, 24 de marzo de 1905), fue un escritor, poeta y dramaturgo francés célebre por sus novelas de aventuras y por su profunda influencia en el género literario de la ciencia ficción.

Nacido en el seno de una familia burguesa en la ciudad portuaria de Nantes, Verne estudió para continuar los pasos de su padre como

abogado, pero muy joven decidió abandonar ese camino para dedicarse a escribir. Su colaboración con el editor Pierre-Jules Hetzel dio como fruto la creación de Viajes extraordinarios, una popular serie de novelas de aventuras escrupulosamente documentadas y visionarias entre las que se incluían las famosas Viaje al centro de la Tierra (1864), Veinte mil leguas de viaje submarino (1870) y La vuelta al mundo en ochenta días (1873).

Julio Verne es uno de los escritores más importantes de Francia y de toda Europa gracias a la evidente influencia de sus libros en la literatura vanguardista y el surrealismo, y desde 1979 es el segundo autor más traducido en el mundo, después de Agatha Christie. Es considerado, junto con H. G. Wells, el «padre de la ciencia ficción». Fue condecorado con la Legión de Honor por sus aportes a la educación y a la ciencia.